

HECHOS

Introducción

Autor, destinatarios y fecha de composición. El libro de los Hechos ha sido considerado siempre como la segunda parte y complemento del tercer evangelio, y así se comprende todo su sentido y finalidad. Ambas partes de la obra han salido de la pluma del mismo autor, a quien la tradición antigua identifica como Lucas. Fue escrito probablemente después del año 70, y sus destinatarios inmediatos parecen ser paganos convertidos, simbolizados en el «querido Teófilo» (amigo de Dios) —el mismo del tercer evangelio— a quien el autor dedica su escrito.

El título no refleja exactamente el contenido del libro, pues en realidad éste se centra, casi con exclusividad, en los «Hechos» de dos apóstoles, pioneros de la primera evangelización de la Iglesia: Pedro y Pablo. Alrededor de ellos, toda una galería de personajes y acontecimientos, con los que el autor teje su narración, recorre las páginas de este bello documento del Nuevo Testamento.

Carácter del Libro. Si hubiera que encerrar en una frase el carácter principal del libro de los Hechos, se podría decir que es fundamentalmente una narrativa de misión, la primera de la Iglesia, prolongación de la misma misión de Jesús. Sólo así se comprende que el verdadero protagonista de la obra sea el Espíritu Santo prometido y enviado por Cristo a sus seguidores, que es el alma de la misión, el que impulsa la Palabra o el Mensaje evangélico a través del protagonismo secundario de Pedro, Pablo y del gran número de hombres y mujeres cuyos nombres y gestas, gracias a Lucas, forman ya parte de la memoria misionera colectiva de la comunidad cristiana de todos los tiempos. No en vano se ha llamado a los Hechos el «evangelio del Espíritu Santo».

Este carácter misionero hace que sea de un género literario único. Aunque narra acontecimientos reales de la Iglesia naciente, no es propiamente un libro de historia de la Iglesia. Más bien sería una relectura, en clave espiritual, de una historia que era ya bien conocida por las comunidades cristianas a las que se dirige Lucas 30 o 40 años después de que ocurrieran los hechos que narra. Su intención, pues, no es la de informar, sino la de hacer que el lector descubra el hilo conductor de aquella aventura misionera que comenzó en Jerusalén y que llegó hasta el centro neurálgico del mundo de entonces, Roma.

Aunque gran parte del libro está dedicado a las actividades apostólicas de Pedro y Pablo, tampoco hay que considerar Hechos como un escrito biográfico o hagiográfico de dichos apóstoles. Lo que el autor pretende es interpretar sus respectivos itinerarios misioneros, sus sufrimientos por el Evangelio y el martirio de ambos —aunque no haga mención explícitamente de ello por ser de sobra conocido— como un camino de fidelidad, de servicio y de identificación con la Palabra de Dios, siguiendo las huellas del Señor.

Relatos, sumarios y discursos. Para componer su historia, Lucas usa con libertad todos los recursos literarios de la cultura de su tiempo, como los «relatos» en los que, a veces, mezcla el realismo de las reacciones humanas con el halo maravilloso de apariciones y prodigios; los «sumarios», que son como paradas narrativas para mirar hacia atrás y hacia delante, con el fin de resumir y dejar caer claves de interpretación; y sobre todo los «discursos» que el autor pone en boca de los principales personajes: Pedro, Esteban, Pablo, etc. Los catorce discursos, cuidadosamente elaborados por Lucas, ocupan casi una tercera parte de la obra y cumplen en el libro de los Hechos la misma función que las palabras de Jesús en los evangelios: la Buena Noticia proclamada por los primeros misioneros que ilumina este primer capítulo de la historia de la Iglesia, presentada en episodios llenos de vida y dramatismo.

Nacimiento y primeros pasos de la Iglesia. El libro de los Hechos nos trae a la memoria el nacimiento, la consolidación y expansión de la Iglesia, continuadora de Cristo y su misión, en muchas Iglesias o comunidades locales de culturas y lenguas diferentes que forman, entre todas, la gran unidad del Pueblo de Dios. Primero es la Iglesia rectora de Jerusalén de donde todo arranca; después toma el relevo Antioquía, y así sucesivamente. La expansión no es sólo geográfica; es principalmente un ir penetrando y ganando para el Evangelio hombres y mujeres de toda lengua y nación. Ésta es la constante del libro que culmina en la última página, en Roma.

La organización de las Iglesias que nos presenta Lucas es fluida, con un cuerpo rector local de «ancianos» (en griego presbíteros). Los apóstoles tienen la responsabilidad superior. Hay constancia de una vida sacramental y litúrgica: bautismo, imposición de manos o ministerio ordenado, celebraciones y catequesis.

El libro de los Hechos y el cristiano de hoy. Como Palabra de Dios, el libro de los Hechos sigue tan vivo y actual, hoy, como hace dos mil años. El mismo Espíritu que animó y sostuvo a aquellas primeras comunidades cristianas, sigue presente y operante en la Iglesia de hoy, impulsando, animando y confortando a los testigos del Evangelio de nuestros días. Hoy como entonces, Lucas nos interpela con la misma llamada a la conversión y al seguimiento de Jesús en una fraternidad que no conoce fronteras donde se vive ya, en fe y en esperanza, la salvación que Jesús nos trajo con su muerte y resurrección. Finalmente, es un libro que nos da la seguridad de que la Palabra de Salvación, impulsada por el Espíritu, no será nunca encadenada ni amordazada porque lleva en sí el aliento del poder y del amor salvador de Dios.

Prólogo¹

(cfr. Lc 1,1-4)

1 ¹En mi primer libro, querido Teófilo, conté todo lo que Jesús hizo y enseñó desde el principio ²hasta el día que fue llevado al cielo, después de haber dado instrucciones, por medio del Espíritu Santo, a los apóstoles que había elegido.

Promesa del Espíritu Santo²

³Después de su pasión, se les había presentado vivo durante cuarenta días, dándoles muchas pruebas, mostrándose y hablando del reino de Dios. ⁴Mientras comía con ellos, les encargó que no se alejaran de Jerusalén, sino que esperaran lo prometido por el Padre: la promesa que yo les he anunciado –les dijo–: ⁵que Juan bautizó con agua, pero ustedes serán bautizados dentro de poco con Espíritu Santo.

Ascensión de Jesús³

(cfr. Lc 24,50-52)

⁶Estando ya reunidos le preguntaban:

—Señor, ¿es ahora cuando vas a restaurar la soberanía de Israel?

⁷Él les contestó:

—No les toca a ustedes saber los tiempos y circunstancias que el Padre ha fijado con su propia autoridad. ⁸Pero recibirán la fuerza del Espíritu Santo que vendrá sobre ustedes, y serán testigos míos en Jerusalén, Judea y Samaría y hasta el confín del mundo.

⁹Dicho esto, los apóstoles lo vieron elevarse, y una nube lo ocultó de la vista. ¹⁰Seguían con los ojos fijos en el cielo mientras él se marchaba, cuando dos personas vestidas de blanco se les presentaron ¹¹y les dijeron:

—Hombres de Galilea, ¿qué hacen ahí mirando al cielo? Este Jesús, que les ha sido quitado y elevado al cielo, vendrá de la misma manera que lo han visto partir.

¹ **1,1s Prólogo.** Con este breve prólogo, Lucas enlaza el presente libro al tercer evangelio, como si se tratara de la segunda parte de una gran obra. Así, la historia de la naciente Iglesia –los Hechos– queda firmemente enraizada en el ministerio de Jesús –el evangelio–. El libro lo dedica a Teófilo, el mismo «querido Teófilo» a quien está dedicado el evangelio (Lc 1,3). «Teófilo» significa en lengua griega «amigo de Dios». Todos somos, pues, «teófilos», y para todos nosotros escribió Lucas su relato.

² **1,3-5 Promesa del Espíritu Santo.** Antes de comenzar a relatar la historia de la Iglesia, Lucas nos presenta dos etapas intermedias de preparación de los discípulos: una de 40 días en la que Jesús resucitado actúa en la comunidad; y otra, previa a la venida del Espíritu Santo, que los discípulos dedican a la oración. Entre ambas etapas relata la Ascensión de Jesús al cielo.

El tiempo de la primera etapa lo cifra en 40 días, pero más que el tiempo transcurrido, le interesa resaltar el simbolismo del número 40, de uso tan frecuente en la Biblia: los 40 días de Moisés en la montaña (cfr. Éx 24,18; 34,28), los 40 días de Elías peregrinando al monte de Dios (cfr. 1 Re 19,8) y los 40 días de las tentaciones de Jesús en el desierto (cfr. Lc 4,2). Tiempo, pues, de prueba, de duda, de discernimiento y de fe. Por esa situación pasaron también los discípulos, todavía desconcertados por el acontecimiento de la resurrección. A Lucas le interesa resaltar que Jesús es una persona viva, el mismo a quien acompañaron por los caminos de Palestina, y que fue ejecutado en una cruz; está ahora con ellos, resucitado. Jesús les deja un encargo y una promesa: el encargo de que no se alejen de Jerusalén y la promesa de que dentro de poco serán bautizados con el Espíritu Santo.

³ **1,6-11 Ascensión de Jesús.** Lucas es el único autor del Nuevo Testamento que escenifica la exaltación de Jesús con una imagen visual de subida al cielo (cfr. también Lc 24,51). ¿Qué nos quiere decir con esto? Durante los 40 días antes mencionados, quedó claro que Jesús estaba vivo y que era el mismo que ellos habían conocido y con quien habían compartido la experiencia inenarrable de su vida. Pero ésta era sólo una cara de la resurrección.

La otra cara la explica Lucas con la ascensión: la presencia de Jesús entre nosotros sigue siendo «real», pero distinta. La nube que lo «oculta» mientras subía al cielo no nos está indicando su «ausencia», sino una forma distinta de su presencia. De aquí en adelante, Jesús estará presente entre nosotros a través de su Espíritu, cuya misión en la comunidad es ser memoria permanente y dinámica para que no olvidemos lo que dijo y lo que hizo. Los discípulos no comprenden y especulan sobre la restauración inmediata de la soberanía de Israel.

Lucas termina su relato presentándonos a los discípulos, como pasmados, mirando al cielo y a unos personajes vestidos de blanco que les reprochan: «¿Qué hacen ahí mirando al cielo?» (11). Los discípulos, luego, regresan a Jerusalén. Allí les espera el duro trabajo de la evangelización inicial.

Primer informe sobre la comunidad de Jerusalén⁴

¹²Entonces se volvieron a Jerusalén desde el monte de los Olivos, que dista de Jerusalén tan sólo lo que la ley permite caminar en día sábado. ¹³Cuando llegaron, subieron al piso superior donde se alojaban. Estaban Pedro y Juan, Santiago y Andrés, Felipe y Tomás, Bartolomé y Mateo, Santiago de Alfeo, Simón el Zelota y Judas de Santiago.

¹⁴Todos ellos, con algunas mujeres, la madre de Jesús y sus parientes, permanecían íntimamente unidos en la oración.

Elección de Matías y primer discurso de los Hechos⁵

¹⁵Un día de aquellos Pedro se puso de pie en medio de los hermanos, ciento veinte personas reunidas, y dijo:

¹⁶—Queridos hermanos, tenía que cumplirse lo que el Espíritu Santo profetizó por medio de David acerca de Judas, el que guió a los que arrestaron a Jesús, ¹⁷que era uno de los nuestros y compartía nuestro ministerio. ¹⁸Con el dinero que le pagaron por su maldad compró un terreno, cayó de cabeza, su cuerpo se abrió y se le salieron las entrañas. ¹⁹Todos los vecinos de Jerusalén se enteraron, de modo que el terreno se llama en su lengua *Haquédama*, es decir Campo de Sangre. ²⁰Porque está escrito en el libro de los Salmos:

*Quede su morada despoblada
sin que nadie la habite,
y que su puesto lo ocupe otro.*

²¹Ahora bien, es necesario que uno de los que nos acompañaron mientras el Señor Jesús estaba entre nosotros, ²²desde el bautismo de Juan hasta que nos fue quitado, sea constituido junto con nosotros testigo de su resurrección.

²³Designaron a dos: José, llamado Barsabás, apodado Justo, y Matías.

²⁴Después rezaron así:

—Tú, Señor, que conoces los corazones de todos, indícanos a cuál de los dos eliges ²⁵para ocupar el puesto de este ministerio apostólico, que Judas abandonó para marchar al lugar que le correspondía.

²⁶La suerte tocó a Matías y fue incorporado a los once apóstoles.

⁴ **1,12-14 Primer informe sobre la comunidad de Jerusalén.** Éste es el primero de los sumarios o resúmenes que Lucas presenta en los Hechos. Son como paradas narrativas entre los diversos episodios de su libro. Conectan con lo anteriormente narrado y nos dan las claves de interpretación de lo que a continuación va a contar.

Lucas nos presenta aquí el núcleo original de la Iglesia constituida por tres grupos: los once, las mujeres y la familia de Jesús. Lo mismo que al inicio de su evangelio, sitúa en un lugar destacado a María. Dice escuetamente que estaba allí. Es fácil imaginarse, sin embargo, lo que debió suponer su presencia en medio de aquellos discípulos que todavía dudaban ante la misión encomendada por Jesús.

Al finalizar el Concilio Vaticano II en 1965, el papa Pablo VI proclamó a María como «Madre de la Iglesia». Es así como nos la presenta Lucas. Ella no podía estar ausente cuando la Iglesia estaba a punto de nacer. En este núcleo original de la Iglesia estaban también las mujeres que siguieron a Jesús desde el principio de su vida pública. El libro de los Hechos nos va a demostrar que no había, en el primer grupo de discípulos, absolutamente ninguna discriminación entre hombres y mujeres ante las responsabilidades de llevar adelante la misión de Jesús. La discriminación, contra la que seguimos luchando en nuestros días, vino después y no tuvo nada que ver con el Evangelio.

Con este primer informe comienza la segunda etapa de preparación para la venida del Espíritu y va a estar dedicada a la oración. Durará nueve días. El lugar de reunión de aquel pequeño grupo era el piso superior de la casa donde estaban alojados. Allí perseveraban «íntimamente unidos» en la oración. La expresión «íntimamente unidos» es preferida por Lucas para destacar la unidad de la comunidad en la oración, en su manera de pensar y en su forma de actuar (cfr. 2,46; 4,24; 5,12; 8,6). Ya, desde aquí, nos señala algunas de las características fundamentales a las que toda comunidad cristiana debe aspirar.

⁵ **1,15-26 Elección de Matías y primer discurso de los Hechos.** He aquí el primer discurso de los muchos que contiene el libro de los Hechos.

Pedro dirige la elección del sustituto de Judas, pero es la comunidad la que debe hacer la presentación del candidato. Era necesario que en el momento de la constitución de la Iglesia el número de los Doce —apóstoles—, símbolo de la universalidad de la nueva comunidad de los discípulos de Jesús, fuera completado después de la traición y muerte de Judas. Los símbolos jugaban un papel muy importante en la cultura religiosa de aquel tiempo.

La comunidad es consultada y los candidatos presentados de acuerdo a las condiciones que señala Pedro: que hubiera acompañado a Jesús durante su vida pública y que hubiera sido testigo de su resurrección. Todo se hace en un ambiente de oración.

Pentecostés⁶

(cfr. Jn 20,22)

2¹Cuando llegó el día de Pentecostés, estaban todos reunidos. ²De repente vino del cielo un ruido, como de viento huracanado, que llenó toda la casa donde se alojaban. ³Aparecieron lenguas como de fuego, que descendieron por separado sobre cada uno de ellos. ⁴Se llenaron todos de Espíritu Santo y empezaron a hablar en lenguas extranjeras, según el Espíritu les permitía expresarse.

⁵Residían entonces en Jerusalén judíos piadosos, venidos de todos los países del mundo. ⁶Al oírse el ruido, se reunió una multitud, y estaban asombrados porque cada uno oía a los apóstoles hablando en su propio idioma. ⁷Fuera de sí por el asombro, comentaban:

—¿Acaso los que hablan no son todos galileos? ⁸¿Cómo es que cada uno los oímos en nuestra lengua nativa? ⁹Partos, medos y elamitas, habitantes de Mesopotamia, Judea y Capadocia, Ponto y Asia, ¹⁰Frigia y Panfilia, Egipto y los distritos de Libia junto a Cirene, romanos residentes, ¹¹judíos y prosélitos, cretenses y árabes: todos los oímos contar, en nuestras lenguas, las maravillas de Dios.

¹²Fuera de sí y perplejos, comentaban:

—¿Qué significa esto?

¹³Otros se burlaban diciendo:

—Han tomado demasiado vino.

⁶ **2,1-13 Pentecostés.** En estos versículos, Lucas relata el acontecimiento más importante de los Hechos: Pentecostés o el nacimiento de la Iglesia. El lector de hoy que lee y medita este episodio puede preguntarse si efectivamente así sucedió todo... O quizás fue de otra manera.

Para dar respuesta a esta interrogante, debemos tener en cuenta lo siguiente: Lucas quiere contarnos un hecho evidente en las comunidades cristianas de su tiempo: el Espíritu Santo, prometido por Jesús, estaba actuando en y por ellas. La gente que oía su testimonio se convertía. Las persecuciones confirmaban su fe y su decisión de seguir anunciando el Evangelio. Estaba surgiendo, pues, una nueva comunidad de hombres y mujeres que vivían como hermanos y hermanas, unánimes en la oración, solidarios en el día a día, pues lo compartían todo, y alegres por el Evangelio. Estaban convencidos de estar inaugurando los tiempos nuevos prometidos por Jesús.

¿Cómo describir esta venida transformadora del Espíritu Santo que dio origen a la Iglesia y seguía animando a las comunidades de aquel entonces?

Los demás autores del Nuevo Testamento hablan de esta realidad, pero ninguno de ellos se atrevió a describirla. Lucas lo intenta; pero, ¿cómo lo hace? A Lucas no le interesa el cómo y el cuándo. Su narración va más allá de las circunstancias concretas en que aquellos hombres y mujeres se sintieron llenos del Espíritu. A Lucas le interesa transmitirnos el sentido, el alcance y las consecuencias de la venida para aquella comunidad de creyentes y para el mundo entero. Para eso construye este relato que conserva su frescura y actualidad dos mil años después de haber sido escrito. No sólo narra un hecho del pasado, es decir, la primera venida del Espíritu, sino que podría servir de modelo para contar e interpretar lo que el Espíritu sigue haciendo en las personas y en nuestras comunidades cristianas de hoy.

En primer lugar, Lucas propone para esta primera venida del Espíritu una fecha muy significativa para los judíos: el día en que terminaban las siete semanas de celebraciones después de la Pascua, es decir el día cincuenta, que en lengua griega se dice «pentecostés», un día asociado al recuerdo de la Alianza de Dios con el pueblo judío en el monte Sinaí. Éste es el primer mensaje de Lucas: la venida del Espíritu inaugura una nueva alianza de Dios con todos los hombres y mujeres de la tierra.

A continuación nos presenta el primer escenario de su narración: la casa donde la comunidad estaba reunida en oración desde hacía nueve días con María, la madre de Jesús. El Espíritu viene y se apodera de todos ellos.

¿Cómo contar un acontecimiento tan extraordinario? Lucas recurre a las imágenes clásicas usadas en el Antiguo Testamento para describir las intervenciones de Dios. Habla de un ruido, como de viento huracanado, que invadió toda la casa. La lengua griega usa el mismo término para designar «viento» y «Espíritu». Después aparecen como lenguas de fuego que se reparten y se posan sobre cada uno de los presentes quienes, llenos ya del Espíritu, comienzan a hablar en lenguas extranjeras.

Hoy diríamos, en términos modernos, que Lucas nos presenta una composición audiovisual para comunicarnos cómo el Espíritu de Dios tomó posesión de aquellos hombres y mujeres.

Seguidamente cambia de escenario. Los discípulos parecen no estar en una casa, sino ante una multitud congregada, venida de muchas naciones que, asombrada, escucha a los apóstoles hablando en su propio idioma.

La pluralidad de la multitud, que Lucas presenta con insistencia, nos revela la apertura del Evangelio a todas las naciones, a todas las culturas. Hoy hablamos de inculturación del Evangelio o evangelización de las culturas como de algo impuesto por los signos de los tiempos.

¿Es posible que hayamos tardado tanto tiempo en comprender lo que nos dice Lucas sobre la pluralidad de la Iglesia en el primer día de su nacimiento?

Lucas prosigue su narración con una nota de ironía. Algunos de los presentes afirmaban que aquellos hombres que les hablaban estaban borrachos.

Pedro, testigo de la resurrección⁷

¹⁴Pedro se puso de pie con los Once y levantando la voz les dirigió la palabra:

—Judíos y todos los que habitan en Jerusalén, sépanlo bien y presten atención a lo que voy a decir.

¹⁵Estos hombres no están ebrios, como ustedes sospechan, ya que no son más que las nueve de la mañana. ¹⁶Sino que está cumpliéndose lo que anunció el profeta Joel:

¹⁷En los últimos tiempos —dice Dios—

*derramaré mi espíritu sobre todos:
sus hijos e hijas profetizarán,
sus jóvenes verán visiones*

y sus ancianos tendrán sueños;

¹⁸*también sobre mis servidores
y mis servidoras*

*derramaré mi espíritu aquel día
y profetizarán.*

¹⁹*Haré prodigios arriba en el cielo
y abajo en la tierra:*

sangre, fuego, humareda;

²⁰*el sol aparecerá oscuro,*

*la luna ensangrentada,
antes de llegar el día del Señor,
grande y glorioso.*

²¹*Todos los que invoquen
el nombre del Señor se salvarán.*

²²Israelitas, escuchen mis palabras:

—Jesús de Nazaret fue un hombre acreditado por Dios ante ustedes con los milagros, prodigios y señales que Dios realizó por su medio, como bien saben. ²³A éste hombre, entregado conforme a los planes y propósitos que Dios tenía hechos de antemano, ustedes lo crucificaron y le dieron muerte por medio de gente sin ley. ²⁴Pero Dios, liberándolo de los rigores de la muerte, lo resucitó, porque la muerte no podía retenerlo.

²⁵David dice refiriéndose a él:

*Pongo siempre delante al Señor:
con él a la derecha no vacilaré.*

²⁶*Por eso se me alegra el corazón,
mi lengua canta llena de gozo*

y mi carne descansa esperanzada:

²⁷*porque no me dejarás en la muerte
ni permitirás que tu devoto
conozca la corrupción.*

²⁸*Me enseñaste el camino de la vida,*

⁷ **2,14-41 Pedro, testigo de la resurrección.** Entonces Pedro y los once se pusieron de pie. Hemos llegado a la parte más importante de la narración de Lucas, que interpreta a través de las palabras de Pedro todo lo que está sucediendo.

¿Se trata del mismo Pedro que conocimos en el evangelio? No. Audacia y atrevimiento serían las palabras para describir al nuevo Pedro que surge de la experiencia de Pentecostés. Habla con autoridad. Como los antiguos profetas, asume el papel de jefe del nuevo pueblo de Dios que acaba de nacer y sus palabras abren el tiempo del testimonio que ha de recorrer el mundo.

Su mensaje es de denuncia y esperanza. Les dice que se está cumpliendo lo que los profetas anunciaron para el final de los tiempos: «derramaré mi Espíritu sobre todos: sus hijos e hijas profetizarán, sus jóvenes verán visiones y sus ancianos tendrán sueños» (17) y «todos los que invoquen el nombre del Señor se salvarán» (21).

A continuación presenta al que ha abierto las puertas a la presencia y poder del Espíritu: Jesús de Nazaret a quien «ustedes lo crucificaron y le dieron muerte... pero Dios lo resucitó» (23s), y «exaltado a la diestra de Dios, ha recibido del Padre el Espíritu Santo prometido y lo ha comunicado como ustedes están viendo y oyendo» (33). «Dios lo ha nombrado Señor y Mesías» (36). He aquí, en boca de Pedro, la confesión esencial de la fe cristiana que no dejará ya de anunciarse hasta el final de los tiempos.

El efecto del testimonio de Pedro fue inmediato. «¿Qué debemos hacer, hermanos?» (37), exclamaron muchos de los allí presentes.

Ésta es la pregunta que debemos hacernos todos los oyentes del Evangelio. A este interrogante universal responden las palabras de Pedro que recogen las exigencias del Evangelio válidas para todos los tiempos:

«Arrepiéntanse y háganse bautizar invocando el nombre de Jesucristo, para que se les perdonen los pecados, y así recibirán el don del Espíritu Santo», es decir, una nueva vida, la de hijos e hijas de Dios.

Termina Lucas su relato diciendo que aquel día se convirtieron unas tres mil personas. Más que el número, Lucas quiere resaltar la fuerza irresistible del Evangelio y la presencia operante del Espíritu.

La Iglesia, como nuevo pueblo de Dios, había comenzado aquel día de Pentecostés su andadura histórica.

Los protagonistas del libro de los Hechos han sido presentados:

El Espíritu Santo, la Palabra de Dios llevada por los testigos misioneros a todos los pueblos y la comunidad que nace de la Palabra y del Espíritu como el nuevo Pueblo de Dios.

me llenarás de gozo en tu presencia.

²⁹Hermandos, permítanme que les diga con toda franqueza: el patriarca David murió y fue sepultado, y su sepulcro se conserva hasta hoy entre nosotros. ³⁰Pero como era profeta y sabía que Dios le había prometido con juramento *que un descendiente carnal suyo se sentaría en su trono*, ³¹previó y predijo la resurrección del Mesías, diciendo que *no quedaría abandonado en la muerte ni su carne experimentarí la corrupción*. ³²A este Jesús lo resucitó Dios y todos nosotros somos testigos de ello. ³³Exaltado a la diestra de Dios, ha recibido del Padre el Espíritu Santo prometido y lo ha comunicado como ustedes están viendo y oyendo.

³⁴Porque David no subió al cielo, sino que dice:

Dijo el Señor a mi Señor:

Siéntate a mi derecha,

³⁵*hasta que ponga tus enemigos
debajo de tus pies.*

³⁶Por tanto, que todo el pueblo de Israel reconozca que a este Jesús crucificado por ustedes, Dios lo ha nombrado Señor y Mesías.

³⁷Lo que oyeron les llegó al corazón y dijeron a Pedro y a los otros apóstoles:

—¿Qué debemos hacer, hermandos?

³⁸Pedro les contestó:

—Arrepiéntanse y háganse bautizar invocando el nombre de Jesucristo, para que se les perdonen los pecados, y así recibirán el don del Espíritu Santo. ³⁹Porque la promesa ha sido hecha para ustedes y para sus hijos y para todos aquellos que están lejos a quienes llamaré el Señor nuestro Dios.

⁴⁰Y con otras muchas razones les hablaba y los exhortaba diciendo:

—Pónganse a salvo, apártense de esta generación malvada.

⁴¹Los que aceptaron sus palabras se bautizaron y aquel día se incorporaron unas tres mil personas.

Segundo informe: la primera comunidad cristiana⁸

⁴²Se reunían frecuentemente para escuchar la enseñanza de los apóstoles, y participar en la vida común, en la fracción del pan y en las oraciones.

⁴³Ante los prodigios y señales que hacían los apóstoles, un sentido de reverencia se apoderó de todos.

⁴⁴Los creyentes estaban todos unidos y poseían todo en común.

⁴⁵Vendían bienes y posesiones y las repartían según la necesidad de cada uno.

⁴⁶A diario acudían fielmente e íntimamente unidos al templo; en sus casas partían el pan, compartían la comida con alegría y sencillez sincera. ⁴⁷Alababan a Dios y todo el mundo los estimaba.

El Señor iba incorporando a la comunidad a cuantos se iban salvando.

⁸ **2,42-47 Segundo informe: la primera comunidad cristiana.** Lucas cierra este episodio de Pentecostés con su segundo sumario en que nos cuenta brevemente la vida interna de la primera comunidad de Jerusalén como efecto inmediato del don del Espíritu. Describe las actitudes y prácticas que expresan y mantienen esa vida: la escucha de las enseñanzas de los apóstoles, la oración continua y la «fracción del pan», término con que la Iglesia primitiva designaba a la eucaristía, que es el sacramento de la comunión con Cristo, palabra y pan de vida (Jn 6,34.51). Añade algo más: esta unión se manifiesta en la comunión de bienes. Los ricos vendían sus propiedades y las repartían entre los pobres.

Se ha dicho que el evangelio de Lucas es el evangelio de los pobres. Esa preocupación por los desposeídos aparecerá de nuevo a lo largo de todo el libro de los Hechos. De momento, en una frase escueta nos indica que la comunidad practicaba algo tan revolucionario y tan nuevo entonces como ahora, es decir, que los ricos repartieran sus bienes entre los pobres. Finaliza esta sección describiendo el crecimiento rápido de la comunidad cristiana como signo de la presencia del Espíritu y también como fruto de su fidelidad a Jesús. El testimonio de vida de los cristianos ayer y hoy es el impacto mayor que acompaña todo proceso de evangelización.

Sanación de un paralítico⁹

(cfr. Lc 5,17-26)

3¹Pedro y Juan subían al templo para la oración de media tarde. ²Un hombre paralítico de nacimiento solía ser transportado diariamente y colocado a la puerta del templo llamada la *Hermosa*, para pedir limosna a los que entraban en el templo. ³Al ver entrar en el templo a Pedro y a Juan, les pidió limosna. ⁴Pedro, acompañado de Juan, lo miró fijamente y le dijo:

—Míranos.

⁵Él los observaba esperando recibir algo de ellos. ⁶Pero Pedro le dijo:

—No tengo plata ni oro pero lo que tengo te lo doy: en nombre de Jesucristo, el Nazareno, levántate y camina.

⁷Y tomándolo de la mano derecha lo levantó. De inmediato se le robustecieron los pies y los tobillos, ⁸se levantó de un salto, comenzó a caminar y entró con ellos en el templo, paseando, saltando y alabando a Dios.

⁹Toda la gente lo vio caminar y alabar a Dios; ¹⁰y, al reconocer que era el que pedía limosna sentado a la puerta Hermosa del templo, se llenaron de asombro y estupor ante lo sucedido.

¹¹Como seguía sujetado a Pedro y a Juan, toda la gente corrió asombrada hacia ellos, al pórtico de Salomón.

Discurso de Pedro en el pórtico¹⁰

¹²Pedro, al verlos, les dirigió la palabra:

—Israelitas, ¿por qué se asombran y se quedan así, mirándonos como si hubiéramos hecho caminar a éste con nuestro propio poder o santidad? ¹³*El Dios de Abrahán, de Isaac y de Jacob, el Dios de nuestros padres, ha glorificado a su siervo Jesús*, al que entregaron y rechazaron ante Pilato, que había sentenciado ponerlo en libertad.

¹⁴Ustedes rechazaron al santo e inocente, y pidieron como una gracia la libertad de un homicida ¹⁵mientras dieron muerte al Señor de la vida. Dios lo ha resucitado de la muerte y nosotros somos testigos de ello.

¹⁶Porque ha creído en su Nombre, éste que ustedes conocen y están viendo ha recibido de ese Nombre vigor, y la fe que proviene de él le ha dado salud completa en presencia de todos ustedes.

¹⁷Ahora bien, hermanos, sé que tanto ustedes como sus jefes lo hicieron por ignorancia. ¹⁸Sólo que Dios ha cumplido así lo anunciado por todos los profetas, que su Mesías iba a padecer.

¹⁹Ahora, arrepíentanse y conviértanse para que todos sus pecados sean perdonados, ²⁰y así el Señor hará venir tiempos de consuelo y enviará a Jesús, el Mesías destinado desde el principio para ustedes.

²¹Él tiene que permanecer en el cielo hasta el tiempo de la restauración universal que anunció Dios desde antiguo por medio de sus santos profetas.

²²Moisés dijo:

*El Señor Dios les hará surgir
de entre sus hermanos*

⁹ **3,1-11 Sanación de un paralítico.** Esta sanación se realiza dentro de la vida cotidiana judía, donde el culto público —uno por la mañana y otro por la tarde— tiene una significación especial.

Pedro y Juan acuden al templo a orar, pero la presencia abatida del paralítico a la entrada les hace cambiar radicalmente. El paralítico representa al pobre y al pueblo marginado por la Ley y el templo.

El paralítico pide una limosna a Pedro. Éste no tiene oro ni plata pero posee un don de un valor incalculable: el poder de invocar el nombre de Jesús Nazareno.

A la invocación acompaña el gesto humano, el tacto comunicativo. El efecto es inmediato. La sanación del paralítico simboliza el poder vivificador de Jesús.

Otro efecto es el asombro de la gente, es decir, una extrañeza o perplejidad que desea y busca comprender. Esta actitud lleva a Pedro a dar testimonio y anunciar, de nuevo, la muerte y resurrección de Jesús.

¹⁰ **3,12-26 Discurso de Pedro en el pórtico.** He aquí el segundo discurso misionero de Pedro, que interpreta el milagro anterior en todo su sentido y significación. No lo hace con teorías ni sermones abstractos. Ante los ojos de todos estaba el mendigo lisiado, ya sanado y lleno de alegría. Un poder nuevo, que no es el del dinero, se ha manifestado en medio de todos. Pedro dice que ese poder no es suyo, sino del «nombre» de Jesús. En la cultura bíblica, hablar y actuar en «nombre» de alguien significaba hacerlo con la autoridad y el poder de dicha persona.

A lo largo de su discurso Pedro nos dice lo que significa el «nombre» de Jesús: es el Servidor, es el Príncipe de la Vida, es el Mesías Salvador, es el Santo e Inocente. Dios lo ha resucitado y enviado para bendecir y convertir a cada uno de sus maldades.

Pedro destaca la importancia de la fe en Jesús, tanto de los que invocan su nombre —Juan y él— como del paralítico que pide la sanación.

En este episodio Lucas nos presenta de un modo narrativo en qué debe consistir el testimonio de la Iglesia de todos los tiempos: liberación; anuncio del poder de Jesús resucitado y vivo en medio de su pueblo; denuncia; invitación a la conversión y a un cambio radical de vida; y creación de una nueva comunidad.

*un profeta como yo,
escuchen lo que diga.*

²³*El que no escuche a aquel profeta
será excluido de su pueblo.*

²⁴Todos los profetas, desde Samuel y por turno, hablaron y anunciaron estos tiempos.

²⁵Ustedes son herederos de los profetas y de la alianza que Dios otorgó a nuestros padres, cuando dijo a Abrahán: En tu descendencia serán benditas todas las familias del mundo.

²⁶Dios resucitó a su siervo y lo envió, primero a ustedes, para bendecirlos haciendo que cada uno se convierta de sus maldades.

Pedro y Juan ante el Consejo¹¹

4 ¹Mientras hablaban al pueblo, se les presentaron los sacerdotes, el comisario del templo y los saduceos, ²irritados porque instruían al pueblo anunciando la resurrección de la muerte por medio de Jesús. ³Los detuvieron y, como ya era tarde, los metieron en prisión hasta el día siguiente. ⁴Muchos de los que oyeron el discurso abrazaron la fe, y así la comunidad llegó a unos cinco mil.

⁵Al día siguiente se reunieron en Jerusalén los jefes, los ancianos y los letrados, ⁶también Anás el sumo sacerdote y Caifás, Juan y Alejandro y todos los familiares de sumos sacerdotes. ⁷Hicieron comparecer a los apóstoles y los interrogaban:

—¿Con qué poder o en nombre de quién han hecho eso?

⁸Entonces Pedro, lleno de Espíritu Santo, respondió:

—Jefes del pueblo y ancianos: ⁹por haber hecho un bien a un enfermo, hoy nos interrogan para saber de qué manera ha sido sanado este hombre.

¹⁰Conste a todos ustedes y a todo el pueblo de Israel que este hombre ha sido sanado en nombre de Jesucristo el Nazareno, a quien ustedes crucificaron y Dios resucitó de la muerte.

Gracias a él, este hombre está sano en presencia de ustedes. ¹¹*Él es la piedra desechada por ustedes, los arquitectos, que se ha convertido en piedra angular.* ¹²En ningún otro se encuentra la salvación; ya que no se ha dado a los hombres sobre la tierra otro Nombre por el cual podamos ser salvados.

¹³Al ver la seguridad de Pedro y Juan y notando que eran hombres simples y sin instrucción, se admiraban; también sabían que habían sido compañeros de Jesús ¹⁴pero, viendo junto a ellos al hombre que había sido sanado, se quedaron sin réplica.

¹⁵Ordenaron entonces que salieran del tribunal y se pusieron a deliberar:

¹⁶—¿Qué hacemos con estos hombres? Han hecho un milagro evidente, todos los vecinos de Jerusalén lo saben y no podemos negarlo. ¹⁷Pero, para que no se siga divulgando entre el pueblo, los amenazaremos para que no vuelvan a mencionar ese nombre a nadie.

¹⁸Los llamaron y les prohibieron terminantemente hablar y enseñar en nombre de Jesús.

¹⁹Pedro y Juan les replicaron:

—¿Juzguen ustedes si es correcto a los ojos de Dios que les obedezcamos a ustedes antes que a él? Júzguenlo. ²⁰Nosotros, no podemos callar lo que hemos visto y oído.

²¹Repitiendo sus amenazas los dejaron en libertad, ya que no encontraban la manera de castigarlos, por temor al pueblo, que daba gloria a Dios por lo sucedido.

²²El hombre beneficiado con la señal de la sanación tenía más de cuarenta años.

¹¹ **4,1-22 Pedro y Juan ante el Consejo.** Aparece un elemento nuevo en la vida de la comunidad: la persecución, que ya no abandonará a los testigos/misioneros del Evangelio a lo largo de todo el libro de los Hechos. Se realiza lo que había anunciado Jesús: sus discípulos serán perseguidos, pero el Espíritu Santo hablará por ellos ante sus perseguidores (cfr. Lc 12,4-12; 21,12-19).

La predicción de Jesús la escenifica magistralmente Lucas en este episodio. El escenario es impresionante: por una parte, la sala del Gran Consejo con todo el poder policial, político, económico y religioso de Israel; y por otra, los acusados Pedro y Juan, hombres sencillos y sin cultura. La acusación no podía ser más grave a los ojos de aquellos poderosos señores de Israel: anunciar el nombre de Jesús al pueblo en el templo, «su» templo.

Normalmente, las personas humildes agachan la cabeza, piden perdón y esperan el castigo. Aquí ocurre lo inaudito; los acusados se convierten en acusadores. Pedro no pierde ocasión de dar testimonio de Jesús y esta ocasión es única. Como en sus anteriores discursos, anuncia de nuevo el mensaje de la muerte y resurrección de Jesús. Pero esta vez dice más: afirma enfáticamente que «no se ha dado a los hombres sobre la tierra a otro Nombre por el cual podamos ser salvados» (12).

El paralítico sanado estaba presente como prueba. Los acusadores se sienten desarmados y vencidos. Por otra parte, puntualiza Lucas, el pueblo estaba con los acusados y daba gloria a Dios. Al final, para no sentirse del todo desautorizados, los poderosos les prohibieron hablar en nombre de Jesús, pero Pedro tiene la última palabra que repetirán ya en adelante todos los hombres y mujeres que, haciendo suyas las causas de los empobrecidos, se han de enfrentar a los poderes constituidos: «no podemos callar lo que hemos visto y oído» (20). La persecución en la comunidad cristiana será de ahora en adelante un signo de fidelidad al mensaje de Jesús.

Oración de la comunidad¹²

²³Al verse libres, se reunieron con sus compañeros y les contaron lo que les habían dicho los sumos sacerdotes y los letrados. ²⁴Al oírlos, íntimamente unidos a una voz oraron a Dios diciendo: —Señor, que hiciste el cielo, la tierra, el mar y cuanto contienen; ²⁵que por boca de tu siervo David, inspirado por el Espíritu Santo, dijiste:

*¿Por qué se agitan las naciones
y los pueblos planean en vano?*

²⁶*Se levantaron los reyes de la tierra
y los gobernantes se aliaron
contra el Señor y contra su Ungido.*

²⁷De hecho, en esta ciudad, se aliaron contra tu santo siervo Jesús, tu Ungido, Herodes y Poncio Pilato con paganos y gente de Israel, ²⁸para ejecutar cuanto había determinado tu mano y tu designio. ²⁹Ahora, Señor, fíjate en sus amenazas y concede a tus siervos anunciar tu mensaje con toda franqueza. ³⁰Extiende tu mano para que sucedan sanaciones, señales y prodigios por el nombre de tu santo siervo Jesús.

³¹Al terminar la súplica, tembló el lugar donde estaban reunidos, se llenaron de Espíritu Santo y anunciaban el mensaje de Dios con franqueza.

Comunidad de bienes¹³

³²La multitud de los creyentes tenía una sola alma y un solo corazón. Nadie consideraba sus bienes como propios, sino que todo lo tenían en común.

³³Con gran energía daban testimonio de la resurrección del Señor Jesús y eran muy estimados. ³⁴No había entre ellos ningún necesitado, porque los que poseían campos o casas los vendían, ³⁵y entregaban el dinero a los apóstoles, quienes repartían a cada uno según su necesidad.

³⁶Un tal José, a quien los apóstoles llamaban Bernabé, que significa Consolado, levita y chipriota de nacimiento, ³⁷poseía un campo: lo vendió, y puso el dinero a disposición de los apóstoles.

Ananías y Safira¹⁴

5 ¹Un tal Ananías, de acuerdo con su mujer Safira, vendió una posesión, ²se quedó con parte del dinero, llevó lo restante y lo puso a disposición de los apóstoles. ³Pedro le dijo:

—Ananías, ¿Por qué dejaste que Satanás se adueñara de ti y mentiste al Espíritu Santo quedándote con parte del precio del campo? ⁴¿No podías conservarlo? O, si lo vendías, ¿no podías quedarte con el precio? ¿Qué te movió a proceder así? No has mentido a los hombres, sino a Dios.

⁵Al oír estas palabras, Ananías cayó muerto y los que lo oyeron se atemorizaron. ⁶Fueron unos muchachos, lo cubrieron y lo llevaron a enterrar.

⁷Unas tres horas más tarde llegaron su esposa sin saber lo sucedido.

⁸Pedro le dirigió la palabra:

—Dime, ¿vendieron el campo a este precio?

¹² **4,23-31 Oración de la comunidad.** El episodio del Gran Consejo lo cierra Lucas con la oración de la comunidad. Pedro y Juan vuelven a ella. Allí comparten, interpretan lo sucedido y rezan. Es una oración para tiempos de persecución. No se elaboran proyectos para escapar del peligro ni se piden castigos para los perseguidores, sino que piden, en primer lugar, la libertad de seguir anunciado el mensaje de Jesús, y en segundo lugar, que la liberación, por la fuerza de su Nombre, continúe en sanaciones, señales y prodigios.

¹³ **4,32-37 Comunidad de bienes.** Este nuevo sumario amplía la información sobre la comunidad, esta vez centrado en la comunicación de bienes. Las tres afirmaciones con que nos describe Lucas la comunidad de Jerusalén nos dejan sin saber qué pensar: «tenía una sola alma y un solo corazón. Nadie consideraba sus bienes como propios» (32) y «no había entre ellos ningún necesitado» (34). ¿Se puede ser más utópico e idealista?

Sin embargo, Lucas era un hombre realista y con los pies en la tierra. Él mismo recoge en su evangelio las palabras de Jesús de que los pobres estarán siempre con nosotros. Cometeríamos, sin embargo, un gran error si no tomáramos en serio su testimonio sobre aquellos primeros cristianos. Lucas no pretende ofrecernos un sistema evangélico de reforma social; presenta una exigencia radical del mismo Evangelio que comenzó a hacerse ya realidad entre los primeros creyentes aunque fuera de un modo limitado, tímido, que no funcionaría por mucho tiempo y quizás no muy de acuerdo con las leyes de la economía.

En la comunidad había un problema serio de pobreza y la comunidad respondió a las necesidades de los pobres de un modo heroico. Su ejemplo está ahí cuestionando y apelando a los creyentes de hoy para que construyamos otro tipo de sociedad más justa y equitativa.

Es la fuerza de la utopía iluminando y empujando cada momento histórico. Hay que tomar las palabras de Lucas como lo que son: ejemplo, llamamiento, denuncia, aguijón y condena evangélica.

¹⁴ **5,1-11 Ananías y Safira.** Este episodio puede resultar sorprendente porque no corresponde a las sensibilidades de hoy. ¿No hay una desproporción entre la falta y el castigo? Lucas narra el acontecimiento muchos años después de que ocurriera y es probable que, para entonces, la imaginación popular hubiera agrandado y dramatizado los hechos. De todas formas, así los cuenta Lucas.

A veces merece la pena contar una historia terrible para amonestar y poner en guardia a la comunidad. Es interesante observar el por qué de un castigo tan excepcional; fue un problema de dinero, mentira y corrupción. Verdaderamente, aquellos discípulos de Jesús se tomaban en serio su compromiso cristiano.

—Sí —contestó—.

⁹Pedro replicó:

—¿Por qué se pusieron de acuerdo para poner a prueba al Espíritu del Señor? Mira, los que han enterrado a tu marido están ya pisando el umbral de la puerta para llevarte también a ti.

¹⁰Al instante cayó muerta a sus pies. Entraron los muchachos y la encontraron muerta; la sacaron y la enterraron junto a su marido.

¹¹Toda la Iglesia y cuantos se enteraron quedaron llenos de temor.

Tercer informe: milagros¹⁵

(Lc 4,38-41; 5,12-26)

¹²Los apóstoles realizaban muchas señales y milagros entre el pueblo. Todos íntimamente unidos acudían al pórtico de Salomón; ¹³pero de los extraños nadie se atrevía a juntarse con ellos aunque el pueblo los estimaba mucho. ¹⁴Se les iba agregando un número creciente de creyentes en el Señor, hombres y mujeres; ¹⁵y hasta sacaban los enfermos a la calle y los colocaban en catres y camillas, para que al pasar Pedro, al menos su sombra los cubriera.

¹⁶También los vecinos de los alrededores de Jerusalén llevaban enfermos y poseídos de espíritus inmundos, y todos se sanaban.

Persecución¹⁶

¹⁷Entonces el sumo sacerdote y los suyos, es decir, el partido saduceo, llenos de celos, ¹⁸hicieron arrestar a los apóstoles y los metieron en la cárcel pública.

¹⁹Pero de noche el ángel del Señor les abrió las puertas, los sacó de la prisión y les encargó:

²⁰—Vayan al templo y anuncien al pueblo este nuevo modo de vida.

²¹Los apóstoles obedecieron y por la mañana muy temprano entraron al templo y se pusieron a enseñar.

Entre tanto, se presentó el sumo sacerdote con los suyos, convocaron el Consejo y a todo el senado del pueblo de Israel, y enviaron gente a la cárcel para traerlos.

²²Cuando los guardias llegaron a la prisión no los encontraron y volvieron ²³con este informe:

—Encontramos la cárcel asegurada con cerrojos, los guardias de pie junto a la puerta; abrimos y no encontramos a nadie dentro.

²⁴Al oír el informe, el comisario del templo y los sumos sacerdotes quedaron desconcertados, sin entender lo que había sucedido.

²⁵En ese momento se presentó uno y anunció:

—Los hombres que ustedes encarcelaron están en el templo instruyendo al pueblo.

²⁶Entonces el comisario del templo salió con sus ayudantes y trajeron a los apóstoles, pero sin violencia, porque temían que el pueblo los apedrease. ²⁷Los condujeron y los presentaron al Consejo.

¹⁵ **5,12-16 Tercer informe: milagros.** Antes de narrar las nuevas persecuciones, Lucas intenta resaltar el éxito del Evangelio que comienza a abrirse camino a través de signos y de toda clase de sanaciones. El poder de sanación de Pedro recuerda el de Jesús. La comunidad es objeto de la admiración y del reconocimiento del pueblo.

¹⁶ **5,17-42 Persecución.** Este nuevo acto de persecución por parte del Gran Consejo se parece mucho al precedente (4,1-22): arresto, interrogatorio, respuesta del acusado, deliberación privada y prohibición. Las autoridades les habían impuesto una prohibición formal que ellos habían quebrantado. Son reos reincidentes y deben dar cuenta de su desprecio al tribunal.

Esta vez sin embargo, hay un elemento nuevo: el Gran Consejo está dividido. En el partido de los fariseos había simpatizantes de los apóstoles, entre otras razones porque también creían en la resurrección.

Lucas ve siempre en la creencia de la resurrección un punto de unión entre judíos y cristianos. Esta vez, es el partido de los saduceos, que negaba la resurrección, el promotor del arresto de los apóstoles.

Dice Lucas que aquellos señores estaban llenos de celos. Los apóstoles son encarcelados. El narrador echa mano de una intervención celestial al estilo tradicional: un ángel los libera y les dice que vuelvan al templo a enseñar. Mensaje de Lucas: cuando Dios quiere que algo vaya adelante, toda oposición humana parece ridícula. Efectivamente, en toda la escena posterior así aparece.

El Gran Consejo reunido espera la comparecencia de los reos. ¿Dónde están?, justamente en el dominio de los saduceos, en el templo enseñando al pueblo. De nuevo fueron apresados por la policía, esta vez sin violencia, precisa Lucas, y fueron llevados al Gran Consejo.

El jefe de los saduceos les acusa de haber llenado Jerusalén de la doctrina de ese «nombre», que no quiere pronunciar y que toda la ciudad lo estaba pronunciando. La respuesta de Pedro es siempre la misma: denuncia la muerte de Jesús, anuncia su resurrección e invita al arrepentimiento. La reacción es violenta. Los quieren condenar a muerte. Entonces, se levanta el fariseo Gamaliel, toma la palabra y da un vuelco dramático a la situación. A Lucas le interesa mucho el testimonio de este hombre ponderado y respetado por todos. No es cristiano y, por tanto, puede representar un modo de relaciones pacíficas entre judaísmo y cristianismo. Gamaliel presenta dos hechos históricos de falsos mesías que terminaron en fracaso, y saca la conclusión: Si todo esto «fuera cosa de hombres, fracasará» (38); «si es cosa de Dios, no podrán destruirlos y estarán luchando contra Dios» (39). Nótese el exquisito uso que hace Lucas de los verbos: «fuera» —hipotético—, «es» —real—.

Lucas termina el episodio con una experiencia nueva de los apóstoles. Se marchan contentos, no por haber sido liberados, sino por haber podido sufrir como Jesús. De ahora en adelante, la pasión de Jesús se irá repitiendo en la pasión de los protagonistas de los Hechos y de todos los que han sufrido y siguen sufriendo por la causa de Jesús a través de los tiempos. La pasión de Jesús continúa viva hoy en su pueblo.

El sumo sacerdote los interrogó:

²⁸—Les habíamos ordenado no enseñar mencionando ese nombre, y han llenado Jerusalén con su doctrina y quieren hacernos responsables de la muerte de ese hombre.

²⁹Pedro y los apóstoles replicaron:

—Hay que obedecer a Dios antes que a los hombres.

³⁰El Dios de nuestros padres ha resucitado a Jesús, a quien ustedes ejecutaron colgándolo de un madero. ³¹A él, Dios lo ha sentado a su derecha, nombrándolo jefe y salvador, para ofrecer a Israel el arrepentimiento y el perdón de los pecados. ³²De estos hechos, nosotros somos testigos con el Espíritu Santo que Dios concede a los que creen en él.

³³Al oír estas cosas se indignaron y, deliberaban condenarlos a muerte. ³⁴Entonces un fariseo llamado Gamaliel, doctor de la ley, muy estimado de todo el pueblo se levantó y ordenó que hicieran salir a los acusados. ³⁵Luego se dirigió a la asamblea diciendo:

—Israelitas, fíjense bien en lo que van a hacer con estos hombres. ³⁶Porque no hace mucho surgió Teudas que se hacía pasar por un gran personaje, y le siguieron unos cuatrocientos hombres. Lo mataron y todos sus seguidores se dispersaron y acabaron en nada. ³⁷Más tarde, durante el censo, surgió Judas el Galileo y arrastró mucha gente del pueblo. También él pereció y todos sus partidarios se desparramaron.

³⁸Por eso, ahora les aconsejo que no se metan con esos hombres, sino que los dejen en paz, porque si esta idea o esta obra que ellos intentan hacer fuera cosa de hombres, fracasará; ³⁹pero si es cosa de Dios, no podrán destruirlos y estarán luchando contra Dios.

Le hicieron caso, ⁴⁰llamaron a los apóstoles, los azotaron, les prohibieron hablar en nombre de Jesús y los despidieron.

⁴¹Ellos se marcharon del tribunal contentos de haber sido considerados dignos de sufrir desprecios por el nombre de Jesús. ⁴²Y no cesaban todo el día, en el templo o en casa, de enseñar y anunciar la Buena Noticia del Mesías Jesús.

La institución de los Siete¹⁷

6 ¹Por entonces, al aumentar el número de los discípulos, empezaron los de lengua griega a murmurar contra los de lengua hebrea, porque sus viudas quedaban desatendidas en la distribución diaria de los alimentos.

²Los Doce convocaron a todos los discípulos y les dijeron:

—No es justo que nosotros descuidemos la Palabra de Dios para servir a la mesa; ³por tanto, hermanos, elijan entre ustedes a siete hombres de buena fama, dotados de Espíritu y de prudencia, y los encargaremos de esa tarea. ⁴Nosotros nos dedicaremos a la oración y al ministerio de la palabra.

⁵Todos aprobaron la propuesta y eligieron a Esteban, hombre lleno de fe y Espíritu Santo, a Felipe, Prócoro, Nicanor, Timón, Parmenas y Nicolás, prosélito de Antioquía.

⁶Los presentaron a los apóstoles, y éstos después de orar les impusieron las manos.

⁷El mensaje de Dios se difundía, en Jerusalén crecía mucho el número de los discípulos, y muchos sacerdotes abrazaban la fe.

¹⁷ **6,1-7 La institución de los Siete.** Con este capítulo comienza otra parte del libro de los Hechos en la que aparece un nuevo grupo en la Iglesia de Jerusalén: «los helenistas». La comunidad ha sido quizás idealizada por Lucas en los capítulos precedentes. En realidad, tenía problemas y no pequeños. No podía ser menos, porque se trataba de una comunidad muy compleja. La formaban dos grupos de diversa lengua, mentalidad, cultura y posición social. La división no podía tardar en llegar. Y llegó. Al narrar el episodio, Lucas, hombre conciliador, no hace más que insinuar el conflicto. Era demasiado conocido por todos y no merecía la pena insistir. El interés de Lucas está en presentar la solución pacífica a que se llegó sin que se rompiera la unidad de la comunidad y los frutos tan importantes que un grave conflicto eclesial bien resuelto puede producir. ¡Todo un ejemplo para nuestra Iglesia de hoy!

Esta era la situación de aquella Iglesia de Jerusalén: por una parte, está el grupo cristiano de lengua aramea y cultura hebrea, grupo de la mayoría, del que forman parte los apóstoles. Sus costumbres y sus prácticas, algunas de ellas discriminatorias, son puramente judías. Un bagaje del que aún no habían sabido desprenderse, aun después de abrazar la fe, porque lo consideraban parte integrante del mensaje cristiano. En términos de hoy diríamos que formaban el ala tradicional y conservadora de aquella Iglesia. Por otra parte, está el grupo cristiano «helenista». El término «helenista», en general, designa a los judíos que habían nacido y vivido fuera de Palestina, en la «diáspora», en contacto sobre todo con la cultura griega, cuya lengua habían adoptado. Un buen número de ellos residía en Jerusalén donde tenían sus propias sinagogas, como grupo aparte. De talante más universal, formaban el ala avanzada, abierta y crítica del judaísmo. Un cierto número de estos judíos helenistas se hizo cristiano y, al convertirse, se afirmó más en ellos su crítica del judaísmo tradicional, sus costumbres, prácticas discriminatorias y prejuicios de los que aún no se había liberado el grupo conservador cristiano.

Son los recién convertidos «helenistas» los que provocan el conflicto dentro y fuera de la comunidad cristiana de Jerusalén. Hacia adentro, el problema aparentemente parece trivial y sin mayor importancia. Se quejan de la discriminación que sufren las viudas de su grupo a la hora del reparto de la comida. En realidad, el problema era mucho más de fondo como se verá después. Esta queja provoca una reunión general. Los doce apóstoles proponen una solución que es aceptada por todos: la elección de siete servidores, varones helenistas –todos tienen nombres griegos– para que atendieran a las necesidades materiales de las viudas, porque los apóstoles tenían un ministerio más importante que hacer, como predicar la Palabra de Dios.

Uno de los siete, de nombre Nicolás, era de origen pagano aunque simpatizante –prosélito– judío, natural de Antioquía. La situación de estos «simpatizantes» era muy incómoda. Querían ser judíos de pleno derecho pero no podían. Cuestión racial. Ahí estaba la Ley para impedirselo. Eran tolerados por una parte y discriminados por otra. No podían acudir al templo; no podían sentarse a comer con los judíos de raza, etc. Eran impuros, o sea, ciudadanos de segunda categoría. Cuando estos «simpatizantes» se hacían cristianos, la discriminación continuaba en el seno de la misma comunidad cristiana. ¿Se sentaban a la mesa, como iguales, junto a los cristianos de origen judío para celebrar la eucaristía?

Lucas habla como si la solución hubiera sido inmediata y fácil. Podemos imaginarnos lo que se calla, es decir, la discusión quizás acalorada, el diálogo, el discernimiento, el ceder de unos y de otros y, sobre todo, el clima de oración en que la polémica se resolvió. Con la imposición de las manos, los apóstoles transmiten a los siete elegidos el encargo y la gracia de Dios para cumplirlo.

La imposición de las manos en la cultura bíblica venía a significar la comunicación del espíritu del que impone las manos sobre quien le son impuestas. Así se le confiere una misión y un ministerio. Había nacido lo que hoy llamaríamos una «Iglesia local» con su lengua, su cultura y sus líderes nativos.

Lucas nos transmite dos mensajes. Primero: que la unidad de la Iglesia que estaba naciendo no se rompió ante un grave conflicto, sino que como fruto de la unidad surgió la diversidad. Segundo: que el Espíritu Santo no es monopolio de ningún grupo cristiano ni de la jerarquía eclesiástica sin más, sino que actúa donde quiere. De hecho, comenzó a actuar de un modo sorprendente y maravilloso en aquella comunidad local de helenistas cristianos, empujando la Palabra más allá de las fronteras de la cultura y del pueblo judío. Esto se produjo por el problema «hacia fuera» que provocaron los jóvenes helenistas capitaneados por Esteban y del que se va a ocupar a continuación el narrador. De momento, el incidente queda resuelto y Lucas apostilla que la Palabra o el Mensaje (personificado) se difundía y que crecía mucho el número de los discípulos.

Esteban detenido¹⁸

⁸Esteban, lleno de gracia y poder, hacía grandes milagros y señales entre el pueblo.

⁹Algunos miembros de la sinagoga de los Emancipados, gente de Cirene y Alejandría, de Cilicia y Asia, se pusieron a discutir con Esteban; ¹⁰pero no conseguían contrarrestar la sabiduría y espíritu con que hablaba.

¹¹Entonces sobornaron a algunos para que declararan haberlo oído blasfemar contra Moisés y contra Dios. ¹²Amotinaron al pueblo, incluidos ancianos y letrados, y llegando sorpresivamente lo arrestaron y lo condujeron al Consejo.

¹³Allí presentaron testigos falsos que declararon:

—Este hombre no para de hablar contra nuestro lugar santo y contra la ley; ¹⁴lo hemos oído afirmar que Jesús el Nazareno destruirá este lugar y cambiará las costumbres que nos dio Moisés.

¹⁵En ese momento todos los que estaban sentados en el Consejo fijaron la vista en él y vieron que su rostro parecía el de un ángel.

¹⁸ **6,8-15 Esteban detenido.** Hasta aquí, los apóstoles han acaparado la atención de Lucas como si sólo ellos actuaran en nombre de Jesús. Ahora, su interés se dirige hacia los siete diáconos, especialmente hacia Esteban.

El retrato que hace Lucas de este joven cristiano, el primer mártir de la Iglesia, no puede ser más atractivo: está poseído por el Espíritu, es entusiasta y valiente, muy activo en el anuncio del Evangelio, incisivo en la denuncia, grande en los milagros, la dialéctica, los discursos, las visiones. Todo un profeta. Lo que sus rivales, las autoridades judías, no consiguen razonando y discutiendo, lo intentan con una campaña de difamación para desacreditarlo ante el pueblo que se vuelve en su contra.

Este dato nuevo cambia la situación. Lo acusan de blasfemia por hablar contra la Ley y el templo, símbolos de la identidad judía. Si ya los helenistas judíos relativizaban la Ley y el templo, este helenista cristiano lleva hasta sus consecuencias más radicales su fe en Jesús de Nazaret. En concreto, viene a decir que la Ley y el templo no han sido abolidos, sino substituidos por la persona de Jesús, cuya venida da cumplimiento justamente a la Ley y al templo. ¿Consecuencias? No más discriminación, sino invitación universal a todos los hombres y mujeres de cualquier raza o cultura a creer en Jesús y a formar parte de la nueva comunidad de sus seguidores.

Discurso de Esteban¹⁹

7 ¹El sumo sacerdote lo interrogó:
—¿Es eso verdad?

²Él contestó:

—Hermanos y padres, escuchen. Cuando nuestro padre Abrahán residía en Mesopotamia, antes de trasladarse a Jarán, se le apareció el Dios de la gloria ³y le dijo:

*Sal de tu tierra y de tu parentela
y ve a la tierra que te indicaré.*

⁴Así que salió de Caldea y se estableció en Jarán. Al morir su padre, lo trasladó de allí a esta tierra, donde ustedes habitan ahora. ⁵Pero no le dio una propiedad donde afincarse, sino que le prometió *darle en posesión este país a él y a su descendencia*. Cuando aún no tenía hijos, ⁶Dios le habló así: *Tus descendientes serán emigrantes en tierra extranjera; los esclavizarán y maltratarán cuatrocientos años.* ⁷*Al pueblo que lo esclavice yo lo juzgaré* —dijo Dios—. *Después saldrán y me darán culto en este lugar.* ⁸Como señal de la *alianza* le dio *la circuncisión*. Y así al nacer su hijo Isaac *lo circuncidó al octavo día*. Isaac engendró a Jacob y Jacob a los doce patriarcas. ⁹Los patriarcas, *envidiosos de José, lo vendieron para que lo llevaran a Egipto*; pero Dios estaba con él ¹⁰y lo libró de todas sus desgracias. *Hizo que se ganase el favor del faraón, rey de Egipto*, por su prudencia, *el cual lo nombró gobernador de Egipto y de su entera corte.* ¹¹*Sobrevino una carestía en Egipto y Canaán*, una época de gran escasez, de suerte que nuestros antepasados no encontraban provisiones. ¹²*Al enterarse Jacob de que había trigo en Egipto* envió en una primera expedición a nuestros antepasados. ¹³En una segunda expedición, *José se dio a conocer a sus hermanos* y el faraón se enteró del origen de José. ¹⁴José mandó llamar a Jacob su padre y a toda la familia, unas *setenta y cinco personas*. ¹⁵Jacob bajó a Egipto, donde murió, lo mismo que nuestros antepasados. ¹⁶Sus restos fueron trasladados a Siquén y depositados en el sepulcro que Abrahán había comprado por dinero a los jamoritas de Siquén. ¹⁷Cuando se acercaba la hora de cumplirse la promesa que Dios había hecho a Abrahán, el pueblo había *crecido y se había multiplicado* en Egipto. ¹⁸*Subió al trono de Egipto un rey que no sabía nada de José*, ¹⁹ese rey *maltrató con astucia* a nuestros padres, y los obligó a abandonar a los recién nacidos *para que no sobrevivieran*.

¹⁹ **7,1-53 Discurso de Esteban.** Esteban es llevado al Gran Consejo. La acusación es gravísima: «Lo hemos oído afirmar que Jesús el Nazareno destruirá este lugar —el templo— y cambiará las costumbres que nos dio Moisés» (6,14). La respuesta de Esteban es de momento un rostro angélico y radiante, como el de Moisés después de hablar con Dios (cfr. Éx 34,29-35). Cuando el Sumo sacerdote lo interpela, Esteban responde con un discurso.

Se trata del discurso más extenso y elaborado que encontramos en el libro de los Hechos. Esteban no responde directamente a los cargos en su contra, sino que se lanza a una interpretación crítica de la «Historia Sagrada de Israel». Comenzando por la Alianza de Dios con Abrahán, cuyo signo es la circuncisión, recorre la historia de los Patriarcas hasta llegar a la figura central de su exposición, Moisés, escogido y enviado por Dios como «liberador». Moisés da a los Israelitas leyes, «palabras de vida» que ellos no cumplen. Les anuncia también profetas, sucesores suyos, que ellos mataron. Moisés también les enseña el culto auténtico, ellos se fabrican un ídolo y lo adoran. Les da una tienda copiada del modelo divino, ellos la llenaron de divinidades extranjeras. Cielo y tierra son el trono de Dios, ellos se empeñan en confinarlo en un templo.

Recorriendo, pues, una historia de persecuciones contra los enviados de Dios, Esteban llega al punto culminante, al Justo anunciado, «al que ahora han entregado y asesinado» (52). El orador se vuelve contra sus acusadores y sus palabras proféticas son durísimas. Les llama tercos, incircuncisos de corazón, resistentes al Espíritu, iguales que sus padres. No menciona de momento la resurrección y exaltación del Justo. Lo difiere para un final de gran efecto: la exaltación de Jesús no será la última pieza de un relato, sino algo que Esteban contempla y atestigua: «Estoy viendo el cielo abierto y al Hijo del Hombre en pie a la derecha de Dios» (56).

¿Cómo tenemos que leer los cristianos de hoy este discurso durísimo de Esteban? ¿Tenemos entre las manos el primer discurso antijudío en boca de este primer cristiano masacrado por motivos religiosos? Nada más lejos de la realidad y de lo que Lucas quiere transmitirnos.

Al narrar la persecución y el consiguiente discurso de Esteban, Lucas tiene presente, con toda probabilidad, lo que estaba ocurriendo en su tiempo, es decir, 45 ó 50 años después del martirio de Esteban. Los judíos perseguían a los cristianos de ciudad en ciudad. Habían reprobado oficialmente al cristianismo. Rechazaban la predicación del Evangelio que les ofrecía Pablo. Los cristianos eran, pues, víctimas de la intransigencia y fanatismo judío. Pero ésta es sólo una parte de la historia. Nosotros podríamos añadir que la persecución religiosa no ha sido unilateral. Los perseguidos cristianos se convirtieron, con el correr de nuestra conflictiva historia, en perseguidores de los judíos. Discriminaron, expulsaron y persiguieron a los judíos a lo largo de casi dos mil años, hasta culminar en la gran persecución del Holocausto, en la Segunda Guerra Mundial, donde fueron masacrados casi seis millones de judíos inocentes a manos de los nazis, la mayoría de ellos cristianos.

Este es el contexto en el que debemos leer, hoy, el discurso que Lucas pone en boca de Esteban y que responde tanto a la persecución perpetrada por los judíos de su tiempo contra los cristianos como la perpetrada, después, por los cristianos contra los judíos. La respuesta evangélica que nos da Lucas por boca de Esteban es válida, por tanto, para unos y para otros: los judíos perseguidores y los miembros del tribunal que le estaban juzgando, no son «verdaderos judíos». Son infieles a la verdadera tradición de Israel. Son los sucesores de los que ya persiguieron a los Patriarcas y Profetas. Indirectamente, las palabras de Esteban son también palabras de condena para los perseguidores cristianos: los que mataron, persiguieron y discriminaron, los que callaron y no denunciaron son desmascarados por Esteban como lo que fueron y son: cristianos infieles al Evangelio, traidores a la causa de Jesús.

Lucas quiere enseñarnos a través del discurso de Esteban que «del verdadero Israel y del verdadero cristianismo» no pueden salir perseguidores, discriminadores y asesinos.

La figura de Moisés

²⁰Era la época en que nació Moisés, el cual *agradaba a Dios*. Durante tres meses lo criaron en la casa paterna; ²¹después lo abandonaron, y *la hija del faraón lo adoptó* y educó *como hijo suyo*. ²²Moisés se formó en toda la cultura egipcia: era eficaz de palabra y de obra.

²³Al cumplir cuarenta años se le ocurrió ir a visitar a sus *hermanos israelitas*. ²⁴Viendo que uno era maltratado, salió en su defensa y vengó a la víctima *matando al egipcio*.

²⁵Pensaba que sus hermanos comprenderían que Dios iba a salvarlos por su mano; pero ellos no lo comprendieron.

²⁶Al día siguiente se presentó a unos que peleaban e intentó reconciliarlos diciendo: ustedes son hermanos, ¿por qué se maltratan? ²⁷Pero el que estaba golpeando al otro lo rechazó diciendo: *¿Quién te ha nombrado jefe y juez nuestro?* ²⁸*¿Pretendes matarme como mataste ayer al egipcio?*

²⁹Al oírlo, Moisés se escapó y se estableció en Madián, donde engendró dos hijos.

³⁰Pasados cuarenta años, *se le apareció un ángel en el desierto del monte Sinaí, en la llama de una zarza que ardía*. ³¹Moisés quedó maravillado ante el espectáculo, y, *cuando se acercaba para reconocerlo, se oyó la voz del Señor*: ³²*Yo soy el Dios de tus padres, el Dios de Abrahán, de Isaac y de Jacob*. Moisés, temblando, *no se atrevía a mirar*. ³³El Señor le dijo: *Quítate las sandalias de los pies, que estás en lugar sagrado*. ³⁴*He visto cómo sufre mi pueblo en Egipto, he escuchado su queja y he bajado a liberarlos. Y ahora yo te envío a Egipto*. ³⁵A este Moisés, a quien habían rechazado diciendo: *¿Quién te ha nombrado jefe y juez?*, Dios lo envió como liberador por medio del ángel que se le apareció en el zarzal. ³⁶Él los sacó realizando *milagros y señales en Egipto*, en el Mar Rojo y *cuarenta años en el desierto*. ³⁷Este es el Moisés que dijo a los israelitas: *Dios suscitará de entre ustedes un profeta como yo*. ³⁸Este es el que en la *asamblea*, en el desierto, trataba con el ángel que le había hablado en el monte Sinaí a él y a nuestros padres; el que recibió palabras de vida que luego nos comunicó. ³⁹Nuestros padres no quisieron obedecerle, al contrario lo rechazaron y *desearon volver a Egipto*. ⁴⁰*Y pidieron a Aarón: Fabricanos un dios que vaya delante de nosotros, porque no sabemos qué ha sido de ese Moisés, que nos sacó de Egipto*. ⁴¹*Entonces hicieron el becerro, ofrecieron sacrificios al ídolo y celebraron fiesta en honor de la obra de sus manos*. ⁴²Así que Dios decidió entregarlos al culto de los astros del cielo, como está escrito en los libros proféticos: *Casa de Israel ¿acaso ustedes me ofrecieron víctimas y sacrificios estos cuarenta años en el desierto?* ⁴³*Transportaron la tienda de Moloc y la estrella del dios Refán y las imágenes que fabricaron para adorarlas. Por eso yo los deportaré más allá de Babilonia*.

El Templo

⁴⁴Nuestros padres en el desierto tenían la tienda del Testimonio, como había ordenado Dios cuando dijo a Moisés que la *fabricara, conforme al modelo* que le había mostrado. ⁴⁵Nuestros padres recibieron esta tienda como herencia y, bajo el mando de Josué, la introdujeron en el país conquistado a los paganos, a los que Dios iba expulsando a su paso; y duró hasta el tiempo de David.

⁴⁶David obtuvo el favor de Dios y solicitó permiso para *construir una morada al Dios de Jacob*. ⁴⁷Pero tocó a Salomón construirle el templo; ⁴⁸si bien el Altísimo no habita en construcciones humanas, como dice el profeta:

⁴⁹*El cielo es mi trono
y la tierra la tarima de mis pies:
¿qué casa me van a construir?*

—dice el Señor—,

¿qué lugar para mi descanso?

⁵⁰*¿No ha hecho mi mano todo esto?*

Invectiva final

⁵¹¡Ustedes, duros de cabeza, infieles de corazón, cerrados a la verdad, siempre resisten al Espíritu Santo; y son iguales a sus padres! ⁵²¿Hubo algún profeta que sus padres no persiguieran? Mataron a los que profetizaban la venida del Justo, el mismo al que ahora han entregado y asesinado ⁵³ustedes que recibieron la ley por intermedio de ángeles y no la cumplieron.

Muerte de Esteban²⁰

⁵⁴Cuando oyeron estas cosas se enfurecieron y rechinaban los dientes contra él.

⁵⁵Esteban, lleno del Espíritu Santo, fijando la vista en el cielo, vio la gloria de Dios y a Jesús a la derecha de Dios, ⁵⁶y dijo:

—Estoy viendo el cielo abierto y al Hijo del Hombre de pie a la derecha de Dios.

⁵⁷Ellos comenzaron a gritar, se taparon los oídos y todos se arrojaron contra él, ⁵⁸lo arrastraron fuera de la ciudad y se pusieron a apedrearlo.

Los testigos habían dejado los mantos a los pies de un muchacho llamado Saulo. ⁵⁹Mientras lo apedreaban, Esteban invocó:

—Señor Jesús, recibe mi espíritu.

⁶⁰Y arrodillado, gritó con voz potente:

—Señor, no les tengas en cuenta este pecado.

Y dicho esto, murió.

8^{1a}Saulo estaba allí y aprobó la muerte de Esteban.

Persecución y predicación en Samaría²¹

(cfr. Lc 21,7-19)

^{1b}Aquel día se desató una violenta persecución contra la Iglesia de Jerusalén, de modo que todos, excepto los apóstoles, se dispersaron por el territorio de Judea y Samaría. ²Hombres piadosos sepultaron a Esteban y le ofrecieron un solemne funeral.

³Saulo, por su parte, perseguía a la Iglesia, se metía en las casas, tomaba a hombres y mujeres y los metía en la cárcel.

⁴Los dispersos recorrían el país anunciando la Buena Noticia.

Felipe

⁵Felipe bajó a una ciudad de Samaría y allí proclamaba al Mesías.

²⁰ **7,54–8,1a Muerte de Esteban.** La reacción de los oyentes muestra que han ido entendiendo la intención del discurso y que de acusadores se han convertido en acusados. La reacción es visceral. Llega el momento culminante cuando Esteban, en un raptó de inspiración, exclama que ve la Gloria de Dios y a Jesús a la derecha de Dios. Esto fue insoportable para los oídos de los acusadores.

A partir de aquí los hechos se desencadenan con rapidez: lo sacaron fuera y arrebataos de odio lo apedrearón. En sus últimas palabras Esteban imita a su Maestro, muere perdonando (cfr. Lc 23,34): «Señor, no les tengas en cuenta este pecado» (60). Con dos rasgos, como de pasada, Lucas hace entrar en escena a un personaje secundario, que pronto será el gran protagonista del libro: por ahora se llama Saulo.

²¹ **8,1b-25 Persecución y predicación en Samaría.** A raíz de la denuncia profética de Esteban estalló la persecución. Lucas deja entender que fue una persecución «selectiva». El ala conservadora del grupo cristiano, con los apóstoles a la cabeza, no fue molestada. Sólo los helenistas cristianos tuvieron que escapar a toda prisa de Jerusalén. Los demás se quedaron. Lucas no insiste en este detalle. Nosotros podemos preguntarnos: ¿Por qué no presentaron «todos» un frente común a la hora de la persecución? ¿Faltó la solidaridad?

De todas formas, persecuciones «selectivas» han abundado en todas nuestras comunidades cristianas a lo largo de la historia, especialmente de América Latina. Los tiranos saben que cuentan siempre con el silencio de una parte de la Iglesia a la hora de señalar a sus víctimas. Lucas no dice nada de esto, porque la verdadera historia que a él le interesa contar no es ésta, sino la del Espíritu que se sirvió de aquellos perseguidos para llevar la Palabra más allá de las fronteras de Jerusalén.

Lo que es huida y dispersión a los ojos humanos, es difusión del Evangelio a los ojos iluminados del narrador.

Así pues, mientras Saulo se convertía en un activista en la persecución contra los cristianos, según nos cuenta Lucas quizás cargando un poco las tintas para preparar por contraste su posterior y espectacular conversión, uno de los «siete», Felipe, es el escogido por el Espíritu para llevar el Evangelio a Samaría, considerada como semipagana, medio apóstata, infestada de sincretismo (cfr. Jn 4). Éste fue el primer campo de operaciones de aquellos evangelistas itinerantes. La primera frontera se había roto.

En esta campaña misionera de Felipe, Lucas tiene cosas importantes que decirnos. Primero, prepara el ambiente afirmando que la misión de Felipe fue todo un éxito y lo describe con el esquema básico de toda evangelización: anuncio de la Buena Noticia, liberación y transformación, expresada en la alegría de todos. A continuación, introduce un personaje singular, un tal Simón, charlatán y embaucador de las masas que tenía a todos encantados con su magia. Este individuo vio una fuente de ingresos en la recepción del Espíritu Santo y propuso el posible negocio a los apóstoles. Y aquí interviene Lucas para mostrarnos, por medio de Simón, en qué puede llegar a convertirse la religión, cualquier religión, cuando ha sido contaminada por el dinero: «en hiel amarga» y «atada en lazos de maldad» (23).

Todo lo que es cristiano funciona sin dinero. En este mundo en que todo se compra y se vende y en el que el dinero es el poder más absoluto, la Palabra de Dios y el Espíritu Santo ni se compran ni se venden. Los apóstoles no tienen dinero y los dones de Dios no se valoran en dinero. El desinterés total de estos primeros misioneros cristianos es lo que nos presenta Lucas como novedad y ejemplo para todos.

El segundo mensaje obedece a su preocupación constante por mostrarnos la «unidad de la Iglesia». A Felipe y a sus compañeros no se les subió el éxito a la cabeza. Comunicaron inmediatamente a la Iglesia de Jerusalén lo que estaba ocurriendo, y los apóstoles se personaron en Samaría.

La presencia de los apóstoles confirmando e imponiendo las manos a los nuevos convertidos en su fe, da origen a este «Pentecostés Samaritano» —más tarde se nos narrará el «Pentecostés Pagano»— en el que el Espíritu Santo se derramó sobre ellos como principio de unidad, de alegría y de vida cristiana.

⁶La multitud escuchaba con atención e íntimamente unida a lo que Felipe decía, porque oían y veían las señales que realizaba. ⁷Espíritus inmundos salían de los poseídos dando grandes voces; muchos paralíticos y lisiados se sanaban, ⁸y la ciudad rebosaba de alegría.

⁹Desde hacía tiempo había en la ciudad un hombre llamado Simón que practicaba la magia, tenía impresionada a la gente de Samaría y se hacía pasar por un gran personaje.

¹⁰Todos, del mayor al menor, le escuchaban y comentaban:

—Éste es la Fuerza de Dios, ésa que es llamada Grande.

¹¹Le escuchaban porque durante bastante tiempo los había tenido encantados con su magia.

¹²Pero, cuando creyeron a Felipe, que les anunciaba la Buena Noticia del reino de Dios y el nombre de Jesús Mesías, todos, hombres y mujeres, se bautizaron.

¹³También Simón creyó y se bautizó, y seguía constantemente a Felipe, asombrado al ver los grandes milagros y señales que hacía.

Pedro y Juan

¹⁴En Jerusalén los apóstoles se enteraron que Samaría había aceptado la Palabra de Dios, y les enviaron a Pedro y Juan. ¹⁵Éstos bajaron y rezaron para que recibieran el Espíritu Santo ¹⁶porque todavía no había bajado sobre ninguno de ellos y sólo estaban bautizados en el nombre del Señor Jesús.

¹⁷Entonces les impusieron las manos y recibieron el Espíritu Santo.

Simonía

¹⁸Viendo Simón que, mediante la imposición de las manos de los apóstoles, se concedía el Espíritu, les ofreció dinero ¹⁹diciendo:

—Denme también a mí ese poder de conferir el Espíritu Santo al que le imponga las manos.

²⁰Pedro le replicó:

—¡Maldito seas tú con tu dinero, si crees que el don de Dios se compra con dinero! ²¹Este poder no es para ti ni te corresponde, porque Dios no aprueba tu actitud. ²²Arrepiéntete de tu maldad y pide que se te perdone tu error. ²³Te veo convertido en hiel amarga y atado en lazos de maldad.

²⁴Respondió Simón:

—Rueguen ustedes al Señor por mí, para que no me suceda nada de lo que acabas de decir.

²⁵Ellos, después de dar testimonio exponiendo el mensaje del Señor, se volvieron a Jerusalén, anunciando por el camino la Buena Noticia en muchos pueblos de Samaría.

Felipe y el eunuco²²

(cfr. Is 56,3-8)

²⁶El ángel del Señor dijo a Felipe:

—¡Levántate! Dirígete al sur, al camino que conduce de Jerusalén a Gaza —un camino desierto—

²⁷Él se puso en camino.

Sucedió que un eunuco etíope, ministro de la reina Candaces y administrador de sus bienes, ²⁸volvía de una peregrinación a Jerusalén, sentado en su carroza y leyendo la profecía de Isaías.

²⁹El Espíritu dijo a Felipe:

—Acércate y camina junto a la carroza.

³⁰Felipe la alcanzó de una carrera y oyó que estaba leyendo la profecía de Isaías, y le preguntó:

²² **8,26-40 Felipe y el eunuco.** Cambio de escena en la campaña misionera de Felipe. La iniciativa del Espíritu, que es lo que continuamente está resaltando Lucas, aparece aquí más clara todavía. Felipe recibe una orden que lo lleva, no a la ciudad sino al desierto; no a evangelizar multitudes, sino a una sola persona, a un eunuco. El escenario parece irreal. De hecho, ninguna de las rutas que unía Gaza con Jerusalén atravesaba el desierto. Sin embargo, por allí transitaba aquel personaje etíope, eunuco y pagano, aunque «simpatizante», no circuncidado y como tal, excluido.

La evangelización de este hombre representa otra apertura trascendental de la Iglesia, en la cual se cumple una profecía: «No diga el extranjero que se ha unido al Señor: el Señor me excluirá de su pueblo. No diga el eunuco: Yo soy un árbol seco» (Is 56,3).

Lucas está exponiendo cómo se comprende y se explica la Escritura en la nueva comunidad. El etíope va leyendo en voz alta uno de los pasajes bíblicos más difíciles de comprender.

Hacia siglos que los judíos se preguntaban por la persona que cumpliera exactamente todo lo que contiene la profecía y que realizara en favor del pueblo lo que dice el profeta. Felipe, como Jesús camino de Emaús (cfr. Lc 24,45s), ofrece al extranjero la respuesta: es la persona de Jesús, muerto y resucitado, de quien está hablando el profeta (cfr. Is 52,13-53,12).

El eunuco pide el bautismo. ¿Qué le impide recibirlo, ser eunuco, ser extranjero? En la pregunta resuenan las dudas e incertidumbres de las primeras comunidades. Lucas responde que el gesto de Felipe bautizando al etíope es obra de Dios, de su Espíritu.

Un símbolo unitario de fecundidad gobierna este bello relato de Lucas: del terreno desierto brota una fuente de agua vivificante; del libro incomprensible brota un sentido que ilumina y transforma; y el estéril recobra nueva vida.

De nuevo, Lucas menciona la alegría: el eunuco siguió su camino muy contento. No conocemos su nombre para venerarlo en la Iglesia; quizás su nombre sea multitud.

—¿Entiendes lo que estás leyendo?

Contestó:

³¹—¿Y cómo voy a entenderlo si nadie me lo explica?

Y lo invitó a subir y sentarse junto a él.

³²El texto de la Escritura que estaba leyendo era el siguiente:

*Como cordero llevado al matadero,
como oveja ante el esquilador, muda,
así él no abrió la boca.*

³³*Lo humillaron*

negándole la justicia;

¿quién podrá hablar

de su descendencia

ya que su vida

es arrancada de la tierra?

³⁴El eunuco preguntó a Felipe:

—Dime, por favor, ¿por quién lo dice el profeta? ¿Por sí o por otro?

³⁵Felipe tomó la palabra y, comenzando por aquel texto, le explicó la Buena Noticia de Jesús.

³⁶Siguiendo camino adelante llegaron a un lugar donde había agua, y el eunuco le dijo:

—Ahí hay agua, ¿qué me impide ser bautizado?

³⁷Contestó Felipe:

—¿Crees de todo corazón?

Respondió el eunuco:

—Creo que Jesucristo es el Hijo de Dios.

³⁸Mandó parar la carroza, bajaron los dos hasta el agua, Felipe y el eunuco, y lo bautizó.

³⁹Cuando salieron del agua, el Espíritu del Señor arrebató a Felipe, de modo que el eunuco no lo vio más; y continuó su viaje muy contento.

⁴⁰Felipe apareció por Azoto, y recorriendo la región iba anunciando la Buena Noticia a todas las poblaciones hasta que llegó a Cesarea.

Conversión de Pablo²³

9¹Saulo, respirando amenazas contra los discípulos del Señor, se presentó al sumo sacerdote ²y le pidió cartas para las sinagogas de Damasco autorizándolo para llevar presos a Jerusalén a los seguidores del Camino del Señor que encontrara, hombres y mujeres.

³Iba de camino, ya cerca de Damasco, cuando de repente lo deslumbró una luz que venía del cielo. ⁴Cayó en tierra y oyó una voz que le decía:

—Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?

⁵Contestó:

—¿Quién eres, Señor?

Le dijo:

²³ **9,1-25 Conversión de Pablo.** La frase «camino de Damasco» ha sido aceptada ya en todas nuestras lenguas modernas para designar un cambio espectacular ocurrido en la vida de cualquier persona.

La conversión de Pablo es de las más significativas de toda la historia de la Iglesia, tanto por la transformación radical de este hombre como por las consecuencias que desencadenó. Lucas menciona tres veces la conversión de Pablo en el presente libro (9,1-22; 22,3-16; 26,9-18). El mismo Pablo nunca describe el acontecimiento, simplemente lo afirma (cfr. 1 Cor 9,1; 15,8; Gál 1,1.11s). Con toda seguridad, su conversión era contada y recontada en todas las comunidades cristianas del tiempo de Lucas, quien describe el acontecimiento muchos años después de la muerte de Pablo en Roma. Como siempre, el narrador recoge recuerdos, datos y detalles, y después compone y embellece su historia procurando el máximo efecto para transmitir su enseñanza.

El primer escenario de su narración ocurre en el «camino». El perseguidor se encuentra cara a cara con Jesús. Para describir esta escena, Lucas utiliza las imágenes bíblicas, tan frecuentes en el Antiguo Testamento, de las intervenciones espectaculares de Dios: se abre el cielo, brilla una gran luz, se oye una voz potente, los presentes caen derribados por tierra. Sigue un diálogo fascinante: «¿Quién eres, Señor?». La voz se identifica: «Yo soy Jesús, a quien tú persigues» (5). Confusión y aturdimiento de Saulo de Tarso, quien ciego, vencido y derrotado, es conducido de la mano a Damasco.

Cambio de escena: mientras tanto, en la ciudad, Jesús pone en movimiento a la comunidad cristiana que esperaba atemorizada la llegada del perseguidor. Los acontecimientos se suceden aumentando su intensidad dramática: encuentro de Saulo con la comunidad en la persona de Ananías, quien le comunica la misión a la que está destinado. Saulo acepta la misión, recobra la vista, es bautizado y recupera las fuerzas. De nuevo, un cambio de escena: Saulo es presentado ahora en las sinagogas de Damasco afirmando que Jesús es el Mesías. Sigue un complot para matarlo. Pablo —ya no es más Saulo, sino Pablo— se entera y huye de Damasco, de noche, descolgado muro abajo.

He aquí la narración de Lucas. ¿Se pueden decir tantas cosas, tan bellamente y con tanta economía de palabras? En el centro de la narración sucede el encuentro de Pablo con Jesús vivo y resucitado que lo interpela, lo llama y espera una respuesta.

Pablo la da en el seno de la comunidad de hermanos y hermanas. A la respuesta sigue la transformación. Pablo se sentirá ya hasta su muerte fascinado por Jesús, por Él vivirá y sufrirá siendo su testigo en medio de hombres y mujeres de razas, religiones y culturas diferentes.

Esta vida y pasión de Pablo, siguiendo las huellas de su Señor, ocupará de aquí en adelante la mayor parte del libro de los Hechos.

—Yo soy Jesús, a quien tú persigues. ⁶Ahora levántate, entra en la ciudad y allí te dirán lo que debes hacer.

⁷Los acompañantes se detuvieron mudos, porque oían la voz pero no veían a nadie. ⁸Saulo se levantó del suelo y, al abrir los ojos, no veía. Lo tomaron de la mano y lo hicieron entrar en Damasco, ⁹donde estuvo tres días, ciego, sin comer ni beber.

¹⁰Había en Damasco un discípulo llamado Ananías. En una visión le dijo el Señor:

—¡Ananías!

Respondió:

—Aquí me tienes, Señor.

¹¹Y el Señor le dijo:

—Encamínate a la Calle Mayor y pregunta en casa de Judas por un tal Saulo de Tarso: lo encontrarás orando.

¹²En una visión Saulo contemplaba a un tal Ananías que entraba y le imponía las manos y en ese momento recobraba la vista. ¹³Ananías respondió:

—Señor, he oído a muchos hablar de ese hombre y contar todo el daño que ha hecho a los consagrados de Jerusalén. ¹⁴Ahora está autorizado por los sumos sacerdotes para arrestar a los que invocan tu nombre.

¹⁵Le contestó el Señor:

—Ve, que ése es mi instrumento elegido para difundir mi nombre entre paganos, reyes e israelitas. ¹⁶Yo le mostraré lo que tiene que sufrir por mi nombre.

¹⁷Salió Ananías, entró en la casa y le impuso las manos diciendo:

—Saulo, hermano, me envía el Señor Jesús, el que se te apareció cuando venías por el camino, para que recobres la vista y te llenes de Espíritu Santo.

¹⁸Al instante se le cayeron de los ojos como unas escamas, recobró la vista, se levantó, se bautizó, ¹⁹comió y recobró las fuerzas. Y se quedó unos días con los discípulos de Damasco.

²⁰Muy pronto se puso a proclamar en las sinagogas que Jesús era el Hijo de Dios. ²¹Todos los oyentes comentaban asombrados:

—¿No es éste el que perseguía en Jerusalén a los que invocan dicho nombre y ha venido acá para llevárselos presos ante los sumos sacerdotes?

²²Pero Saulo iba ganando fuerza y confundía a los judíos que vivían en Damasco, afirmando que Jesús era el Mesías. ²³Pasados bastantes días los judíos decidieron eliminarlo; ²⁴pero Pablo se enteró de su plan. Y, como los judíos custodiaban las puertas de la ciudad día y noche para eliminarlo, ²⁵una noche los discípulos lo descolgaron por el muro, escondido en una canasta.

Pablo en Jerusalén²⁴

²⁶Al llegar a Jerusalén, intentaba unirse a los discípulos; pero ellos le tenían miedo, porque no creían que fuera discípulo. ²⁷Bernabé, haciéndose cargo de él, se lo presentó a los apóstoles y él les contó cómo había visto al Señor en el camino, cómo le había hablado y con qué franqueza había anunciado en Damasco el nombre de Jesús.

²⁸Saulo se quedó en Jerusalén, moviéndose libremente; anunciaba valientemente el nombre de Jesús, ²⁹conversaba y discutía con los judíos de lengua griega, pero estos tramaban su muerte.

³⁰Sus hermanos, al enterarse lo acompañaron hasta Cesarea y lo enviaron a Tarso.

³¹La Iglesia entera de Judea, Galilea y Samaría gozaba de paz, se iba construyendo, vivía en el temor del Señor y crecía animada por el Espíritu Santo.

²⁴ **9,26-31 Pablo en Jerusalén.** Los estudiosos de la Biblia no se ponen de acuerdo sobre este viaje relámpago de Pablo a Jerusalén. Parece que no concuerda con el mismo viaje que narra Pablo en Gál 1,18 y que sucedió bastante tiempo después.

¿Se trató de un solo viaje o de dos? A Lucas estos detalles no parecen preocuparle. Su intención de presentarnos «tan pronto» a Pablo en Jerusalén obedece a su preocupación fundamental que ya hemos visto en otros episodios: afirmar la unidad y comunión de «toda» la comunidad cristiana que comenzaba a ser ya universal.

Era, pues, necesario mostrar cuanto antes a Pablo en contacto y comunión con la Iglesia madre de Jerusalén, pues son ellos, los apóstoles y columnas de la Iglesia, los que debían autorizar y confirmar la misión del nuevo convertido.

Sanación de Enéas²⁵

(cfr. Lc 5,17-26)

³²En uno de sus viajes bajó Pedro a visitar a los consagrados que habitaban en Lida. ³³Encontró a un tal Eneas, que llevaba ocho años en cama paralítico.

³⁴Pedro le dijo:

—Eneas, Jesucristo te sana. Levántate y arregla la cama.

Al instante se levantó. ³⁵Todos los vecinos de Lida y Sarón lo vieron y se convirtieron al Señor.

Resurrección de Tabita

(cfr. Lc 8,49-56)

³⁶En Jafa vivía una discípula llamada *Tabita* —que significa gacela—: repartía muchas limosnas y hacía obras de caridad. ³⁷Sucedió por entonces que cayó enferma y murió. La lavaron y la colocaron en el piso superior. ³⁸Como Lida está cerca de Jafa, los discípulos, oyendo que Pedro se encontraba allí, enviaron dos hombres a buscarlo:

—Ven por acá sin tardanza.

³⁹Pedro se fue con ellos. Al llegar, lo llevaron al piso de arriba. Las viudas lo rodearon y llorando le mostraban las túnicas y mantos que hacía Gacela mientras vivía con ellas.

⁴⁰Pedro hizo salir a todos, se arrodilló y rezó; después, vuelto hacia el cadáver, ordenó:

—Gacela, levántate.

Ella abrió los ojos y, al ver a Pedro, se incorporó. ⁴¹Él le dio la mano y la hizo levantar. Después llamó a los consagrados y a las viudas y se la presentó viva.

⁴²El hecho se supo en toda Jafa, y muchos creyeron en el Señor. ⁴³Pedro se quedó algún tiempo en Jafa, en casa de Simón el curtidor.

Pedro y Cornelio²⁶

10 ¹Vivía en Cesarea un tal Cornelio, capitán de la cohorte itálica; ²hombre piadoso, que veneraba a Dios con toda su familia. Hacía muchas limosnas al pueblo y oraba constantemente a Dios.

³A eso de las tres de la tarde, vio claramente en una visión a un ángel de Dios que entraba en su habitación y le decía:

—Cornelio.

⁴Él lo miró asustado y dijo:

—¿Qué quieres, Señor?

²⁵ **9,32-43 Sanación de Eneas – Resurrección de Tabita.** Lucas deja a Pablo, por ahora, y retoma el hilo de su historia: el crecimiento y desarrollo del Evangelio. Comienza con otro pequeño sumario en que nos dice que la Iglesia entera «se iba construyendo... crecía animada por el Espíritu Santo» (31). Los dos verbos empleados nos ofrecen los dos aspectos de la Iglesia que deben siempre coexistir en tensión: estabilidad y dinamismo.

Esta vez, el progreso del Evangelio nos es presentado a raíz de las rutas misioneras de Pedro quien aparece como predicador itinerante, haciendo paradas para visitar a los pequeños grupos de cristianos. El escenario es la región costera que va de Jafa hasta Cesarea.

Hablar del progreso del Evangelio para Lucas es hablar de los efectos de liberación que produce. Aquí se constata con dos milagros de Pedro. Están como calcados en los milagros de Jesús. El primero recuerda al narrado por Marcos (cfr. Mc 2,1-12). El segundo sigue de cerca el relato de la resurrección de la hija de Jairo (cfr. Mc 5,36-43), hasta en los detalles más conmovedores. Jesús ordena: «talitha qum», «icorderita, levántate!»; Pedro, a su vez, dice: «tabitha anasthehi», «igacela, levántate!» (40). La muerta devuelta a la vida se llamaba Tabita, que quiere decir gacela. Lucas, que no pierde ocasión para resaltar lo que le interesa, dice que Gacela repartía muchas limosnas y hacía obras de caridad.

²⁶ **10,1-33 Pedro y Cornelio.** Si hemos de juzgar por el espacio empleado, este relato que solemos llamar la conversión del Cornelio es uno de los más importantes del libro. ¿Conversión de Cornelio? Mejor sería llamarlo conversión de Pedro. Cornelio está abierto al Evangelio y no se resiste. El Evangelio está llegando a los paganos y Pedro duda y se resiste a abrirles la puerta. La intervención de Dios va a dar un vuelco dramático a la situación y ambos, Cornelio y Pedro, van a ser los protagonistas de un cambio radical en la Iglesia naciente.

Lucas presenta a los dos protagonistas de la narración mientras oraban: por una parte, el pagano Cornelio, ciudadano romano, capitán del batallón destacado en Cesarea, hombre de oración y muy caritativo con los pobres —de nuevo el detalle—. Por otra parte, Pedro orando en casa de un tal Simón el curtidor, y cavilando —podemos añadir nosotros— sobre el problema candente que tenía en aquellos momentos la Iglesia entre sus manos: ¿qué hacer con los paganos que pidan el bautismo? Para hacerse cristianos, ¿tenían los paganos que incorporarse primero plenamente al judaísmo, o parcialmente, o de ningún modo? Por lo visto, la conversión y el bautismo del eunuco etíope no había hecho mucho efecto en las «columnas» de la Iglesia.

A continuación, el narrador nos presenta a Jesús moviendo los hilos de la historia. A la misma hora, las dos de la tarde, estando Pedro y Cornelio en oración, dos intervenciones simultáneas y decisivas de Dios acercan el uno al otro. La visión libera a Pedro de prejuicios, tabúes y discriminaciones. Más grave que la distinción de alimentos en comestibles e impuros es la distinción de las personas entre judíos y paganos. El apóstol ya no puede llamar «impura» a ninguna persona. Ahora empieza realmente su conversión. Cornelio, por su parte, ve que las barreras caen y es animado a encontrarse con Pedro.

Lucas nos presenta el encuentro entre ambos con un lujo de detalles a cual más evocador. Dice, por ejemplo, que Pedro acudió a la cita con Cornelio acompañado de algunos hermanos de Jafa, aludiendo a la dimensión comunitaria de lo que iba a ocurrir. Después del saludo un poco aparatoso de Cornelio, Pedro responde simplemente: «Levántate, que yo no soy más que un hombre» (26). No existen más las distinciones: yo judío, tú pagano.

Le contestó:

—Tus oraciones y limosnas han subido a la presencia de Dios y son tenidas en cuenta. ⁵Ahora envía gente a Jafa, a buscar a un tal Simón, por sobrenombre Pedro. ⁶Se aloja en casa de Simón el curtidor, al lado del mar.

⁷Cuando se marchó el ángel que le hablaba, llamó a dos criados y a un soldado piadoso y de confianza, ⁸les explicó el asunto y los envió a Jafa.

⁹Al día siguiente, mientras ellos iban de camino y se acercaban a la ciudad, Pedro subió a la azotea para orar. Como era cerca del mediodía, ¹⁰sintió apetito y quiso comer algo. Mientras se lo preparaban, cayó en éxtasis. ¹¹Vio el cielo abierto y un objeto como un mantel enorme, descolgado por las cuatro puntas hasta el suelo: ¹²contenía toda clase de cuadrúpedos, reptiles y aves.

¹³Y oyó una voz:

—¡Vamos, Pedro, mata y come!

¹⁴Pedro respondió:

—De ningún modo, Señor; nunca he probado un alimento profano o impuro.

¹⁵Por segunda vez sonó la voz:

—Lo que Dios declara puro tú no lo tengas por impuro.

¹⁶Esto se repitió tres veces y enseguida el objeto fue elevado al cielo.

¹⁷Mientras Pedro, desconcertado, se interrogaba sobre el significado de la visión, los enviados de Cornelio que habían preguntado por la casa de Simón, se presentaron a la puerta, ¹⁸y preguntaron si se alojaba allí Simón, de sobrenombre Pedro. ¹⁹Pedro seguía dándole vueltas a la visión, cuando el Espíritu le dijo:

—Mira, tres hombres preguntan por ti. ²⁰Levántate, baja y sin dudarlo vete con ellos, porque yo los he enviado.

²¹Pedro bajó a donde estaban y les dijo:

—Soy yo el que buscan, ¿para qué vinieron?

²²Contestaron:

—El capitán Cornelio, hombre honrado que venera a Dios, apreciado por todo el pueblo judío, ha recibido de un ángel santo el encargo de llamarte y escuchar tus palabras.

²³Pedro los hizo entrar y les dio alojamiento. ²⁴Al día siguiente se puso en camino con ellos, acompañado de algunos hermanos de Jafa. Al otro día llegaron a Cesarea. Cornelio los estaba esperando y había reunido a sus parientes y amigos íntimos. ²⁵Cuando Pedro entró, Cornelio le salió al encuentro, y se arrodilló a sus pies en señal de veneración.

²⁶Pedro lo levantó y le dijo:

—Levántate, que yo no soy más que un hombre.

²⁷Conversando con él, entró y encontró a muchos reunidos, ²⁸entonces se dirigió a ellos diciendo:

—Ustedes saben que a cualquier judío le está prohibido juntarse o visitar a personas de otra raza. Pero Dios acaba de enseñarme que no se debe considerar profano o impuro a ningún hombre. ²⁹Por eso, cuando me llamaron, vine sin dudarlo. Ahora deseo saber para qué me han llamado.

³⁰Cornelio contestó:

—Hace tres días, a esta hora, estaba yo recitando la oración de la tarde en mi casa, cuando un hombre con un traje resplandeciente se presentó ante mí ³¹y me dijo: Cornelio, tu oración y tus limosnas han sido escuchadas por Dios y son tenidas en cuenta. ³²Envía gente a Jafa y llama a Simón, por sobrenombre Pedro, que se aloja en casa de Simón el curtidor, junto al mar.

³³Enseguida te hice llamar y tú has tenido la bondad de venir. Estamos todos en presencia de Dios dispuestos a escuchar lo que el Señor te ha mandado decirnos.

En casa de Cornelio²⁷

³⁴Pedro tomó la palabra:

—Verdaderamente reconozco que Dios no hace diferencia entre las personas sino que, ³⁵acepta a quien lo respeta y practica la justicia, de cualquier nación que sea.

³⁶Él comunicó su palabra a los israelitas y anuncia la Buena Noticia de la paz por medio de Jesús, el Mesías, que es Señor de todos.

³⁷Ustedes ya conocen lo sucedido por toda la Judea, empezando por Galilea, a partir del bautismo que predicaba Juan.

³⁸Cómo Dios ungió a Jesús de Nazaret con Espíritu Santo y poder: él pasó haciendo el bien y sanando a los poseídos del Diablo, porque Dios estaba con él. ³⁹Nosotros somos testigos de todo lo que hizo en Judea y Jerusalén.

Ellos le dieron muerte colgándolo de un madero. ⁴⁰Pero Dios lo resucitó al tercer día e hizo que se apareciese, ⁴¹no a todo el pueblo, sino a los testigos designados de antemano por Dios: a nosotros, que comimos y bebimos con él después de su resurrección.

⁴²Nos encargó predicar al pueblo y atestiguar que Dios lo ha nombrado juez de vivos y muertos. ⁴³Todos los profetas dan testimonio de él, declarando que los que creen en él, en su nombre reciben el perdón de los pecados.

⁴⁴Pedro no había acabado de hablar, cuando el Espíritu Santo bajó sobre todos los oyentes.

⁴⁵Los creyentes convertidos del judaísmo se asombraban al ver que el don del Espíritu Santo también se concedía a los paganos; ⁴⁶ya que los oían hablar en diversas lenguas y proclamar la grandeza de Dios.

Entonces intervino Pedro:

⁴⁷—¿Puede alguien impedir que se bauticen con agua los que han recibido el Espíritu Santo igual que nosotros?

⁴⁸Y ordenó que los bautizaran invocando el nombre de Jesucristo. Ellos le rogaron que se quedaran unos días.

Informe de Pedro en Jerusalén²⁸

11 ¹Los apóstoles y los hermanos que estaban en Judea oyeron que también los paganos habían aceptado la Palabra de Dios.

²Cuando Pedro subió a Jerusalén, los judíos convertidos discutían con él ³diciendo que había entrado en casa de incircuncisos y había comido con ellos.

⁴Pedro les contó detalladamente lo sucedido:

⁵—Estaba yo orando en Jafa, cuando tuve una visión en éxtasis: un objeto, como un mantel enorme, se descolgaba por las cuatro puntas desde el cielo y llegaba hasta mí. ⁶Me fijé atentamente y vi cuadrúpedos, fieras, reptiles y aves. ⁷Oí una voz que me decía: ¡Pedro, levántate, mata y come! ⁸Contesté: De ningún modo, Señor, yo nunca he comido nada profano o impuro. ⁹Por segunda vez me habló la voz desde el cielo: Lo que Dios declara puro tú no lo declares impuro.

¹⁰Esto sucedió tres veces y después todo fue llevado otra vez hacia el cielo.

²⁷ **10,34-48 En casa de Cornelio.** Pedro comienza diciendo que Dios no hace distinciones entre personas, que acepta a cualquiera que sea bueno y honrado sin mirar la raza o nación de la que procede. Nosotros, hoy, podríamos añadir: ni tampoco la religión que profesa.

Por fin parece que Pedro ha comprendido. Sus palabras repiten el testimonio que ya venía dando entre los judíos sobre la persona de Jesús, su muerte y resurrección. Sólo que esta vez el auditorio es distinto, pues los oyentes son paganos. Pedro les pone al corriente de todo lo sucedido acerca de Jesús hasta llegar a la resurrección, a los testigos de ella y al mensaje universal que implica: el perdón para todos los que crean.

«Pedro no había acabado de hablar» (44), dice el narrador, cuando el Espíritu Santo se derrama sobre los oyentes ante la sorpresa mayúscula de Pedro y su comitiva. Para Lucas, las palabras del apóstol son como «inspiradas» y portadoras del Espíritu.

El cuadro no puede ser más sugerente: los creyentes-judíos junto a los paganos compartiendo ahora un solo y único Espíritu. Pedro saca las consecuencias y a través del bautismo que les administra en el acto, Cornelio, sus parientes y amigos son incorporados a la comunidad cristiana.

Un paso fundamental fue dado en la historia naciente de la Iglesia.

²⁸ **11,1-18 Informe de Pedro en Jerusalén.** La iniciativa de Pedro de bautizar al pagano Cornelio alarma a un grupo influyente de la comunidad de Jerusalén. Cuando éste regresó, le exigieron una explicación de lo que había hecho. Pedro había comprometido su autoridad en una iniciativa peligrosa de posible largo alcance. Estos cristianos, fieles a la circuncisión y a las leyes de separación, viven encerrados en mezquinas cuestiones de convivencia.

Pedro, que se mueve ya en otro horizonte, responde, no apelando a su autoridad, sino a la de Dios. Su detallado informe termina con la pregunta: «Si Dios les concedió el mismo don que a nosotros, por haber creído en el Señor, Jesucristo, ¿quién era yo para estorbar a Dios?» (17). Aquí terminó todo, de momento. Dice Lucas que se calmaron los ánimos de los conservadores y que dieron gloria a Dios. Probablemente, la sesión fue mucho más agitada de lo que nos cuenta.

Hay que recordar, sin embargo, que la intención de Lucas no es relatarnos las diversas etapas del conflicto, sino las soluciones progresivas a que llegaron aquellos cristianos y cristianas sin que se rompiera la unidad. El problema, no obstante, no quedó resuelto del todo, como se verá en el Concilio de Jerusalén. Allí, el Espíritu tendrá que emplearse a fondo.

¹¹En aquel momento tres hombres enviados desde Cesarea llegaron a la casa donde me encontraba. ¹²El Espíritu me ordenó ir con ellos sin dudar. Me acompañaron estos seis hermanos y entramos en casa de aquel hombre.

¹³Él nos explicó que había visto en casa un ángel de pie que le decía: Envía gente a Jafa y haz venir a Simón, por sobrenombre Pedro, ¹⁴el cual te dirá palabras que serán la salvación tuya y de tu familia.

¹⁵Apenas empecé a hablar, cuando bajó sobre ellos el Espíritu Santo, como al principio sobre nosotros. ¹⁶Yo me acordé de lo que había dicho el Señor: Juan bautizó con agua, ustedes serán bautizados con Espíritu Santo.

¹⁷Ahora bien, si Dios les concedió el mismo don que a nosotros, por haber creído en el Señor, Jesucristo, ¿quién era yo para estorbar a Dios?

¹⁸Al oír el relato se calmaron y dieron gloria a Dios diciendo:

—Dios también ha concedido a los paganos el arrepentimiento que conduce a la vida.

La Iglesia de Antioquía²⁹

¹⁹Los que se habían dispersado durante la persecución ocasionada por Esteban llegaron hasta Fenicia, Chipre y Antioquía, anunciando el mensaje solamente a los judíos. ²⁰Entre ellos había algunos chipriotas y cireneos que, al llegar a Antioquía, se pusieron a hablar a los griegos anunciándoles la Buena Noticia del Señor Jesús.

²¹La mano del Señor los apoyaba, de modo que un gran número creyó y se convirtió al Señor.

²²La noticia llegó a oídos de la Iglesia de Jerusalén, que envió a Bernabé a Antioquía.

²³Al llegar y comprobar la gracia de Dios, se alegró ²⁴y, como era hombre bueno, lleno de fe y de Espíritu Santo, exhortó a todos a ser fieles al Señor de todo corazón. Un buen número de personas se incorporó al Señor.

²⁵Bernabé marchó a Tarso en busca de Saulo, ²⁶y cuando lo encontró, lo condujo a Antioquía. Un año entero actuaron en aquella Iglesia instruyendo a una comunidad numerosa.

En Antioquía los discípulos fueron llamados por primera vez cristianos.

²⁷Por aquel tiempo bajaron unos profetas de Jerusalén a Antioquía. ²⁸Uno de ellos, llamado Ágabo, se alzó inspirado y predijo una gran carestía universal —que sobrevino en tiempo de Claudio—.

²⁹Entonces los discípulos decidieron enviar, cada cual según sus posibilidades, una ayuda a los hermanos que habitaban en Judea. ³⁰Y así lo hicieron enviando las limosnas a los ancianos por medio de Bernabé y Saulo.

²⁹ **11,19-30 La Iglesia de Antioquía.** La conversión del eunuco y de Cornelio son hechos individuales, aunque significativos. Sin embargo, la fundación y consolidación de la Iglesia de Antioquía significa una apertura e irradiación institucional de enorme importancia.

Lástima que Lucas sea tan avaro en su información. Antioquía, la tercera ciudad más importante del imperio Romano después de Roma y Alejandría, era con más de medio millón de habitantes una encrucijada de razas y culturas diferentes. Aquí llegaron los helenistas huidos y comenzaron a dar testimonio de Jesús.

Lucas presenta dos fases de la predicación: la primera, a los judíos residentes en la ciudad, sin éxito aparente. La segunda, más audaz, se dirige a los paganos —griegos—, con gran número de conversiones. Como siempre, el narrador anota que el éxito se debe al poder de Dios.

En Antioquía comienza, pues, a surgir una numerosa comunidad cristiana sin vínculos precedentes con el judaísmo.

Aquí introduce el narrador dos personajes ya conocidos: Bernabé y Pablo. Bernabé es un helenista originario de Chipre, aunque no pertenece al grupo de Esteban y que ya colaboró con los apóstoles. Recuérdese que fue uno de los protagonistas de la experiencia de la comunidad de bienes (4,36s).

Cuando la Iglesia de Jerusalén, que conserva la alta dirección y la responsabilidad última, se entera de la nueva situación en Antioquía, se informa y actúa enviando a Bernabé como representante y enlace. Éste piensa inmediatamente en rodearse de colaboradores y se fija en Pablo cuyas dotes parece conocer o intuir. Pablo permanecerá un año entero instruyendo a la numerosa comunidad de nuevos convertidos.

La plataforma de lanzamiento hacia el gran mundo pagano del Imperio está ya constituida. Lucas no lo dice, pero podemos imaginarnos la delicada tarea de planificación y diálogo entre aquellos misioneros de opiniones y tendencias tan diferentes ante la común empresa de la evangelización. Los ojos iluminados del narrador verán siempre al Espíritu Santo como al verdadero protagonista del avance del Evangelio, garantizando la unidad de los misioneros en medio de la diversidad.

Como signo de solidaridad y vínculo de unión, Lucas menciona una colecta promovida por Bernabé para ayudar a los pobres de Judea. En Antioquía, el grupo de creyentes recibe, por primera vez, un nombre que es todo un símbolo: «cristianos». Merece la pena explicar el contenido de este nombre: la palabra hebrea «Mesías», ungido, se traduce en griego por «Christos» y la lengua latina la pone en forma de adjetivo «christianos» —cristianos—.

Martirio de Santiago – Pedro encarcelado³⁰

12¹Por aquel tiempo el rey Herodes emprendió una persecución contra algunos miembros de la Iglesia. ²Hizo degollar a Santiago, el hermano de Juan. ³Y, viendo que esto agradaba a los judíos, hizo arrestar a Pedro durante las fiestas de los Ázimos.

⁴Lo detuvo y lo metió en la cárcel, encomendando su custodia a cuatro piquetes de cuatro soldados cada uno. Su intención era exponerlo al pueblo pasada la Pascua.

⁵Mientras Pedro estaba custodiado en la cárcel, la Iglesia rezaba fervientemente a Dios por él.

⁶La noche anterior al día en que Herodes pensaba presentarlo al pueblo, Pedro dormía entre dos soldados, sujeto con dos cadenas, mientras los centinelas hacían guardia ante la puerta de la cárcel.

⁷De repente se presentó un ángel del Señor y una luz resplandeció en el calabozo. El ángel tocó a Pedro en el costado, lo despertó y le dijo:

—Levántate rápido.

Se le cayeron las cadenas de las manos ⁸y el ángel le dijo:

—Ponte el cinturón y cálzate las sandalias.

Así lo hizo.

Luego añadió:

—Cúbrete con el manto y sígueme.

⁹Salió Pedro detrás de él, sin saber si lo del ángel era real, porque le parecía que aquello era una visión.

¹⁰Pasaron la primera guardia y la segunda, llegaron a la puerta de hierro que daba a la calle, que se abrió por sí sola. Salieron y, cuando llegaron al extremo de una calle, el ángel se alejó de él.

¹¹Entonces Pedro, volviendo en sí, comentó:

—Ahora entiendo de veras que el Señor envió a su ángel para librarme del poder de Herodes y de todo lo que esperaba el pueblo judío.

¹²Ya recuperado, se dirigió a casa de la madre de Juan, de sobrenombre Marcos, donde unos cuantos se habían reunido para orar. ¹³Golpeó la puerta, y una criada llamada Rosa salió a abrir.

¹⁴Al reconocer la voz de Pedro, de pura alegría, no le abrió, sino que corrió a anunciar que Pedro estaba ante el portal.

¹⁵Le dijeron:

—¡Estás loca!

Pero ella insistía en que era cierto.

Replicaron:

—Será su ángel.

¹⁶Pedro seguía llamando. Le abrieron y cuando lo vieron no salían de su asombro.

³⁰ **12,1-19 Martirio de Santiago – Pedro encarcelado.** El martirio de Santiago queda reducido a una breve noticia. Se diría que el hecho merece mayor atención. Es el primer mártir de los apóstoles, personaje de relieve en los relatos evangélicos.

Según lo anunciado por Jesús, Santiago sufrió una muerte violenta siguiendo la huellas de su Señor: «la copa que yo voy a beber también la beberán ustedes, el bautismo que yo voy a recibir también lo recibirán ustedes» (Mc 10,39).

La narración, sin embargo, se centra en la prisión y liberación de Pedro y será el último episodio del Libro de los Hechos que tiene a Pedro como protagonista.

Lucas despide a Pedro con un relato de singular viveza (compárese con 5,19-22) suspendido entre el realismo de las acciones humanas y el halo maravilloso de apariciones y prodigios.

El prisionero está custodiado con medidas de máxima seguridad: cadenas, puertas, guardias.

En rápido cambio de escenario, Lucas nos presenta a la comunidad rezando por su jefe prisionero: la distancia y las rejas no rompen la unidad espiritual de los creyentes. Rezar es lo único que pueden y pueden mucho.

El tiempo pasa, la ejecución está fijada para la mañana, es de noche. El prisionero duerme con un sueño tranquilo. En ese momento, irrumpe el mundo sobrenatural y la verosimilitud queda suspendida. Lucas echa mano de signos conocidos: la luz resplandeciente, la aparición del Ángel del Señor. El ritmo de la narración se hace lento para que observemos los detalles: ceñidor, sandalias, una guardia, otra guardia, el portón exterior, la calle. Sólo al final de una calle, Pedro parece despertar y comprende lo sucedido. Curiosamente no se dirige a la «comunidad de cristianos judíos», sino a la de «cristianos helenistas»; en concreto, a casa de María, madre de un tal Juan Marcos.

¿Qué nos quiere decir Lucas? ¿Había hecho ya Pedro una opción a raíz del episodio de Cornelio, dando su apoyo a la apertura misionera de los helenistas? ¿Dirige una mujer, María, la comunidad de los helenistas? Son interrogantes que deja suspendidos el narrador.

De la casa de María mandaron aviso a Santiago y a los demás hermanos. Todo esto sucedió durante la Pascua judía y Lucas evoca en los detalles de la liberación de Pedro la resurrección de Jesús (cfr. Lc 24,9-11); por ejemplo, en el aturdimiento de la portera que oye la voz del apóstol y llena de alegría no le abre la puerta, sino que corre a comunicar la noticia y no le creen; cuando por fin le abren, todos quedan atónitos al verle y el apóstol no se detiene entre los hermanos, sino que pide que vayan a anunciar el acontecimiento.

Lucas termina el relato diciendo que Pedro se fue a otro lugar. ¿A dónde? ¿Está insinuando el narrador lo que era de todos conocido, es decir, el martirio de Pedro en Roma y su reunión definitiva con su Señor?

¹⁷Él hizo un gesto con la mano para que se callaran y les contó cómo el Señor lo había sacado de la cárcel.

Y añadió:

—Hagan saber esto a Santiago y a los hermanos.

Después salió y se dirigió a otro lugar.

¹⁸Cuando se hizo de día los soldados estaban muy confundidos por lo que había pasado con Pedro. ¹⁹Herodes lo buscó y, al no encontrarlo, interrogó a los guardias y los hizo ejecutar. Después, bajó de Judea y se quedó en Cesarea.

Muerte de Herodes³¹

(cfr. 2 Mac 9)

²⁰Herodes estaba enemistado con los habitantes de Tiro y Sidón. Ellos, de común acuerdo, se presentaron al rey, se ganaron a Blasto, camarero real, y pidieron la paz; ya que su país recibía las provisiones del territorio del rey. ²¹El día convenido, Herodes, vestido con traje real se sentó en su trono y les dirigió la palabra, ²²el pueblo aclamaba:

—¡Esta es voz de dios, no de hombre!

²³De improviso lo hirió el ángel del Señor, por no haber reconocido la gloria de Dios, y murió comido de gusanos.

²⁴La Palabra de Dios crecía y se difundía. ²⁵Bernabé y Saulo, acabada su misión, se volvieron a Jerusalén, llevando consigo a Juan, de sobrenombre Marcos.

Misión de Pablo y Bernabé³²

13¹En la Iglesia de Antioquía había algunos profetas y doctores: Bernabé, Simeón el Negro, Lucio el Cireneo, Manajén, que se había criado con el tetrarca Herodes, y Saulo. ²Un día, mientras celebraban el culto del Señor y ayunaban, el Espíritu Santo dijo:

—Sepárenme a Bernabé y a Saulo para la tarea a la que los tengo destinados.

³Ayunaron, oraron, e imponiéndoles las manos, los despidieron.

⁴Así, enviados por el Espíritu Santo, bajaron a Seleucia, de allí navegaron a Chipre y, ⁵llegados a Salamina, anunciaban la Palabra de Dios en las sinagogas judías. Llevaban a Juan como colaborador.

⁶Atravesando la isla, llegaron a Pafos, donde encontraron a un mago y falso profeta judío que se llamaba Barjesús. ⁷Estaba en el séquito del gobernador Sergio Pablo, hombre inteligente, que había llamado a Bernabé y Saulo porque deseaba escuchar la Palabra de Dios.

⁸Pero se les opuso el mago Elimas, que así se traduce su nombre, que procuraba apartar al gobernador de la fe. ⁹Saulo, o sea Pablo, lleno de Espíritu Santo, lo miró fijamente ¹⁰y le dijo:

—¡Gran embustero y embaucador, hijo del Diablo y enemigo de toda justicia! ¿Cuándo acabarás de retorcer los caminos rectos de Dios? ¹¹Mira, te herirá la mano de Dios y quedarás una temporada ciego sin ver el sol.

Al instante lo invadió una niebla oscura y andaba a tientas buscando a alguien que le diera la mano. ¹²Al ver lo sucedido, el gobernador profundamente impresionado ante la enseñanza del Señor, abrazó la fe.

³¹ **12,20-25 Muerte de Herodes.** El relato narra el alboroto causado por la liberación del apóstol. El tirano, defraudado en su proyecto de ejecutarlo, hace pagar con la muerte a los guardias. Aunque fuera distante en el tiempo, el narrador quiere presentar aquí el fin teatral de Herodes Agripa como epílogo de la liberación de Pedro. El contraste es buscado: Pedro, encarcelado, Herodes, aclamado como un dios. El ángel del Señor libera a uno y hiere de muerte al otro. Su final está claramente presentado como castigo divino.

³² **13,1-12 Misión de Pablo y Bernabé.** Estamos entrando en la tercera, última y más larga etapa del libro de los Hechos. En ella, el testimonio cristiano llegará hasta los confines del mundo conocido por los protagonistas misioneros.

El punto de partida es la Iglesia de Antioquía que está presidida por los cinco líderes que enumera Lucas, encabezados por Bernabé; entre ellos está Pablo, de momento el último de los cinco. Así, al grupo de los apóstoles, dirigentes de la comunidad judeocristiana de Jerusalén, y al de los siete helenistas, el narrador nos presenta ahora otro grupo: los cinco «profetas y maestros de Antioquía».

Lucas nos deja ver cómo el movimiento del Espíritu va estructurando a las diferentes Iglesias, haciendo surgir líderes, animadores y responsables con funciones y nombres diversos según las necesidades de cada una de las comunidades, y con mucha participación de todos a la hora de tomar decisiones. Por ejemplo, en la comunidad de Jerusalén, además de los apóstoles, han surgido otros líderes subordinados a los apóstoles llamados «ancianos» o «presbíteros». Los dirigentes de Antioquía son llamados por Lucas «profetas y maestros».

El narrador no nos dice cómo planificaron los cinco de Antioquía la primera salida misionera, pero sí afirma que la iniciativa, como siempre, fue del Espíritu Santo y que la preparación para que el Espíritu hablara fue, como siempre también, la oración y el ayuno.

El Espíritu Santo —y la comunidad— decidieron separar a dos del grupo, Bernabé y Pablo, para una misión especial que recibieron por medio del gesto acostumbrado de la imposición de manos. Llevaron consigo también a un tal Juan, de sobrenombre Marcos. Viajaron primero a la isla de Chipre y de allí zarparon hacia lo que hoy es el sur de Turquía.

La misión no iba dirigida expresamente todavía a los paganos, sino a los judíos de aquellas regiones. Era, sin embargo, el primer paso hacia el objetivo al que les llevaba el Espíritu. En una de estas correrías, en la ciudad de Pafos, comienza Pablo a destacarse confrontando públicamente al mago y falso profeta Barjesús o Elimas.

En Antioquía de Pisidia³³

¹³Navegando desde Pafos, Pablo y sus compañeros llegaron a Perge de Panfilia. Juan se separó de ellos y se volvió a Jerusalén. ¹⁴Ellos continuaron desde Perge hasta Antioquía de Pisidia, y entrando un sábado en la sinagoga, tomaron asiento. ¹⁵Terminada la lectura de la ley y los profetas, los jefes de la sinagoga les mandaron a decir:

—Hermanos, si tienen alguna palabra de aliento para el pueblo, pueden decirlo.

¹⁶Pablo se levantó y, pidiendo silencio con la mano, dijo:

—Israelitas y todos los que temen a Dios, escúchenme: ¹⁷El Dios de este pueblo, el Dios de Israel eligió a nuestros padres y engrandeció al pueblo mientras residía en Egipto. Más tarde, con brazo poderoso los sacó de allí ¹⁸y durante cuarenta años los condujo por el desierto.

¹⁹Aniquiló a siete pueblos paganos de Canaán y entregó su territorio en heredad a Israel, ²⁰por cuatrocientos cincuenta años; les dio jueces hasta el profeta Samuel. ²¹Entonces pidieron un rey y Dios les dio a Saúl, hijo de Quis, de la tribu de Benjamín, que reinó cuarenta años.

²²Lo depuso y nombró rey a David, de quien dio testimonio: *Encontré a David, el de Jesé, un hombre a mi gusto, que cumplirá todos mis deseos.*

²³De la descendencia de David, según la promesa, sacó Dios a Jesús como salvador de Israel.

²⁴Antes de su llegada Juan predicó un bautismo de penitencia a todo el pueblo de Israel.

²⁵Hacia el fin de su carrera mortal Juan dijo: Yo no soy el que ustedes creen; detrás de mí viene uno al que no tengo derecho a quitarle las sandalias de los pies.

²⁶Hermanos, descendientes de Abrahán, y todos los que temen a Dios: A ustedes se les envía este mensaje de salvación. ²⁷Los vecinos de Jerusalén y sus jefes no acogieron a Jesús ni entendieron las palabras de los profetas que se leen cada sábado. Pero, al juzgarlo, las cumplieron. ²⁸Pidieron a Pilato que lo condenara, aunque no encontraron causa para una sentencia de muerte.

²⁹Cuando se cumplió todo lo escrito de él lo descolgaron del madero y le dieron sepultura.

³⁰Pero Dios lo resucitó de la muerte ³¹y se apareció durante muchos días a los que habían subido con él de Galilea a Jerusalén. Ellos son hoy sus testigos ante el pueblo.

³²Y nosotros, les anunciamos a ustedes esta Buena Noticia: la promesa que Dios hizo a nuestros padres ³³fue cumplida por él a sus descendientes, que somos nosotros, resucitando a Jesús, como está escrito en el salmo segundo: *Tú eres mi hijo, yo te he engendrado hoy.*

³⁴Y que lo ha resucitado para que nunca se someta a la corrupción está anunciado así: *Cumpliré las santas promesas hechas a David, aquellas que no pueden fallar.*

³⁵Y en otro lugar dice: *No permitirás que tu fiel sufra la corrupción.*

³⁶Ahora bien, David, después de haber cumplido la voluntad de Dios durante su propia generación, murió, fue sepultado y sufrió la corrupción. ³⁷En cambio, el que Dios resucitó no sufrió la corrupción.

³³ **13,13-52 En Antioquía de Pisidia.** El equipo misionero llega a Antioquía de Pisidia y al sábado siguiente van directamente a la sinagoga. Allí, como era costumbre, invitaron a los forasteros a que tomaran la palabra y comentaran las dos lecturas que se habían proclamado, una tomada de la Ley y otra de los Profetas. Esta visita es muy semejante, en su forma y contenido, a la que hizo Jesús a la sinagoga de Nazaret, que también nos cuenta Lucas en su evangelio (cfr. Lc 4,16-30).

La diferencia está en que Jesús fracasó en Nazaret y Pablo y Bernabé triunfaron rotundamente en Antioquía de Pisidia. Tanto es así, que los oyentes —entre los que se encontraban paganos simpatizantes con el judaísmo a quienes se les permitía acudir a las sinagogas— les invitaron a que hablaran el sábado siguiente. Por lo visto, no esperaron al sábado, sino que estuvieron toda la semana pendiente de los labios de Pablo y Bernabé.

Como era de esperar, al sábado siguiente había una gran multitud esperando oírles de nuevo. Lucas dice que toda la población estaba allí. Esto fue demasiado para los dirigentes judíos que, llenos de envidia, comenzaron a insultar y a contradecir a los misioneros. Es más, se aliaron con señoras de la «alta sociedad», precisa el narrador, quienes probablemente hicieron intervenir a las autoridades, y Pablo y Bernabé fueron expulsados de la ciudad. Éstos son los hechos.

¿Qué dijo Pablo en la sinagoga?

El tema del discurso de Pablo, el primero que recoge el libro de los Hechos, era de candente actualidad para los judíos que le escuchaban, como fueron ya antes los discursos de Pedro y Esteban. El pueblo judío tenía —y tiene— grabada en la memoria colectiva las grandes promesas hechas por Dios a lo largo de su historia a través de sus grandes personajes: los Patriarcas y los Profetas. Es un pueblo volcado hacia el futuro, que escudriña los signos de los tiempos para ver cuándo esas promesas se van a cumplir. Todas las promesas apuntan a un Salvador que tenía que venir. Pablo les dice que ese Salvador ya ha venido y es Jesús, muerto y resucitado.

Para ello, al igual que Pedro y Esteban, Pablo repasa la historia de Israel con los ojos iluminados por la fe, y hace converger todas las promesas en el hecho de que Dios resucitó a Jesús de entre los muertos y que, en Él, el perdón y la salvación es ofrecida a todos sin distinción de raza o de nación.

¿Lo entendieron los judíos que le escuchaban?

Lo extraordinario del caso de Antioquía de Pisidia fue que muchos paganos sí lo entendieron. Los judíos, sin embargo, en su gran mayoría, rechazaron el mensaje.

Ante tal actitud, Pablo y Bernabé toman posición y la declaran abiertamente: desde ahora en adelante, la predicación del Evangelio a los paganos se convertirá en prioridad. Pablo ve en la conversión de los no judíos otra profecía que se cumple: «Te hago luz de las naciones para que mi salvación alcance hasta el confín de la tierra» (Is 49,6). Lucas no quiere terminar el relato con el cuadro sombrío de la expulsión, por eso matiza que aunque fueron puestos en la frontera por las autoridades, en la ciudad quedaban los discípulos, llenos de alegría y del Espíritu Santo. La alegría fruto del Espíritu es uno de los temas favoritos de Lucas.

³⁸Sépanlo, hermanos, se les anuncia el perdón de los pecados por medio de él, ³⁹y todo el que crea será perdonado de todo lo que no pudo perdonar la ley de Moisés.

⁴⁰¡Tengan cuidado! Que no les suceda lo anunciado por los profetas:

⁴¹*Ustedes, los que desprecian,
llénense de estupor y ocúltense:
Porque en estos días
voy a realizar algo
que si alguien lo contara
no lo podrían creer.*

⁴²Cuando salieron, les rogaban que siguieran exponiendo el tema el sábado siguiente. ⁴³Al disolverse la asamblea, muchos judíos y prosélitos devotos acompañaron a Pablo y Bernabé, quienes les hablaban e invitaban a mantenerse en el favor de Dios.

⁴⁴El sábado siguiente casi toda la población se congregó para escuchar la Palabra de Dios.

⁴⁵Pero los judíos, al ver la multitud, se llenaron de envidia y contradecían con insultos las palabras de Pablo. ⁴⁶Entonces Pablo y Bernabé hablaron con toda franqueza:

—A ustedes debíamos anunciar en primer lugar la Palabra de Dios. Pero, ya que la rechazan y no se consideran dignos de la vida eterna, nos dirigiremos a los paganos. ⁴⁷Así nos lo ha ordenado el Señor:

*Te hago luz de las naciones,
para que mi salvación alcance
hasta el confín de la tierra.*

⁴⁸Los paganos al oírlo se alegraron, glorificaron la Palabra de Dios y los que estaban destinados a la vida eterna, abrazaron la fe. ⁴⁹Y así la Palabra de Dios se difundió por toda la región. ⁵⁰Pero los judíos incitaron a mujeres piadosas de clase alta y a los notables de la ciudad, provocaron una persecución contra Pablo y Bernabé y los expulsaron de sus fronteras. ⁵¹Ellos, sacudieron el polvo de sus pies en señal de protesta contra aquella gente y se marcharon a Iconio. ⁵²Los discípulos, por su parte, quedaron llenos de alegría y de Espíritu Santo.

En Iconio³⁴

14 ¹En Iconio, Pablo y Bernabé, entraron juntos en la sinagoga judía y hablaron de tal manera que muchos judíos y griegos abrazaron la fe. ²Los judíos no convertidos incitaron a los paganos y los pusieron en contra de los hermanos. ³Durante una temporada se quedaron allí, y predicaban sin miedo confiados en el Señor que confirmaba su mensaje de gracia con milagros y señales que realizaba por medio de ellos.

⁴La población se dividió: unos a favor de los judíos, otros a favor de los apóstoles.

⁵Un grupo de paganos y judíos, con el apoyo de los jefes, se prepararon para maltratarlos y apedrearlos.

⁶Al enterarse, los apóstoles escaparon a las ciudades de Licaonia, Listra, Derbe y sus alrededores. ⁷Allí estuvieron anunciando la Buena Noticia.

En Listra³⁵

⁸Había en Listra un hombre que tenía los pies paralizados, inválido de nacimiento, que nunca había caminado. ⁹Escuchaba sentado lo que Pablo decía. Éste fijó en él la mirada y, viendo que tenía fe para salvarse, ¹⁰le dijo en voz alta:

—Ponte derecho sobre los pies.

Él dio un salto y se puso a caminar.

¹¹Al ver lo que había hecho Pablo, la gente empezó a gritar en lengua licaonia:

³⁴ **14,1-7 En Iconio.** Aquí se repiten casi los mismos acontecimientos que en Antioquía de Pisidia. De nuevo, comienzan la predicación en la sinagoga con reacciones semejantes, aunque esta vez no serán expulsados de la ciudad, sino que se escaparon ellos ante la agresividad de los contrarios. Lucas menciona la valentía de estos misioneros y los prodigios y milagros que el Señor hacía por su medio.

³⁵ **14,8-20 En Listra.** El incidente pintoresco de Listra, a propósito de una sanación realizada por Pablo, ilustra los primeros encuentros de los predicadores cristianos con la cultura pagana politeísta. Es un caso particular de religiosidad ingenua y crédula que cree en las historias o leyendas poéticas de dioses que se presentan a los hombres en figura humana. Con sentido del humor anota Lucas que Bernabé, más distante y solemne, fue confundido con Zeus, el jefe de los dioses, y Pablo, que es quien llevaba la voz cantante, con Hermes, el portavoz de los dioses. La cosa se complica cuando quieren ofrecerle hasta un sacrificio. La reacción estupefacta de los misioneros no se hizo esperar.

Pablo aprovecha el incidente para aclarar la situación y hablarles del Dios único, creador de todo, paciente y comprensivo con las manifestaciones religiosas de los pueblos. Anota, sin embargo, que ha llegado el tiempo de convertirse al Dios vivo. En su pequeño discurso, Pablo no menciona a Jesús, de modo que sus palabras hay que considerarlas como ejemplo de pre-evangelización, como diríamos hoy. A continuación, el narrador nos cuenta otra persecución sufrida por Pablo —no se menciona a Bernabé—. Parece que no viene a cuento con el incidente narrado anteriormente. Lucas no entra en detalles y quizás su intención sea hacer caer en la cuenta de que los enemigos de Pablo lo persiguen dondequiera que vaya.

—¡Dioses en figura de hombres han bajado hasta nosotros!

¹²A Bernabé lo llamaban Zeus y a Pablo Hermes, porque era el portavoz. ¹³El sacerdote del templo de Zeus, que estaba a la entrada de la ciudad, trajo toros y guirnaldas a las puertas de la ciudad e intentaba ofrecer un sacrificio con la multitud.

¹⁴Al oírlo, los apóstoles Bernabé y Pablo se rasgaron los vestidos y se lanzaron hacia la multitud gritando:

¹⁵—¡Amigos! ¿Qué están haciendo? Nosotros también somos hombres igual que ustedes y les predicamos que deben abandonar los ídolos para convertirse al Dios vivo, que hizo el cielo, la tierra, el mar y cuanto contienen.

¹⁶Aunque en otros tiempos, Él permitió a los paganos seguir sus caminos; ¹⁷nunca dejó de manifestarse como bienhechor, enviándoles lluvias desde el cielo, buenas cosechas, alimentándolos y teniéndolos contentos.

¹⁸Con estas palabras apenas lograron impedir que la multitud les ofreciera sacrificios.

¹⁹Pero unos judíos, venidos de Antioquía e Iconio, convencieron a la gente para que apedrease a Pablo. Luego dándolo por muerto, lo arrastraron fuera de la ciudad. ²⁰Los discípulos lo rodearon, él se levantó y entró en la ciudad.

De vuelta en Antioquía³⁶

²¹Al día siguiente salió con Bernabé hacia Derbe. Después de anunciar la Buena Noticia en aquella ciudad y de ganar bastantes discípulos, se volvieron a Listra, Iconio y Antioquía, ²²donde animaron a los discípulos y los exhortaron a perseverar en la fe, recordándoles que tenían que atravesar muchas tribulaciones para entrar en el reino de Dios.

²³En cada comunidad nombraban ancianos y con oraciones y ayunos los encomendaban al Señor en quien habían creído.

²⁴Después atravesaron Pisidia, llegaron a Panfilia, ²⁵predicaron el mensaje en Perge, bajaron a Atalía ²⁶y desde allí navegaron a Antioquía, desde donde habían partido encomendados a la gracia de Dios para realizar la obra que ahora habían acabado.

²⁷Al llegar, reunieron a la comunidad y les contaron lo que Dios había hecho por su medio y cómo había abierto a los paganos la puerta de la fe. ²⁸Y se quedaron una larga temporada con los discípulos.

³⁶ **14,21-28 De vuelta en Antioquía.** La primera campaña misionera que abrió las puertas del Evangelio a los gentiles llega a su fin. Los misioneros desandan el camino para visitar a las pequeñas comunidades cristianas que se habían ido formando. Las animan a permanecer en la fe, que es lo mismo que permanecer en el Señor, y esto les llevará a tener que sufrir por su causa. Estas visitas sirven también para organizar a las comunidades eligiendo líderes locales, que son llamados «ancianos». Como siempre, Lucas no se olvida de apuntar que este importante paso se hace en un ambiente de oración y ayuno.

A su regreso a Antioquía, la comunidad se reúne para oír a los misioneros. Del informe dado por Pablo y Bernabé, a Lucas sólo le interesa resaltar la conclusión a que todos llegaron: la predicación del Evangelio a los paganos ha sido pura iniciativa de Dios.

El Concilio de Jerusalén³⁷

15¹Algunos venidos de Judea enseñaban a los hermanos que, si no se circuncidaban según el rito de Moisés, no podían salvarse. ²Pablo y Bernabé tuvieron una fuerte discusión con ellos; de modo que se decidió que Pablo y Bernabé con algunos más acudieran a Jerusalén, para tratar este asunto con los apóstoles y los ancianos.

³Los enviados por la comunidad atravesaron Fenicia y Samaría, contando a los hermanos la conversión de los paganos y llenándolos de alegría.

⁴Llegados a Jerusalén fueron recibidos por la comunidad, los apóstoles y los ancianos, y les contaron lo que Dios había hecho por su medio. ⁵□ Pero algunos de la secta farisea que habían abrazado la fe se levantaron y dijeron que era necesario circuncidar a los paganos convertidos y obligarlos a observar la ley de Moisés.

³⁷ **15,1-35 El Concilio de Jerusalén.** Exactamente en la mitad del libro de los Hechos sitúa Lucas lo que se suele llamar Concilio de Jerusalén. No es exagerado decir que este relato es el verdadero quicio de toda la obra de Lucas.

El narrador nos ha ido preparando en los relatos precedentes para esta asamblea de capital importancia, no sólo para aquellas primeras comunidades sino para toda la historia de la Iglesia. Nos ha invitado a reconocer la primacía de Jerusalén y el dinamismo de Antioquía. Nos ha inducido a simpatizar con el movimiento de apertura iniciado por los cristianos helenistas, a nosotros que somos los descendientes de aquel primer impulso.

Simplificando un poco podríamos decir que las dos Iglesias siguen caminos divergentes. La Iglesia de Jerusalén estaba dominada por judeocristianos, conservadores en ciertos aspectos. Se consideran una especie de «resto» o gueto en el cual está cristalizándose y creciendo el nuevo Israel, definitivo y total. Sin embargo, no acababan de entender en todo su alcance la novedad absoluta de la persona de Jesús, su muerte y resurrección, que sin romper las raíces espirituales que le unían al pueblo elegido de Israel eliminó todas las fronteras impuestas por la raza, las leyes discriminatorias y las tradiciones excluyentes, como la circuncisión y un largo etcétera. Sin embargo, desde su reducto, esta comunidad fue capaz de aceptar, en la persona de Pedro, la apertura del Evangelio a los paganos iniciada por los helenistas. Esto fue posible gracias a la iniciativa del Espíritu Santo, como afirma e insiste Lucas. Es posible, sin embargo, que el bautismo del pagano Cornelio y su familia a manos de Pedro, sin la condición previa de la circuncisión y la imposición de otras leyes y costumbres judías, no fuera bien asimilado por toda la comunidad de Jerusalén.

La comunidad de Antioquía, por otra parte, era heterogénea en su composición y dinámica en su constante irradiación. Su característica era, hacia adentro, la capacidad para convivir en el pluralismo; y hacia afuera, la aceptación de otras gentes y la asimilación de culturas diferentes. Judeocristianos convivían en Antioquía con helenistas y paganos convertidos.

Esta situación de hecho, que duraba ya varios años, no podía prolongarse por más tiempo, como así fue. La chispa que provocó el enfrentamiento entre ambas Iglesias surgió de un grupo de extremistas de Judea. Pablo los llama «falsos hermanos», que viajaron a Antioquía y comenzaron a enseñar que sin la circuncisión no era posible salvarse. Pablo, Bernabé y su grupo de Antioquía reaccionaron con la máxima energía. Se hizo necesaria una reunión de los representantes de ambas Iglesias para zanjar la cuestión de una vez por todas.

Lucas narra el desarrollo de la reunión 35 ó 40 años después de que ocurrieran los hechos. Todos los protagonistas, Pedro, Santiago, Pablo, Bernabé, etc., habían muerto. El problema ya no existía; es más, los paganos convertidos habían pasado a ser, de minoría cuestionada y marginada, a mayoría absoluta dentro de la Iglesia. Lucas se siente, pues, libre de ordenar y seleccionar los recuerdos y tradiciones de lo ocurrido; pasa por alto lo más áspero de la polémica y construye con rasgos esenciales un relato perfectamente equilibrado para transmitirnos su mensaje constante: el Espíritu Santo fue el verdadero protagonista de la solución del conflicto. La unidad de la Iglesia no se rompió. Las barreras discriminatorias se rompieron y los paganos fueron admitidos en la Iglesia en pie de igualdad.

El Concilio tuvo dos momentos: una sección plenaria en la que ambas partes contendientes exponen con acaloramiento sus respectivas posiciones y una sección restringida donde los dirigentes de Jerusalén, con Pedro y Santiago a la cabeza, y los dos delegados de Antioquía, Pablo y Bernabé, se reúnen a deliberar. También aquí, dice Lucas, se encendió la discusión, hasta que Pedro se levantó y dictó sentencia.

El discurso de Pedro parte de su experiencia personal en el caso del pagano Cornelio y su familia, y dice que Dios les dio el Espíritu Santo lo mismo que a «nosotros». Es, por tanto, el Espíritu el que abate fronteras y crea la nueva unidad. Así pues, oponerse a la integración plena y sin condiciones de los paganos a la Iglesia es oponerse a Dios. Las palabras de Pedro son acogidas con un silencio de aceptación.

A continuación, hablan los delegados de Antioquía que confirman lo dicho por Pedro narrando las maravillas que Dios había hecho entre los paganos por medio de ellos.

Finalmente, Santiago, el jefe de la oposición moderada, toma a su vez la palabra y acepta claramente la decisión de Pedro. Dice que imponer la circuncisión y la ley judía a los paganos sería poner obstáculos a su conversión, descalificando así a los extremistas. No obstante, Santiago propone algunas cláusulas de comportamiento para los paganos convertidos con el fin de asegurar la convivencia con los judeocristianos en las comunidades mixtas. Éstas fueron aceptadas.

Así terminó aquella memorable reunión, considerada como el primer Concilio de la Iglesia. Sin embargo, los cristianos de hoy caeríamos en un error si consideráramos el Concilio de Jerusalén como un hecho del pasado, cerrado y superado ya.

En realidad, el Concilio de Jerusalén continúa abierto, porque el problema de fondo que allí se planteó ha sido y sigue siendo el problema de fondo de toda la historia de la Iglesia, también de la de nuestros días.

Fue «la memoria» de Jesús la que estuvo en peligro de perderse en Jerusalén, es decir, su opción por los marginados, las masas abandonadas, los discriminados, los excluidos. En el Concilio de Jerusalén los marginados fueron los helenistas cristianos y los paganos convertidos, en una Iglesia dominada por los judeocristianos.

Hoy son las mujeres en un mundo dominado por los hombres; los niños en un mundo de adultos; los enfermos en un mundo obsesionado por la salud y el hedonismo; el tercer mundo dominado por el primero; son los pobres, los emigrantes, los indígenas, los trabajadores y, en general, los marginados de nuestra sociedad.

Las palabras de Pedro en Jerusalén siguen resonando proféticamente en nuestros días: Si Dios los ha elegido, ¿quiénes somos nosotros para marginarlos? Con esta intervención, Lucas despide a Pedro definitivamente del libro de los Hechos. Ya no lo menciona más.

El narrador no intenta ofrecernos una biografía de sus personajes, sino que los sigue hasta que se han identificado totalmente con el Espíritu Santo que es el protagonista absoluto del libro de los Hechos.

⁶Los apóstoles y los ancianos se reunieron para examinar el asunto.

⁷Luego de una agitada discusión, se levantó Pedro y les dijo:

—Hermanos, ustedes saben que desde el principio me eligió Dios entre ustedes, para que por mi medio los paganos escucharan la Buena Noticia y creyeran. ⁸Dios, que conoce los corazones, mostró que los aceptaba dándoles el Espíritu Santo lo mismo que a nosotros, ⁹Él no hizo ninguna distinción entre unos y otros y los purificó por medio de la fe. ¹⁰¿Por qué ahora, ustedes tientan a Dios imponiendo al cuello de los discípulos un yugo que ni nuestros padres ni nosotros hemos sido capaces de soportar? ¹¹Al contrario, nosotros creemos que tanto ellos como nosotros hemos sido salvados por la gracia del Señor Jesús.

¹²Toda la asamblea en silencio se dispuso a escuchar a Bernabé y Pablo, que les contaron los milagros y señales que Dios había obrado por su medio entre los paganos. ¹³Cuando se callaron, les contestó Santiago:

—Hermanos, les ruego que me escuchen. ¹⁴Simón ha contado cómo Dios desde el principio dispuso elegir entre los pueblos paganos un pueblo consagrado a su nombre. ¹⁵Eso concuerda con lo que anunciaron los profetas, como está escrito:

¹⁶*De nuevo reconstruiré
la choza caída de David,
la reconstruiré levantando sus ruinas,*

¹⁷*para que el resto de los hombres
busque al Señor,*

*lo mismo que todas las naciones
que llevan mi nombre —dice el Señor—,*

¹⁸*que da a conocer todo esto
desde antiguo.*

¹⁹Por tanto pienso que no hay que poner obstáculos a los paganos que se conviertan a Dios.

²⁰Basta encargarnos que se abstengan de contaminarse con los ídolos, de las uniones ilegales y de comer carne de animales estrangulados o sangre. ²¹Ya que Moisés tiene desde antiguo en cada población predicadores que lo leen los sábados en las sinagogas.

²²Entonces los apóstoles, los ancianos y la comunidad entera decidieron escoger algunos dirigentes de los hermanos, para enviarlos con Pablo, Bernabé, Judas, por sobrenombre Barsabás, y Silas a Antioquía.

²³Les dieron una carta autógrafa que decía:

—Los hermanos apóstoles y ancianos saludan a los hermanos convertidos del paganismo de Antioquía, Siria y Cilicia: ²⁴Nos hemos enterado de que algunos de los nuestros, sin nuestra autorización, han sembrado entre ustedes la inquietud y provocado el desconcierto. ²⁵Por eso hemos decidido de común acuerdo elegir unos delegados y enviárselos con nuestros queridos Bernabé y Pablo, ²⁶hombres que han entregado su vida a la causa de nuestro Señor Jesucristo.

²⁷Por eso les enviamos a Judas y Silas, que les explicarán esto de palabra.

²⁸Es decisión del Espíritu Santo y nuestra no imponerles ninguna carga más que estas cosas indispensables: ²⁹absténganse de alimentos ofrecidos a los ídolos, de sangre, de animales estrangulados y de relaciones sexuales prohibidas. Harán bien si se privan de estas cosas. Adiós.

³⁰Ellos se despidieron, bajaron a Antioquía, reunieron a la comunidad y les entregaron la carta.

³¹Cuando la leyeron, se alegraron por los ánimos que les daba. ³²Judas y Silas, que también eran profetas, animaron y confirmaron a los hermanos.

³³Pasada una temporada, se despidieron de los hermanos con la paz y se volvieron a los que los habían enviado. ³⁴[[Pero a Silas le pareció bien quedarse allí.]]

³⁵Pablo y Bernabé se quedaron en Antioquía, donde con otros muchos, enseñaban y anunciaban la Palabra de Dios.

Pablo y Bernabé se separan³⁸

³⁶Pasados unos días Pablo dijo a Bernabé:

—Volvamos a visitar a los hermanos de cada población donde hemos anunciado la Palabra del Señor, a ver cómo se encuentran.

³⁷Bernabé quería llevar consigo a Juan, de sobrenombre Marcos. ³⁸Pablo juzgaba que no debían llevar consigo a uno que los había abandonado en Panfilia y no los había acompañado en la tarea. ³⁹La discusión resultó tan violenta que se separaron, y Bernabé, tomando a Marcos, se embarcó para Chipre. ⁴⁰Pablo eligió a Silas y partió, encomendado al favor del Señor por los hermanos. ⁴¹Atravesó Siria y Cilicia confirmando a las Iglesias.

Timoteo acompaña a Pablo y Silas³⁹

16¹Así llegó a Derbe y Listra. Había allí un discípulo llamado Timoteo, hijo de madre judía convertida y de padre griego, ²muy estimado por los hermanos de Listra e Iconio. ³Pablo quería llevarlo consigo; así que lo circuncidó, en consideración a los judíos que habitaban por allí, porque todos sabían que su padre era griego.

⁴Al atravesar las poblaciones, les encargaban que observaran las normas establecidas por los apóstoles y los ancianos de Jerusalén. ⁵Las Iglesias se robustecían en la fe y crecían en número cada día.

⁶Como el Espíritu Santo no les permitía predicar el mensaje en Asia, atravesaron Frigia y Galacia. ⁷Llegados a Misia, intentaron pasar a Bitinia, pero el Espíritu de Jesús se lo impidió. ⁸Así que dejaron Misia y bajaron hasta Tróade.

Visión de Pablo⁴⁰

⁹Una noche Pablo tuvo una visión: un macedonio estaba de pie y le suplicaba: Ven a Macedonia a ayudarnos.

¹⁰Apenas tuvo esa visión, intentamos ir a Macedonia, convencidos de que Dios nos llamaba a anunciarles la Buena Noticia. ¹¹Nos embarcamos en Tróade llegamos rápidamente a Samotracia, y al día siguiente a Neápolis; ¹²de allí a Filipos, la primera ciudad de la provincia de Macedonia, colonia romana. Nos quedamos unos días en aquella ciudad.

³⁸ **15,36-41 Pablo y Bernabé se separan.** ¿Se trata de un incidente menor o de algo más serio? Lucas no entra en detalles, sólo dice que después de una violenta discusión el equipo misionero de Antioquía se disolvió, y Bernabé y Juan se fueron por un lado y Pablo, por otro. ¿Cuestión de incompatibilidad de caracteres? Probablemente se separaron por opciones de principio. Hoy diríamos que Pablo quiso ser fiel al espíritu del Concilio llevando sus decisiones hasta sus consecuencias más radicales. No así Bernabé y Juan.

¿No estamos viviendo nosotros la misma situación después del Concilio Vaticano II? Por un lado, están los que acusan a ciertos sectores de la Iglesia, calificados de radicales, de ir más lejos de lo que el Concilio Vaticano II dijo o quiso decir. Por otro lado, están los que en su radicalismo evangélico quieren ser fieles al espíritu del Concilio hasta sus últimas consecuencias. Volviendo al relato, Lucas nos va a demostrar en los restantes capítulos del libro de los Hechos que el Espíritu Santo fue el que inspiró el radicalismo evangélico de Pablo. No todos los conflictos que se tienen en la Iglesia son negativos. Tratados adecuadamente, desde el diálogo, el respeto a las diferencias y la fraternidad, pueden ser oportunidades para abrirnos a las iniciativas del Espíritu Santo que puede y suele hablar por medio de los que se arriesgan, los contestatarios y los que van contra corriente. Así se manifestó el Espíritu en Antioquía y Lucas recoge y nos transmite la lección.

Pablo, libre ya del impedimento que significaban Bernabé y Juan, se lanzó a la gran misión entre los paganos que le llevaría hasta la misma capital del imperio, Roma, acompañado de otro voluntario, Silas.

³⁹ **16,1-8 Timoteo acompaña a Pablo y Silas.** Entra en escena Timoteo, que llegará a ser uno de los colaboradores favoritos del Apóstol. Lucas dice que Pablo hizo circuncidar a Timoteo, con el consentimiento de éste, por supuesto. ¿Incoherencia de Pablo que tanto luchó por la abolición de la circuncisión como requisito para ser cristiano? Más que incoherencia, lo que probablemente quiere indicarnos Lucas es la absoluta libertad del Apóstol para hacer lo que más convenía a la propagación del Evangelio. Si la circuncisión era tomada como requisito necesario para ser cristiano, Pablo la rechaza absolutamente, como hace en la carta a los Gálatas. Si sólo se trata de un rito externo que puede traer ventajas legales o sociales, la acepta sin más problemas, como en el caso de Timoteo.

El nuevo equipo misionero se adentra en Asia Menor camino, probablemente, de las grandes ciudades greco-romanas de la provincia asiática, como Pérgamo y Éfeso. Por el camino recorren en visita pastoral las comunidades ya establecidas. El proyectado viaje, sin embargo, se ve truncado por la intervención del Espíritu Santo —Lucas lo llama aquí «Espíritu de Jesús»— (7), quien cambia radicalmente los planes de los evangelizadores. Su destino será un nuevo continente: Europa.

⁴⁰ **16,9-15 Visión de Pablo.** El uso de los sueños para comunicar mensajes divinos es más frecuente en el evangelio de Mateo. Lucas, de ordinario, hace intervenir a ángeles. Esta vez, un macedonio anónimo, huésped de un sueño, es la voz de Europa pidiendo auxilio. Detrás de este recurso literario de Lucas para insistir, como siempre, en el protagonismo del Espíritu Santo, podemos percibir lo atentos que estaban aquellos misioneros a lo que hoy llamaríamos «los signos de los tiempos». Sus ojos iluminados por la fe veían en personas, circunstancias y acontecimientos al Espíritu de Jesús que dirigía sus pasos abriendo nuevos caminos de misión.

El Espíritu, pues, les encaminó a Filipos, la primera ciudad europea que iban a visitar, conquistada el 355 a.C. por Filipos, padre de Alejandro Magno. Allí se dirigen a un lugar de oración donde había también mujeres, lo que nos induce a pensar que no se trataba de una sinagoga judía.

El relato de Lucas se centra en una mujer, Lidia, la primera creyente de Europa. No podía ser de otra manera en un narrador que tanto promocionó a la mujer en su evangelio. Los misioneros rompen la costumbre de hospedarse en casas judías y, ante la insistencia de Lidia, lo hacen en su casa que se convirtió en «Iglesia doméstica», célula original de una de las comunidades más fervorosas de Pablo. Lucas no se olvida de apuntar que la conversión de Lidia fue obra de Dios.

¹³Un sábado salimos por la puerta de la ciudad a la ribera de un río, donde pensábamos que habría un lugar para orar. Nos sentamos y nos pusimos a conversar con unas mujeres. ¹⁴Nos escuchaba una mujer llamada Lidia, comerciante en púrpura en Tiatira y persona devota.

El Señor le abrió el corazón para que prestara atención al discurso de Pablo. ¹⁵Se bautizó con toda su familia y nos rogaba:

—Si me tienen por creyente en el Señor, vengan a hospedarse a mi casa.
Y nos insistía.

Presos y liberados⁴¹

¹⁶Una vez que nos dirigíamos a la oración nos salió al encuentro una muchacha que tenía poderes de adivina y daba muchas ganancias a sus patronos adivinando la suerte. ¹⁷Caminando detrás de Pablo y de nosotros gritaba:

—Estos hombres son siervos del Dios Altísimo y nos predicán el camino de la salvación.

¹⁸Esto lo hizo muchos días, hasta que Pablo, cansado, se volvió y dijo al espíritu:

—En nombre de Jesucristo te ordeno que salgas de ella.

Inmediatamente salió de ella.

¹⁹Viendo sus dueños que se les había escapado la esperanza de negocio, tomaron a Pablo y Silas, los arrastraron hasta la plaza, ante las autoridades, ²⁰y, presentándolos a los magistrados, dijeron:

—Estos hombres están perturbando nuestra ciudad; son judíos ²¹y predicán unas costumbres que nosotros, romanos, no podemos aceptar ni practicar.

²²La gente se reunió contra ellos y los magistrados ordenaron que los desnudaran y los azotaran. ²³Después de una buena paliza, los metieron en la cárcel y ordenaron al carcelero que los vigilara con mucho cuidado. ²⁴Recibido el encargo, los metió en el último calabozo y les sujetó los pies al cepo.

²⁵A media noche Pablo y Silas recitaban un himno a Dios, mientras los demás presos escuchaban. ²⁶De repente sobrevino un terremoto que sacudió los cimientos de la prisión. En ese instante se abrieron todas las puertas y se les soltaron las cadenas a los prisioneros. ²⁷El carcelero se despertó, y al ver las puertas abiertas, empuñó la espada para matarse, creyendo que se habían escapado los presos.

²⁸Pero Pablo le gritó muy fuerte:

—¡No te hagas daño, que estamos todos aquí!

²⁹El carcelero pidió una antorcha, temblando corrió adentro y se echó a los pies de Pablo y Silas.

³⁰Los sacó afuera y les dijo:

—Señores, ¿qué tengo que hacer para salvarme?

³¹Ellos le contestaron:

—Cree en el Señor Jesús y te salvarás, tú con tu familia.

³²Enseguida le anunciaron a él y a toda la familia el mensaje del Señor. ³³Todavía de noche se los llevó, les lavó las heridas y se bautizó con toda su familia. ³⁴Después los llevó a su casa, les ofreció una comida y festejó con toda la casa el haber creído en Dios.

³⁵Cuando se hizo de día, los magistrados enviaron a los inspectores para que soltaran a aquellos hombres. ³⁶El carcelero informó del asunto a Pablo:

—Los magistrados han mandado que los deje en libertad; por tanto, váyanse en paz.

³⁷Pablo replicó:

⁴¹ **16,16-40 Presos y liberados.** Lo que motivó la prisión de Pablo y sus compañeros fue el encuentro de éstos con una esclava que proporcionaba abundantes ganancias a sus amos ejerciendo el arte adivinatorio y otras magias. Importunaba a los misioneros con supuestos elogios. ¿Es alabanza y recomendación, burla y parodia o desafío a los presuntos salvadores? Sea lo que sea, la explotación de la esclava por el dinero que proporcionaba a sus amos es suficiente para que Pablo vea en esa manifestación pseudo-religiosa un negocio instigado por un mal espíritu. Lucas no dice si era el mal espíritu quien producía el negocio o era el negocio quien inventaba el espíritu. En cualquier caso, Pablo invocó el nombre de Jesús y la esclava quedó libre.

La reacción de los amos, violenta e ilegal, no se hizo esperar. Hoy diríamos que la acusación está basada en anti-semitismo y xenofobia: opone romanos a judíos, costumbres extranjeras a las propias. Intervinieron las autoridades y, después de una buena paliza, los metieron en la cárcel. Y aquí Lucas echa mano de su arte de narrador y compone un relato novelado de liberación en el que Pablo sigue las huellas de Pedro (12,1-19).

El realismo con que describe los acontecimientos de aquella noche de cárcel hace resaltar más las incongruencias que la verosimilitud de los hechos. ¿Qué terremoto es ése que abre puertas y suelta cadenas sin producir daños a los presos? Hay que entrar en el espacio fantástico del relato para escuchar lo que verdaderamente nos quiere decir Lucas. Ante todo, la serenidad de los dos cautivos que transforma la cárcel en casa de oración. El terremoto es manifestación de Dios en acción. Se abren las puertas, como promete el profeta (cfr. Is 45,1) y salen libres (cfr. Sal 124,7). El efecto más maravilloso es la conversión del carcelero, que se bautiza con toda su familia. Al día siguiente, las autoridades quieren dar el asunto por terminado y les dicen que se vayan. Pablo, sin embargo, pide justicia y les acusa del tratamiento injusto e ilegal infligido a ciudadanos romanos. Exige y obtiene una discreta reparación.

—De modo que a nosotros, ciudadanos romanos, nos han azotado en público y sin juicio, nos han metido en la cárcel, ¿y ahora nos echan a ocultar? De ningún modo. Que vengan ellos y nos hagan salir.

³⁸Los inspectores lo comunicaron a los magistrados, los cuales se asustaron al oír que eran ciudadanos romanos. ³⁹Acudieron, se excusaron, los hicieron salir y les rogaron que se marcharan de la ciudad.

⁴⁰Al salir de la cárcel se dirigieron a casa de Lidia, saludaron, animaron a los hermanos y se marcharon.

En Tesalónica⁴²

17 ¹Atravesando Anfípolis y Apolonia llegaron a Tesalónica, donde había una sinagoga judía. ²Según costumbre, Pablo se dirigió a ella y, durante tres sábados, discutió con ellos, citando la Escritura, ³explicándola y mostrando que el Mesías tenía que padecer y resucitar al tercer día, y que ese Jesús que les anunciaba era el Mesías.

⁴Algunos de ellos se convencieron y se unieron a Pablo y Silas; también lo hicieron gran número de gente de nacionalidad griega que habían aceptado la fe de los judíos y no pocas mujeres influyentes.

⁵Llenos de envidia, los judíos reclutaron algunos maleantes del arroyo, promovieron un alboroto y perturbaron el orden de la ciudad. Luego se presentaron en casa de Jasón con la intención de hacer comparecer a Pablo y Silas ante la asamblea del pueblo.

⁶Al no encontrarlos, arrastraron a Jasón y a algunos hermanos a la presencia de los magistrados.

Y gritaron:

—Éstos, que han revolucionado el mundo, se han presentado también aquí y ⁷Jasón los ha recibido en su casa. Todos éstos actúan contra los edictos del emperador y afirman que hay otro rey, llamado Jesús.

⁸Al oírlo, la multitud y los magistrados se asustaron, ⁹exigieron una fianza a Jasón y los soltaron.

En Berea⁴³

¹⁰Enseguida, de noche, los hermanos enviaron a Pablo y Silas a Berea. Cuando llegaron, se dirigieron a la sinagoga de los judíos. ¹¹Éstos eran más tolerantes que los de Tesalónica; recibieron con interés el mensaje y todos los días analizaban la Escritura para ver si era cierto.

¹²Muchos de ellos abrazaron la fe, lo mismo que algunas mujeres nobles y no pocos hombres griegos.

¹³Cuando los judíos de Tesalónica se enteraron de que Pablo había anunciado el mensaje de Dios en Berea, fueron allá para incitar y amotinar a la multitud.

¹⁴Sin tardanza, los hermanos hicieron bajar a Pablo hasta la costa, mientras Silas y Timoteo se quedaban atrás. ¹⁵Los que escoltaban a Pablo lo condujeron hasta Atenas; después volvieron con instrucciones para que Silas y Timoteo se reunieran con él cuanto antes.

⁴² **17,1-9 En Tesalónica.** Dejando ciudades secundarias, los misioneros se encaminan a la capital de Macedonia, Tesalónica –hoy Salónica–, una ciudad portuaria, rica y abierta, en la que no faltaba la sinagoga judía. Siguiendo su estrategia misionera, Pablo se dirige primero a los judíos a quienes explica y muestra que el Mesías tenía que sufrir y resucitar, y que este Mesías era Jesús.

El éxito de la predicación de Pablo en Tesalónica es muy superior al de Filipos. Entre los que se asociaron a Pablo y Silas había judíos, griegos y no pocas mujeres influyentes. De nuevo, Lucas hace notar la presencia de las mujeres. Probablemente no lo hace sólo para promocionarlas, sino para dar testimonio de su protagonismo en aquellas comunidades cristianas.

Como en otras ocasiones, el éxito provoca la envidia y la acusación de los judíos, muy semejante a la que lanzaron contra Jesús (cfr. Lc 23,2; Jn 19,12): intentar suplantarlo al emperador romano con otro rey. Esta vez, al no encontrar a Pablo y Silas, los amotinados se volvieron contra el anfitrión de los misioneros, Jasón. Menos mal que las autoridades se dieron cuenta de lo absurdo de la acusación y se contentaron con amonestar a Jasón.

⁴³ **17,10-15 En Berea.** Se repiten los mismos sucesos que en Tesalónica. La misión de Pablo y Silas termina, como siempre, en persecución. Esta vez son los judíos venidos de Tesalónica los que se dirigen a Berea –unos 80 Km. de distancia– para impedir la misión de Pablo. Sin embargo, los convertidos siguen aumentando; entre ellos, vuelve a repetirse Lucas, había mujeres importantes. En Berea se separan los compañeros por un tiempo, de modo que Pablo va a afrontar en solitario el desafío de Atenas.

En Atenas⁴⁴

¹⁶Mientras los esperaba en Atenas, Pablo se indignaba al observar la idolatría de la ciudad. ¹⁷En la sinagoga discutía con judíos y con los que temen a Dios; en la plaza pública hablaba a los que pasaban por allí.

¹⁸Algunos de las escuelas filosóficas de epicúreos y estoicos entablaban conversación con él; otros comentaban:

—¿Qué querrá decir este charlatán?

Otros decían:

—Parece un propagandista de divinidades extranjeras.

Porque anunciaba a Jesús y la resurrección. ¹⁹Lo llevaron al Areópago y le preguntaron:

—¿Podemos saber en qué consiste esa nueva doctrina que expones? ²⁰Dices cosas que nos suenan extrañas y queremos saber lo que significan. ²¹Porque todos los atenienses y los extranjeros que residen allí no tienen mejor pasatiempo que contar y escuchar novedades.

En el Areópago⁴⁵

²²Pablo se puso en pie en medio del Areópago y habló así:

—Atenienses, veo que son hombres sumamente religiosos. ²³Cuando estaba paseando y observando sus lugares de culto, encontré un altar con esta inscripción: AL DIOS DESCONOCIDO. Ahora bien, yo vengo a anunciarles al que adoran sin conocer.

²⁴Es el Dios que hizo cielo y tierra y todo lo que hay en él. El que es Señor de cielo y tierra no habita en templos contruidos por hombres ²⁵ni pide que le sirvan manos humanas, como si necesitase algo. Porque él da vida y aliento y todo a todos.

²⁶De uno solo formó toda la raza humana, para que poblase la superficie entera de la tierra.

Él definió las etapas de la historia y las fronteras de los países.

²⁷Hizo que buscaran a Dios y que lo encontraran aun a tientas. Porque no está lejos de ninguno de nosotros, ya que ²⁸en él vivimos, y nos movemos y existimos, como dijeron algunos de los poetas de ustedes: porque somos también de su raza.

²⁹Por tanto, si somos de raza divina, no debemos pensar que Dios es semejante a la plata o el oro o la piedra modelados por la creatividad y la artesanía del hombre.

³⁰Ahora bien, Dios, pasando por alto la época de la ignorancia, manda ahora a todos los hombres en todas partes a que se arrepientan; ³¹porque ha señalado una fecha para juzgar con

⁴⁴ **17,16-21 En Atenas.** El relato de Atenas está entre los más importantes del libro de los Hechos. A través de los episodios anteriores Lucas ha ido preparando el terreno para este encuentro importantísimo de Pablo con las religiones paganas. Hasta ahora los predicadores cristianos se han enfrentado con el judaísmo y la ley, la magia (16,16-18; 19,12-16), con el politeísmo ingenuo (14,6-18). Ahora le toca a Pablo enfrentarse con una religiosidad marcada por la filosofía.

A pesar de su decadencia económica y política, Atenas conservaba intacta su aureola cultural, aunque evocaba mucho más de lo que era.

Los filósofos habían reinterpretado la mitología para transformarla en religión purificada. En aquel momento actuaban en Atenas «la Academia» de Platón; «los peripatéticos» de Aristóteles; «los epicúreos»; «los estoicos» y quizás también «los cínicos».

⁴⁵ **17,22-34 En el Areópago.** En sus tres grandes viajes misioneros, Pablo pronunció tres discursos programáticos: a los judíos en Antioquía de Pisidia, a los líderes cristianos en Éfeso y a los filósofos paganos en Atenas.

El discurso de Atenas es de suma importancia para Lucas, hombre abierto a la cultura griega, dialogante y conciliador, de origen pagano él mismo. El discurso está colocado justo al comienzo de la gran misión de Pablo que le llevaría a predicar el Evangelio en el mundo greco-romano, donde, desde el punto de vista religioso, la pluralidad era la nota dominante.

Para nosotros, cristianos del s. XXI, lo fascinante de este relato es que justamente haya sucedido; que uno de los representantes más cualificados de la Iglesia de entonces, apóstol de Jesús, viaje a Atenas; escuche con respeto a los filósofos; comparta con los epicúreos el rechazo de los ídolos; apruebe la creencia de los estoicos en el parentesco entre Dios y la humanidad: «en él vivimos, nos movemos y existimos» (28) llega a decir Pablo citando a un poeta griego; haga suyas las convicciones del mundo cultural griego de tolerancia hacia las religiones extranjeras; dialogue y anuncie el mensaje de Jesús.

Hoy llamaríamos a la actuación misionera de Pablo en Atenas: diálogo interreligioso, la última y desafiante frontera de la misión universal de la Iglesia que estamos viviendo con tanta pasión en nuestros días. Esta escena de Pablo dialogando con las religiones no cristianas, representadas por los filósofos de Atenas, no se volverá a repetir en la historia de la Iglesia «a tan alto nivel», hasta la mitad del s. XX, en el Concilio Vaticano II, que abrió las puertas al diálogo atento y respetuoso con los creyentes de otras religiones, sin descalificaciones, prejuicios y condenas.

Pablo, respetuoso en la escucha, es también valiente en el anuncio. Después de captarse la benevolencia de los atenienses, dice sin rodeos que toda la historia pasada de búsqueda de Dios, del «dios desconocido», ha sido, en realidad, una época de ignorancia. Ha llegado el momento de salir de ella y pasar al arrepentimiento. Todas las personas han sido llamadas a romper con el pasado. Hay un día fijado, aunque no revelado, para el juicio de Dios (cfr. Sal 75,3; 96,13). Y un «varón» encargado de ejecutarlo (cfr. 10,42; Mt 25,31s). La resurrección de Jesús llega casi sin hacer ruido: en atención a los paganos, para agudizar su curiosidad, o en atención a sus lectores que ya han oído hablar de ella en el libro.

Los resultados del diálogo y anuncio, hoy como en Atenas, están en manos de Dios. La mayoría de los oyentes de Pablo deciden que no merece la pena seguir escuchando. La predicación del Apóstol, sin embargo, no fue totalmente ineficaz. Lucas menciona por sus nombres a dos convertidos: Dionisio, funcionario de la ciudad para la educación y la cultura y Dámaris, iotra mujer!

¿Triunfó Pablo en Atenas? ¿Fracasó? Para el cristiano de hoy Lucas tiene un mensaje importantísimo que comunicar: Pablo, frente a las religiones no cristianas, respetó, escuchó, dialogó y anunció el mensaje de Cristo.

Éste fue su triunfo indiscutible y la lección que nos transmite. En esto consiste la misión evangelizadora de la Iglesia.

justicia al mundo por medio de un hombre que él designó para esto. Y a este hombre lo ha acreditado ante todos resucitándolo de la muerte.

³²Al oír lo de la resurrección de los muertos, unos se burlaban, otros decían:

—En otra ocasión te escucharemos sobre este asunto.

³³Y así Pablo abandonó la asamblea.

³⁴Algunos se juntaron a él y abrazaron la fe; entre ellos Dionisio el areopagita, una mujer llamada Dámaris y algunos más.

En Corinto⁴⁶

18¹Pablo salió de Atenas y se dirigió a Corinto. ²Allí encontró a un judío llamado Áquila, natural del Ponto, y a su mujer Priscila, que habían llegado hacía poco de Italia, porque Claudio había expulsado de Roma a todos los judíos. Pablo fue a verlos y, ³como eran del mismo oficio, se alojó en su casa para trabajar: eran fabricantes de tiendas de campaña.

⁴Todos los sábados Pablo discutía en la sinagoga, intentando convencer a judíos y paganos.

⁵Cuando Silas y Timoteo bajaron de Macedonia, Pablo se dedicó a predicar, afirmando ante los judíos que Jesús era el Mesías. ⁶Pero, como se oponían y lo injuriaban, se sacudió el polvo de la ropa y dijo:

—Ustedes son responsables de su sangre, yo soy inocente: en adelante me dirigiré a los paganos.

⁷Saliendo de allí se dirigió a casa de un hombre religioso, llamado Ticio Justo, que vivía junto a la sinagoga. ⁸Crispo, jefe de la sinagoga, con toda su familia, creyó en el Señor y también muchos corintios que lo habían escuchado creyeron y se bautizaron.

⁹En una visión nocturna el Señor dijo a Pablo:

—No temas, sigue hablando y no te calles, ¹⁰que yo estoy contigo y nadie podrá hacerte daño, porque en esta ciudad tengo yo un pueblo numeroso.

¹¹Pablo se quedó allí un año y medio enseñándoles el mensaje de Dios.

¹²Siendo Galión gobernador de Acaya, los judíos de común acuerdo se enfrentaron con Pablo y lo condujeron al tribunal, ¹³acusándolo de inducir a la gente a ofrecer a Dios un culto contrario a la ley.

¹⁴Pablo estaba por hablar, cuando Galión se dirigió a los judíos:

—Si se tratara de algún delito o de una acción criminal, yo los atendería como es debido.

¹⁵Pero como se trata de discusiones sobre palabras y nombres y sobre la ley judía, arréglense ustedes. No quiero ser juez de esos asuntos.

¹⁶Y los despidió del tribunal.

¹⁷Entonces [los griegos] tomaron a Sóstenes, jefe de la sinagoga, y le dieron una paliza delante del tribunal, mientras Galión se desentendía de todo. ¹⁸Pablo se quedó allí bastante tiempo.

⁴⁶ **18,1-23 En Corinto – Hacia Antioquía.** Para el mundo de entonces, Corinto, capital de la provincia de Acaya, era la ciudad de las dos culturas, griega antes y romana después. Asentada en el istmo que une la Grecia continental con la isla del Peloponeso era un importante nudo de comunicaciones con dos puertos, Licaon al oeste y Cencreas al este. Rica y cosmopolita, una ciudad de población tan variada había acogido a las más diversas religiones del imperio. Con más de medio millón de habitantes, era famosa por su inmoralidad y por la gran diferencia entre ricos y pobres.

Para Pablo fue la ciudad del amor y del dolor, a la que dedica año y medio de evangelización, muchos afanes y varias cartas. Para Lucas, era la ciudad donde el Evangelio se abrió definitivamente a los paganos y al imperio romano, después del rechazo por parte de los judíos. Para los cristianos de hoy, Corinto es la ciudad donde surgió una de las comunidades de creyentes más conocidas e importantes de la Iglesia primitiva, cuya vida y dinamismo siguen inspirando a los que leemos las dos cartas que Pablo les escribió.

Corinto ocupa el lugar más importante del segundo viaje apostólico de Pablo. Las fechas de la estancia de Pablo en la ciudad son las más seguras de toda la cronología del Nuevo Testamento: desde Diciembre del año 50 hasta Junio del 52, más o menos. Lucas sitúa históricamente la actividad de Pablo en Corinto con la alusión a la expulsión de los judíos de Roma por el emperador Claudio y la mención del nombre del Gobernador de Acaya, Galión (18,12). La expulsión de los judíos de Roma, ocasionará la llegada providencial a Corinto de un matrimonio judeo-cristiano, Priscila y Áquila.

Priscila, la mujer, será la animadora de la Iglesia doméstica que va a surgir en la ciudad. En la casa de estos fabricantes de tiendas y toldos, Pablo se hospedará y trabajará en dicho oficio para ganarse su sustento.

Con la mención de este matrimonio cristiano de refugiados, Lucas comienza una rápida narración de acontecimientos que culminarán ante el tribunal del gobernador romano Galión: llegada de los colaboradores Silas y Timoteo; predicación de Pablo acerca de Jesús, el Mesías, en la sinagoga; conversión, nada menos, que del jefe de la misma, Crispo; oleada de conversiones de corintios; rechazo por la mayoría de los judíos; ruptura de Pablo con los judíos y propósito de dirigirse en adelante a los paganos; acusación judía ante la autoridad romana y respuesta absolutoria de Galión para Pablo y sus compañeros creyentes.

Lucas está verdaderamente interesado en presentar el anuncio del Evangelio de Jesús como no contrario a las leyes del imperio. En realidad, Galión viene a decir con ironía que un magistrado romano de su categoría no se va a rebajar a dilucidar sobre cuestiones de sectas religiosas. Así pues, al imperio romano no le afecta la predicación de Pablo. Otra cosa, sin embargo, es lo que Lucas quiere comunicarnos. Lo hace a través del recurso de una visión nocturna que tiene el Apóstol (10s) en la que Jesús le anima a seguir hablando y no callarse, porque «en esta ciudad tengo yo un pueblo numeroso» (10). El imperio romano ya no será lo mismo desde que Pablo comenzó a anunciar el mensaje de Jesús en Corinto.

Lucas termina con un sumario de carácter geográfico en el que destaca la atención concedida por el narrador a Éfeso, campo importante de la actividad futura de Pablo. Va a comenzar su tercer y último viaje apostólico. Le acompañan Priscila y Áquila.

Después se despidió de los hermanos y se embarcó para Siria en compañía de Priscila y Áquila. En Cencreas se afeitó la cabeza en cumplimiento de un voto.

Hacia Antioquía

¹⁹Llegaron a Éfeso, donde Pablo se separó de sus compañeros y se dirigió a la sinagoga para discutir con los judíos. ²⁰Aunque le rogaban que se quedara más tiempo, no accedió, ²¹sino que se despidió diciendo:

—Si Dios quiere, volveré a visitarlos.

Zarpó de Éfeso ²²y bajó a Cesarea; allí desembarcó para saludar a la comunidad, y prosiguió el viaje hasta Antioquía. ²³Pasada una temporada partió y fue atravesando Galacia y Frigia, confirmando a todos los discípulos.

Apolo en Éfeso⁴⁷

²⁴Llegó a Éfeso un judío llamado Apolo, natural de Alejandría, hombre elocuente y versado en la Escritura. ²⁵Lo habían instruido en el camino del Señor, y lleno de fervor hablaba y explicaba exactamente lo concerniente a Jesús, aunque conocía sólo el bautismo de Juan. ²⁶Empezó a actuar abiertamente en la sinagoga.

Lo escucharon Priscila y Áquila; se lo llevaron aparte y le explicaron con mayor exactitud el camino de Dios. ²⁷Y como se disponía a marchar a Acaya, los hermanos lo animaron y escribieron a los discípulos para que lo recibieran de la mejor manera posible.

Al llegar prestó un gran servicio a los que habían recibido la gracia de la fe, ²⁸porque refutaba vigorosamente y en público a los judíos, demostrando con la Escritura que Jesús era el Mesías.

Pablo en Éfeso⁴⁸

19 ¹Mientras Apolo estaba en Corinto, Pablo viajaba por el interior hasta llegar a Éfeso. Allí encontró unos discípulos ²y les preguntó si habían recibido el Espíritu Santo después de abrazar la fe. Le respondieron:

—Ni sabíamos que había Espíritu Santo.

³Les preguntó:

—Entonces, ¿qué bautismo han recibido?

Contestaron:

—El bautismo de Juan.

⁴Pablo replicó:

—Juan predicó un bautismo de arrepentimiento, encargando al pueblo que creyera en el que venía detrás de él, o sea, en Jesús.

⁵Al oírlo, se bautizaron invocando el nombre del Señor Jesús. ⁶Pablo les impuso las manos y vino sobre ellos el Espíritu Santo, y se pusieron a hablar en distintas lenguas y a profetizar. ⁷Eran doce varones.

⁴⁷ **18,24-28 Apolo en Éfeso.** La figura de Apolo, abanderado de una facción de la comunidad de Corinto, (cfr. 1 Cor 1,12; 3,4-6,22; 4,6; 16,12) resulta aquí ambigua. Lucas no entra en detalles acerca del personaje. Lo que sí podemos afirmar es que la situación de las primeras comunidades era mucho más compleja de lo que nos dice el libro de los Hechos. Es probable que Apolo fuera uno de tantos como había en aquellos años, con un pie en el judaísmo y otro en el cristianismo.

¿Era, acaso, discípulo de Juan Bautista y como tal había recibido solamente el bautismo de Juan? Sea lo que fuese, a Lucas le interesa resaltar que Apolo necesitaba una catequesis en «el camino de Dios», y que fueron Priscila y Áquila los que se lo llevaron aparte y lo catequizaron. Una vez informado, Apolo pone todo su entusiasmo y conocimientos bíblicos —provenía de la escuela de Alejandría— al servicio de la predicación en Corinto a invitación, probablemente, de los hermanos y hermanas de aquella ciudad.

⁴⁸ **19,1-10 Pablo en Éfeso.** Después de pasar rápidamente por Éfeso, a donde promete volver (18,21), Lucas dice que Pablo se dirigió a Cesarea, que era el puerto principal de Palestina, con la intención, naturalmente, de visitar la Iglesia madre de Jerusalén. Lucas no es muy claro acerca de este posible viaje a la Ciudad Santa, pero en este sentido habría que entender el voto que hace en Cencreas (18,18) y que sólo podía completarse con una ofrenda en el templo de Jerusalén. De todas formas, entra dentro de la constante preocupación de Lucas el afirmar la unidad de la Iglesia.

Más adelante, Pablo pasará también por Jerusalén antes de su importante viaje a Roma (21). La misión a los paganos, exigida por el Evangelio, no debe poner en peligro la comunión eclesial.

Pablo regresa a Éfeso y en esta ciudad pasará uno de los períodos más llenos de acontecimientos de su vida misionera. Aquí escribirá las dos cartas a los Corintios, la carta a los Gálatas y a los Filipenses. En Éfeso, probablemente, lo hicieron preso, experimentando uno de los momentos más angustiosos de su vida. ¿Estuvieron a punto de matarlo? (cfr. 2 Cor 1,8). Pablo permaneció en dicha ciudad un tiempo verdaderamente largo de su vida apostólica, dos años y tres meses. Durante tres meses predicó en la sinagoga, ganándose el rechazo de los judíos. No considerando, pues, adecuada la sinagoga para enseñar «el camino», Pablo lo hace en la escuela de Tirano.

Lucas afirma que «todos los habitantes de Asia, judíos y griegos, escucharon la Palabra del Señor» (10). Por si no fuera poco el trabajo de la evangelización de los paganos y la tensión provocada por el rechazo de los judíos influyentes de la ciudad, Pablo tiene que intervenir en el movimiento espiritual de los seguidores de Juan Bautista. ¿Era éste un movimiento rival de la naciente Iglesia? ¿Eran cristianos simpatizantes? En todo caso, Pablo completa la formación de los doce líderes del movimiento, los bautiza y reciben el Espíritu Santo. Esto es lo que Lucas quiere resaltar: el triunfo del Espíritu en todos los frentes de la evangelización de Pablo.

⁸Después entró en la sinagoga, y durante tres meses habló abiertamente, discutiendo de modo convincente sobre el reino de Dios.

⁹Pero, como algunos se endurecían y se negaban a creer y difamaban el Camino ante la gente, Pablo se apartó de ellos, llevó consigo a los discípulos y siguió discutiendo diariamente en la escuela de un tal Tirano.

¹⁰Esto duró dos años, de modo que todos los habitantes de Asia, judíos y griegos, escucharon la Palabra del Señor.

Los exorcistas⁴⁹

¹¹Dios hacía milagros extraordinarios por medio de Pablo; ¹²hasta el punto de que aplicaban a los enfermos paños o pañuelos que él había tocado, y les desaparecía la enfermedad y también salían de ellos los espíritus malignos.

¹³Unos exorcistas ambulantes judíos intentaron invocar sobre los poseídos de espíritus malignos el nombre de Jesús con la fórmula: Yo los conjuro por el Jesús que Pablo predica. ¹⁴Un sumo sacerdote judío, llamado Escevas, tenía siete hijos que hacían eso.

¹⁵Pero el espíritu maligno les dijo:

—A Jesús lo conozco, Pablo sé quién es; pero ustedes, ¿quiénes son?

¹⁶El hombre poseído por el espíritu maligno se abalanzó sobre ellos y los dominó por la fuerza, así que tuvieron que escapar desnudos y malheridos de aquella casa.

¹⁷Lo supieron los vecinos de Éfeso, judíos y griegos, y todos se llenaron de temor. El nombre del Señor Jesús ganaba prestigio. ¹⁸Muchos que abrazaban la fe venían a confesar públicamente sus prácticas. ¹⁹No pocos, que habían practicado la magia, traían sus libros y los quemaban en presencia de todos. Calculando el precio de aquellos libros, resultó ser de cincuenta mil monedas de plata.

²⁰Así, por el poder del Señor, el mensaje crecía y se fortalecía.

Motín de los plateros⁵⁰

²¹Terminada toda esa tarea, Pablo se propuso ir a Jerusalén pasando por Macedonia y Acaya; él decía que, después de estar allí, tenía que visitar Roma. ²²Envío a Macedonia a dos de sus asistentes, Timoteo y Erasto, y él se quedó una temporada en Asia.

²³Por entonces sobrevino una gran crisis a causa del Camino del Señor.

²⁴Un tal Demetrio, platero, fabricaba en plata reproducciones del templo de Artemisa y proporcionaba buenas ganancias a los artesanos. ²⁵Los reunió con todos los del gremio y les dirigió la palabra:

⁴⁹ **19,11-20 Los exorcistas.** Éfeso era conocida como una especie de capital internacional de la magia. No es extraño, pues, que Pablo tuviera que enfrentarse con el problema que afectaba también a los nuevos convertidos.

La escena descrita recuerda los episodios de Simón y de Elimas (cfr. 13,4-12). Pablo aparece como taumaturgo extraordinario (como Pedro en 5,12-16 y como Jesús en Mc 5,27-29). Lucas contrasta el poder liberador del Evangelio frente a la falsa seguridad de las artes mágicas de los charlatanes. El ambiente de la gran ciudad portuaria favorecía la confusión y el sincretismo religioso. El triunfo del Espíritu fue completo. Judíos y griegos se llenaron de temor reverencial. La narración termina con la mención de una hoguera purificadora donde se quemaron libros de magia por un valor enorme: 50.000 monedas de plata, lo que equivalía en aquella época al salario de una jornada de trabajo de 50 mil hombres. Así, por el poder del Señor, el mensaje crecía.

A dos mil años de distancia, la narración de Lucas no ha perdido actualidad. Los horóscopos, cartas astrales, artes adivinatorias y demás parafernalia de adivinos y charlatanes siguen cosechando inmensas fortunas entre los hombres y mujeres de hoy, también entre los cristianos. La liberación que trae el Evangelio de Jesús sigue siendo tan necesaria ahora como entonces.

⁵⁰ **19,21-40 Motín de los plateros.** Si colocáramos los versículos 21s al final del capítulo, estarían mejor situados para servir de prólogo al último y definitivo viaje de Pablo, Roma. Antes, sin embargo, Lucas tiene que contarnos otro episodio que marcó la complicada misión de Pablo en Éfeso: una revuelta.

En los versículos 23-40 Lucas compone una página magistral de sociología de masas, de religiosidad popular embebida de nacionalismo e intereses económicos. Parece que estamos leyendo una crónica de cualquiera de los periódicos de nuestros días sobre modernas manifestaciones o asambleas. La crisis surgió a causa del «Camino» o seguimiento de Jesús. Éfeso era famosa por su inmenso templo (120 metros de largo por 70 de ancho, rodeado de 128 columnas de 19 metros de altura), una de las maravillas del mundo de entonces, dedicado a la diosa de la fecundidad Artemis, adorada en toda la provincia de Asia.

Religión, nacionalismo y fuertes intereses económicos estaban estrechamente ligados. El jefe del sindicato de los plateros, un tal Demetrio, ve en la predicación de Pablo contra la idolatría un posible peligro para el negocio de producción de estatuillas y demás objetos religiosos de la diosa y provoca una manifestación multitudinaria, violenta, confusa e ilegal.

Quieren linchar a Pablo y a sus compañeros. Los judíos, que también se sienten amenazados por ser críticos de los ídolos, entran en escena. La masa se precipita al teatro de la ciudad que tenía capacidad para 24 mil personas. Todos gritaban.

Lucas anota que muchos de los presentes no sabían para qué estaban allí. Tras numerosas tentativas de mediación, las autoridades locales logran apaciguar a la masa y hacerla entrar en razón.

Si Demetrio tiene una querrela contra Pablo, ahí están los tribunales de justicia. Si la causa es grave, que lo decida una asamblea legal. Una revuelta ilegal sólo podrá traer las más graves consecuencias para la ciudad. Ahí quedo todo y el tumulto se disolvió.

Quizás la razón de Lucas en contarnos este episodio está en el interés constante del narrador por situar la misión de Pablo dentro de la legalidad romana. Más adelante serán oficiales del ejército romano los que salven la vida de Pablo en dos ocasiones (21,27-40; 23,12-24). El mismo Apóstol apelará al tribunal del César para salvar su vida (25,1-12).

—Compañeros, ustedes saben que nuestra prosperidad depende de esta actividad. ²⁶Pero ahora ustedes ven y oyen que ese Pablo, no sólo en Éfeso, sino en Asia entera, está ganando con su propaganda mucha gente, diciendo que los dioses que se fabrican con manos humanas, no son dioses. ²⁷Con lo cual no sólo está en peligro de descrédito nuestra profesión, sino que el templo de la gran diosa Artemisa, venerada en toda Asia y en el mundo entero, va a perder toda su grandeza.

²⁸Al oírlo se enfurecieron y se pusieron a gritar:

—¡Viva la gran Artemisa de Éfeso!

²⁹Se produjo un gran tumulto en la ciudad y todos se precipitaron hacia el teatro, arrastrando consigo a Gayo y a Aristarco, macedonios compañeros de Pablo.

³⁰Pablo intentaba acudir a la asamblea, pero los discípulos no se lo permitieron. ³¹Algunas autoridades de Asia, amigos suyos, le enviaron un mensaje aconsejándole que no acudiera al teatro.

³²Entretanto, cada uno gritaba una cosa, había una gran confusión en la asamblea y muchos de la concurrencia ni siquiera sabían la causa. ³³Algunos de la multitud explicaron el asunto a Alejandro, a quien los judíos habían empujado al frente de todos. Éste, haciendo un gesto con la mano, intentaba dar una explicación a la asamblea.

³⁴Pero, al reconocer que era judío, todos se pusieron a gritar durante dos horas:

—¡Viva la gran Artemisa de Éfeso!

³⁵El secretario logró calmar a la multitud y les habló:

—Efesios, ¿hay alguien que no sepa que Éfeso custodia el templo de la gran Artemisa y su imagen caída del cielo? ³⁶Como eso es indiscutible, lo importante es que conserven la calma y no obren con precipitación. ³⁷Han traído a esos hombres, que ni son sacrílegos ni han insultado a nuestra diosa. ³⁸Si Demetrio y sus artesanos tienen alguna queja contra alguien, ahí están los jueces y prefectos: que allí resuelvan su pleito. ³⁹Si se trata de un asunto más grave, podrá resolverlo la asamblea legal. ⁴⁰De hecho, corremos peligro de ser acusados de agitadores por el tumulto de hoy ya que no tenemos motivo que justifique tal alboroto.

Con estas palabras disolvió la asamblea.

Viajes, visitas y despedidas⁵¹

20 ¹Cuando se calmó el tumulto, Pablo mandó llamar a los discípulos, los animó, se despidió y emprendió el viaje hacia Macedonia.

²Atravesó aquella región animando a los hermanos con muchos discursos, hasta que llegó a Grecia. ³Allí se detuvo tres meses y, cuando se disponía a embarcarse para Siria, se enteró de que los judíos habían hecho planes contra él, de modo que decidió volver por tierra atravesando Macedonia. ⁴Lo acompañaron [hasta Asia] Sópatro, hijo de Pirro, de Berea; Aristarco y Segundo de Tesalónica; Gayo de Derbe y Timoteo; Tíquico y Trófimo de Asia.

⁵Éstos se adelantaron y nos esperaban en Tróade.

⁶Pasada la semana de los Azimos zarpamos nosotros de Filipos y a los cinco días los alcanzamos en Tróade, donde nos quedamos siete días.

⁷Un domingo que nos reunimos para la fracción del pan, Pablo, que debía partir al día siguiente, se puso a hablar y prolongó el discurso hasta media noche. ⁸Había bastantes lámparas en el piso superior donde estábamos reunidos.

⁹Un muchacho, llamado Eutico, estaba sentado en el borde de la ventana. Mientras Pablo hablaba y hablaba, a Eutico lo fue venciendo el sueño, hasta que, vencido por completo, se cayó del tercer piso al suelo, donde lo recogieron muerto.

⁵¹ **20,1-16 Viajes, visitas y despedidas.** En este viaje europeo, Pablo se dedica a visitar comunidades ya fundadas. Sale de Éfeso después del tumulto. Cuando planea volver en barco se entera de que los judíos preparan un atentado contra él y decide viajar por tierra. En el viaje de regreso lo acompañan algunos colaboradores, quizás portadores de la colecta para Jerusalén. Por las cartas de Pablo sabemos que éste recorre Macedonia a fin de recoger fondos para la Iglesia pobre de la Ciudad Santa. Lucas ignora este motivo y da al viaje un carácter de despedida y testamento. Las fiestas de la Pascua las pasa en la comunidad de Filipos. A la celebración judía va a seguir en el relato una celebración cristiana.

En efecto, es el primer día de la semana –domingo– y se celebra la eucaristía en el salón de una casa privada. Es la primera mención en el Nuevo Testamento de semejante celebración en domingo, que corresponde al día de la resurrección (cfr. Lc 24,1-36; Jn 20,19-26).

La eucaristía se denomina con la expresión tradicional de «partir el pan» y seguía a la cena ordinaria. El salón, ubicado en el tercer piso de la casa, está tan repleto de gente que un muchacho no encuentra más asiento que el marco de una ventana. Como el discurso es de despedida, Pablo no sabe terminar y el muchacho no puede vencer el sueño. Cae al patio y muere a consecuencia del golpe. La ceremonia queda trágicamente interrumpida, pero Pablo domina la situación.

La celebración de la vida del resucitado no puede terminar con la muerte de uno de los participantes. Pablo imitando los gestos de Elías y Eliseo (cfr. 1 Re 17,21; 2 Re 4,34) realiza el milagro. Después, con toda serenidad, sube y termina la celebración.

Lucas termina el itinerario de viaje de Pablo y sus colaboradores con una nota: el Apóstol tenía prisa por llegar a Jerusalén en Pentecostés.

¹⁰Pablo bajó, se echó sobre él, lo abrazó y dijo:

—No se asusten, que aún está vivo.

¹¹Después subió, partió el pan y comió. Estuvo conversando, hasta la aurora y entonces se marchó. ¹²En cuanto al muchacho lo llevaron vivo y todos se sintieron muy consolados.

¹³Nosotros nos dirigimos al barco y zarpamos para Aso, donde debíamos recoger a Pablo. Eso era lo convenido, ya que él hacía el viaje a pie. ¹⁴Cuando nos alcanzó en Aso, se embarcó con nosotros y nos dirigimos a Mitilene.

¹⁵Zarpamos de allí y al día siguiente llegamos frente a Quíos, al otro día pasamos Samos y al siguiente llegamos a Mileto.

¹⁶Pablo tenía decidido pasar de largo por Éfeso, para no retrasarse tanto en Asia. Porque, si era posible, quería estar en Jerusalén el día de Pentecostés.

Despedida de los efesios⁵²

¹⁷Desde Mileto envió un mensaje a Éfeso convocando a los ancianos de la comunidad.

¹⁸Cuando llegaron les dijo:

—Ya saben cómo me he comportado siempre con ustedes desde el primer día que pisé Asia.

¹⁹He servido al Señor con toda humildad, con lágrimas y en todas las pruebas que me han causado las intrigas de los judíos. ²⁰□ No he dejado de hacer todo lo que pudiera ser útil: les prediqué y les enseñé tanto en público como en sus casas. ²¹A judíos y griegos les he inculcado el arrepentimiento frente a Dios y la fe en nuestro Señor Jesús.

²²Ahora, encadenado por el Espíritu, me dirijo a Jerusalén sin saber lo que allí me sucederá.

²³Sólo sé que en cada ciudad el Espíritu Santo me asegura que me esperan cadenas y persecuciones. ²⁴Pero poco me importa la vida, con tal de completar mi carrera y el ministerio que recibí del Señor Jesús: anunciar la Buena Noticia de la gracia de Dios.

²⁵Ahora sé que ustedes, cuyo territorio he atravesado proclamando el reino, no volverán a verme. ²⁶Por eso hoy declaro que no soy responsable de la muerte de ninguno, ²⁷porque nunca dejé de anunciar plenamente el designio de Dios.

²⁸Cuidense ustedes y cuiden a todo el rebaño que el Espíritu Santo les encomendó como a pastores de la Iglesia de Dios, que Él adquirió pagando con su sangre.

⁵² **20,17-38 Despedida de los efesios.** Al llegar a Mileto, lugar muy cercano a Éfeso, Pablo convoca a los presbíteros – responsables– de las comunidades cristianas de Éfeso y zonas limítrofes. Una vez reunidos les dirige un discurso. Se trata del único discurso de todo el libro de los Hechos dirigido exclusivamente a cristianos y en concreto a los líderes de las comunidades. Todos los demás, van dirigidos a personas o grupos fuera de la comunidad cristiana.

Aunque Pablo no está en trance de muerte, se despide definitivamente de una comunidad querida a la que ha dedicado más de dos años de su actividad. Por eso su discurso es «testamentario» y sigue las líneas de este «género literario», tan común en la Biblia, como el testamento de Moisés (cfr. Dt 33,3s), o el de Jesús (cfr. Lc 22,25-30; Jn 13-16). Ordinariamente estos testamentos eran redactados por los discípulos, quienes aprovechaban la ocasión de la despedida del maestro, para hacer una síntesis de su vida y su trabajo con la mirada puesta en el futuro.

Así pues, sobre la base histórica de las palabras de despedida de Pablo, Lucas construye este discurso en que nos da la interpretación de la persona y misión del Apóstol, tal y como se mantenían vivas en las comunidades cristianas fundadas por él. Resume su trayectoria misionera y mira hacia el futuro. Este «futuro» –Lucas narra el emotivo adiós de Pablo muchos años después de su muerte– era ya una realidad en las numerosas comunidades cristianas extendidas por todo el imperio romano. Es, pues, a los dirigentes de estas comunidades a los que el narrador se dirige a través de las palabras de Pablo.

En la primera parte del discurso (18-21), el Apóstol hace una evaluación de su misión en Asia. Es una misión recibida de Jesús, el Señor, y guiada por el Espíritu que consiste en servir, anunciar, enseñar, testificar en medio de pruebas y tribulaciones a judíos y griegos, tanto en público como en casas particulares.

En la segunda parte (22-24), Lucas pone en boca de Pablo la realidad fundamental que recorre todo el libro de los Hechos: el Espíritu Santo es el verdadero protagonista de la misión. El Apóstol, a la hora del adiós, se ve a sí mismo como prisionero del Espíritu, quien le llevará de ciudad en ciudad, a través de cadenas y persecuciones, hacia Jerusalén para completar la tarea encomendada dando su vida por el Evangelio, como Jesús el Señor.

Para el narrador, la palabra «Jerusalén» esta llena de simbolismo. Más que la destinación del viaje físico que Pablo está a punto de emprender, significa, más bien, el destino de otro viaje de sufrimiento y muerte que llevará al Apóstol a identificarse total y definitivamente con su Señor. Aunque Pablo no murió en la Ciudad Santa sino en Roma –Lucas no lo menciona–, será la capital del imperio la «simbólica Jerusalén» de Pablo. (cfr. Lc 9,51).

En la tercera parte (25-31), el Apóstol se dirige a los dirigentes de las comunidades. Traspasa a ellos la responsabilidad de predicar el Evangelio y de cuidar del rebaño que el Espíritu les encomendó, tal y como él mismo, Pablo, lo ha venido haciendo por tres años, amonestándoles con lágrimas día y noche. Una vez hecho el «traspaso de la responsabilidad apostólica», les previene de los peligros que acechan a la comunidad con la metáfora de lobos rapaces que no respetarán al rebaño.

En la cuarta parte (32-35), Pablo encomienda los responsables de las comunidades a la «Palabra de Dios». La Palabra aparece aquí personificada, como la única fuerza y dinamismo que puede construir la Iglesia de Dios. Concluye con una advertencia a los responsables contra la ambición del dinero y olvido de los pobres. El desinterés fue siempre la señal por excelencia de la autenticidad de todo ministerio apostólico (cfr. Gál 4,17; 2 Cor 11,8s; 2 Tim 3,2.6-8; 2 Pe 2,3). Pablo se pone como ejemplo al haber trabajado con sus manos para su sustento y para socorrer a los pobres.

Al final, la emoción embarga a todos. Entre rezos, lágrimas y abrazos Pablo fue acompañado al barco. Ya no volverían a verle más. Su discurso de despedida, sin embargo, conserva la actualidad y frescura de un testamento que sigue cuestionando a nuestros líderes y comunidades cristianas de hoy.

²⁹Sé que después de mi partida se meterán entre ustedes lobos rapaces que no respetarán el rebaño. ³⁰Incluso de entre ustedes saldrán algunos que dirán cosas equivocadas para arrastrar tras de sí a los discípulos.

³¹Por tanto, estén atentos y recuerden que durante tres años no he cesado de aconsejarlos con lágrimas ni de día ni de noche. ³²Ahora los encomiendo al Señor y al mensaje de su gracia, que tiene poder para hacerlos crecer y otorgar la herencia a todos los consagrados.

³³No he codiciado la plata ni el oro ni los vestidos de nadie. ³⁴Ustedes saben que con mis manos he atendido a las necesidades más y de mis compañeros. ³⁵Les he enseñado siempre que, trabajando así, hay que ayudar a los débiles, recordando el dicho del Señor Jesús: más vale dar que recibir.

³⁶Dicho esto, se arrodilló con todos y oró. ³⁷Todos se pusieron a llorar; lo abrazaban y lo besaban afectuosamente, ³⁸entristecidos sobre todo por lo que había dicho, que no volverían a verlo.

Después lo acompañaron hasta el barco.

Viaje a Jerusalén⁵³

21 ¹Nos separamos de ellos, zarpamos y navegamos directamente a Cos, al día siguiente hasta Rodas y desde allí hasta Pátara. ²Encontrando un barco que cruzaba hacia Fenicia, nos embarcamos y zarpamos. ³Avistando Chipre y dejándola a nuestra izquierda, navegamos hacia Siria y llegamos a Tiro, donde la nave tenía que descargar.

⁴Encontramos a los discípulos y nos detuvimos allí siete días.

Algunos, movidos por el Espíritu, aconsejaban a Pablo que no subiera a Jerusalén. ⁵Cuando se cumplió nuestro plazo, salimos para continuar el viaje. Todos, con sus mujeres e hijos, nos acompañaron hasta fuera de la ciudad. Nos arrodillamos en la playa y oramos.

⁶Después nos despedimos mutuamente, embarcamos y ellos se volvieron a casa. ⁷Desde Tiro atravesamos hasta llegar a Tolemaida. Saludamos a los hermanos y nos quedamos con ellos un día.

⁸Al día siguiente salimos y llegamos a Cesarea; entramos en casa de Felipe, uno de los siete evangelistas, y nos hospedamos con él. ⁹Tenía éste cuatro hijas solteras profetisas. ¹⁰Tras varios días de estadía, bajó de Judea un profeta llamado Ágabo. ¹¹Se acercó a nosotros, tomó el cinturón de Pablo y se ató con él de manos y pies, y dijo:

—Esto dice el Espíritu Santo: Al dueño de este cinturón los judíos lo atarán en Jerusalén y lo entregarán a los paganos.

¹²Al oírlo, nosotros y los vecinos del lugar le suplicábamos a Pablo que no subiera a Jerusalén.

¹³Pero Pablo respondió:

—¿Qué hacen llorando y ablandándome el corazón? Por el nombre del Señor Jesús yo estoy dispuesto a ser encadenado y a morir en Jerusalén.

¹⁴Como no podíamos convencerlo, nos tranquilizamos diciendo: Que se cumpla la voluntad del Señor. ¹⁵Pasados aquellos días hicimos los preparativos y emprendimos la subida hacia Jerusalén.

¹⁶Algunos discípulos de Cesarea nos acompañaron hasta la casa de un viejo discípulo, Nasón de Chipre, que nos dio alojamiento.

⁵³ **21,1-16 Viaje a Jerusalén.** Va a comenzar el tercer y último viaje de Pablo que terminará en Roma. Hasta ahora, a lo largo de ocho capítulos de su libro (13–20), Lucas ha presentado a un Pablo activo, misionero luchador e infatigable, triunfador y taumaturgo.

¿Cae el narrador en la tentación fácil de darnos una imagen triunfalista del Apóstol? En absoluto. Los restantes ocho capítulos (21–28) nos van a presentar la otra imagen del misionero, quizás la más auténtica y fascinante: el Pablo pasivo, prisionero del Espíritu. Así pues, ocho capítulos dedica Lucas a los 12 años de «actividad» de Pablo y ocho capítulos dedica también a los tres años de su «pasividad».

El paralelismo entre ambas etapas podrá aparecer desproporcionado. ¿No será que Lucas considera los tres años de pasividad de Pablo tan importantes como los doce de actividad o quizás más importantes?

El Apóstol va a cumplir en esta última etapa el programa que Jesús le preparó al comienzo de su misión: «es mi instrumento elegido para difundir mi nombre... yo le mostraré lo que tiene que sufrir por mi nombre» (9,15s).

Así pues, una vez que Lucas nos ha contado todo lo que le interesaba decir acerca de la actividad misionera de Pablo, su celo, sus iniciativas, sus triunfos, sus milagros, al narrador le queda por expresar lo más importante: la entrada del Apóstol en el misterio de la muerte y resurrección del Señor, a través de su propio sufrimiento y muerte, expresión máxima del poder del Espíritu y de la Palabra en el fiel imitador de Cristo.

Las notas del viaje hacia la Ciudad Santa nos permiten asomarnos y descubrir que las costas del mar Egeo, hacia el año 54, estaban sembradas de comunidades cristianas y que Pablo era un gran personaje bien recibido en cualquier Iglesia local. Cuando Jesús se dispone a subir a Jerusalén para padecer (cfr. Lc 9,51), es plenamente consciente de su destino y se lo puede anunciar una y otra vez a sus discípulos. Pablo se dispone a seguir a Jesús (cfr. Lc 9,52-62) sin conocer su destino. Amigos y colaboradores, sospechando el posible peligro que le esperaba en Jerusalén, sobre todo después del profético anuncio de Ágabo (21,10s) tratan de impedir su viaje; pero ante la firme decisión del Apóstol se resignan con un «que se cumpla la voluntad del Señor».

En Jerusalén⁵⁴

¹⁷Al llegar a Jerusalén, los hermanos nos recibieron contentos.

¹⁸Al día siguiente fuimos con Pablo a visitar a Santiago; se presentaron los ancianos en pleno.

¹⁹Después de saludarlos, les expuso detalladamente todo lo que Dios había realizado por su medio entre los paganos.

²⁰Al oírlo, dieron gloria a Dios y dijeron a Pablo:

—Ya ves, hermano, cuántas decenas de miles de judíos se han convertido a la fe, y todos son observantes de la ley. ²¹Corre el rumor de que a los judíos que viven entre paganos les enseñas a abandonar la ley de Moisés y les dices que no circunciden a sus hijos ni sigan nuestras costumbres. ²²¿Qué hacer? Seguro que se enterarán de que has llegado; ²³sigue nuestro consejo: hay entre nosotros cuatro hombres que han hecho un voto. ²⁴Acude a purificarte con ellos y paga los gastos para que se afeiten la cabeza; así sabrán todos que los rumores que corren acerca de ti no tienen fundamento y que eres un judío observante de la ley. ²⁵A los paganos convertidos a la fe les hemos comunicado nuestros decretos: que se abstengan de la carne inmolada a los ídolos, de la sangre, de los animales estrangulados y de las relaciones sexuales prohibidas.

²⁶Al día siguiente Pablo tomó consigo a aquellos hombres, se purificó con ellos y fue al templo para avisar de la fecha en que terminaría la purificación y se llevaría la ofrenda por cada uno de ellos.

Arrestado en el templo⁵⁵

²⁷Cuando se iban a cumplir los siete días, los judíos de Asia, viéndolo en el templo, alborotaron a la gente y se apoderaron de él ²⁸gritando:

—¡Auxilio, israelitas! Éste es el hombre que enseña a todo el mundo y en todas partes una doctrina contraria al pueblo, a la ley y al lugar sagrado. Ahora acaba de introducir a unos griegos en el templo profanando este santo lugar.

²⁹Decían esto porque poco antes lo habían visto con Trófimo el efesio y pensaban que Pablo lo había introducido en el templo. ³⁰La ciudad entera se conmovió y todo el pueblo acudió corriendo. Tomaron a Pablo, lo arrastraron fuera del templo y cerraron las puertas.

⁵⁴ **21,17-26 En Jerusalén.** Tal y como nos lo narra Lucas, el encuentro entre Pablo y la Iglesia de Jerusalén nos deja un poco perplejos. No sabemos lo que en realidad ocurrió, aunque sí debió de ser un encuentro desagradable y dramático para el Apóstol.

Más que encuentro habría que hablar de desencuentro. En otras palabras, su viaje históricamente fue un fracaso. Con la subida, pues, a Jerusalén comienza la pasión de Pablo. A Lucas, sin embargo, no le interesa darnos los detalles históricos. Cuando narra los hechos, la Iglesia de Jerusalén había ya desaparecido completamente o contaba muy poco, ¿para qué recordar, pues, viejas querellas y antagonismos? En la mente y en el corazón del narrador está siempre la preocupación por resaltar la unidad de «toda» la Iglesia por encima de facciones y antagonismos, por eso su narración es calculada en lo que dice y en lo que no dice.

No dice, por ejemplo, el motivo principal que tuvo Pablo para ir a Jerusalén, es decir, la entrega de la importante colecta que con tanto esfuerzo había llevado a cabo junto con sus colaboradores, y que representaba un signo de comunión y solidaridad entre la Iglesia madre y las nuevas Iglesias. Es probable que la colecta fuera rechazada por una serie de motivos complejos. No hay que descartar entre otros, el clima pre-revolucionario que existía en la ciudad a mediados de los años 50 y que terminará en la insurrección armada del año 66, que llevó a los judíos a un verdadero suicidio colectivo con la destrucción de la ciudad en el año 70 a manos de los ejércitos de Roma. Los judíos vivían ya una histeria de pureza racial y cualquier contacto con paganos era sospechoso de traición. En estas circunstancias recibir dinero de extranjeros era altamente peligroso, aun para la comunidad judeo-cristiana de la ciudad que estaba preocupada por su supervivencia.

Lucas dice que el primer recibimiento de Pablo y su comitiva fue cordial. Sin embargo, cuando Pablo se sentó a hablar con Santiago y los líderes de la comunidad, no puede disimular la tensión existente.

Pablo les comunica la gran cantidad de paganos que habían recibido la fe, aunque calla que también lo hicieron muchos judíos. Ellos, a su vez, comunican a Pablo que millares de judíos se habían convertido en Jerusalén y que, sin embargo, habían permanecido fieles a las leyes judías. Acto seguido, acusan a Pablo de enseñar a los judíos convertidos que viven entre paganos a abandonar la ley de Moisés. La acusación era injusta.

El Apóstol, sin embargo, no se defiende y sigue el consejo de Santiago de realizar un acto público en el templo, corriendo con los gastos, para aclarar los posibles malentendidos de su presencia en la ciudad. De paso, le recuerdan a Pablo las cláusulas del Concilio de Jerusalén, como mínimo exigido a los paganos convertidos, miembros de comunidades mixtas.

⁵⁵ **21,27-40 Arrestado en el templo.** El plan juicioso de Santiago fracasa justo cuando iba a ponerse en práctica.

Al relato anterior, comedido y conciliador, sigue la detallada narración del arresto de Pablo, a través de la cual Lucas nos da su interpretación sistemática de los hechos: el poder romano interviene para defender a Pablo contra las agresiones de los judíos.

Todo comienza con un pretexto malicioso. Estaba prohibido a los paganos, bajo pena de muerte, traspasar la barrera del atrio exterior del templo porque su presencia podía contaminar el lugar sagrado.

Corrió la voz de que Pablo había introducido allí a unos griegos. Suena la alarma, cierran las puertas del templo para que Pablo no pueda acogerse al derecho de asilo y lo sacan fuera para no matarlo en terreno sagrado. Se disponen a lincharlo cuando interviene la autoridad militar romana y Pablo es salvado en el último momento.

A través de esta escena dramática Lucas quiere dirigir la atención del lector a otro drama de mayor alcance: Jerusalén rechaza la última oferta del Evangelio. Pablo, como Jesús, le traía la paz (cfr. Lc 19,42) y le responden con la guerra (cfr. Sal 120,7).

Cuando se lleven a Pablo, Jerusalén quedará atrás y ya no volverá a aparecer en el resto del libro de los Hechos. El comandante romano salvará a Pablo de la muerte encadenándolo y así, hasta el final del libro, Pablo será un prisionero traído y llevado de un lugar a otro, hasta llegar a Roma.

³¹Cuando intentaban darle muerte, llegó al comandante de la cohorte la noticia de que toda Jerusalén estaba amotinada. ³²Reunió soldados y centuriones y acudió a toda prisa.

Ellos, al ver al comandante con los soldados, dejaron de golpear a Pablo.

³³Entonces el comandante detuvo a Pablo, lo mandó atar con dos cadenas y luego preguntó quién era y qué había hecho.

³⁴Todos gritaban al mismo tiempo. No pudiendo averiguar la verdad, a causa del tumulto, el comandante mandó que lo condujeran a la fortaleza.

³⁵Cuando llegaron a la escalinata, los soldados tuvieron que alzarlo para evitar la violencia de la multitud. ³⁶Porque el pueblo en masa los seguía gritando:

—¡Muera!

³⁷Cuando lo iban a introducir en la fortaleza, Pablo dice al comandante:

—¿Puedo decirte una palabra?

Le contestó:

—¿Cómo? ¿sabes hablar griego? ³⁸¿No eres tú el egipcio que hace unos días provocó un motín y llevó al desierto a cuatro mil terroristas?

³⁹Respondió Pablo:

—Yo soy judío de Tarso, ciudadano de una ciudad nada despreciable. Te pido permiso para dirigir la palabra al pueblo.

⁴⁰Se lo concedió, y Pablo, de pie sobre la escalinata, hizo un gesto con la mano hacia el pueblo.

Se hizo un silencio profundo y Pablo les habló en hebreo:

Discurso de Pablo⁵⁶

22¹—Hermanos y padres, escuchen mi defensa.

²Al oír que les hablaba en hebreo, se estuvieron más quietos.

Él dijo:

³—Soy judío, natural de Tarso de Cilicia, aunque educado en esta ciudad, instruido con toda exactitud en la ley de nuestros antepasados, a los pies de Gamaliel, entusiasta de Dios como lo son todos ustedes actualmente.

⁴Yo perseguí a muerte a quienes seguían ese Camino, arrestando y metiendo en la cárcel a hombres y mujeres, ⁵como pueden atestiguarlo el sumo sacerdote y el senado en pleno. De ellos recibí carta para los hermanos y me puse en camino hacia Damasco para arrestar a los de allí y conducirlos a Jerusalén para que fuesen castigados.

⁶Yendo de camino, cerca ya de Damasco, hacia el mediodía, de repente una luz celeste, intensa, resplandeció en torno a mí. ⁷Caí en tierra y escuché una voz que me decía: Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues? ⁸Contesté: ¿Quién eres, Señor? Contestó la voz: Yo soy Jesús Nazareno, a quien tú persigues. ⁹Los acompañantes veían la luz, pero no oían la voz del que hablaba conmigo.

¹⁰Yo le dije: ¿Qué debo hacer, Señor? Contestó el Señor: Levántate y ve a Damasco; allí te dirán lo que debes hacer. ¹¹Como no veía, deslumbrado por el brillo de aquella luz, los acompañantes me llevaron de la mano y así llegué a Damasco.

¹²Un tal Ananías, hombre piadoso y observante de la ley, de buena reputación entre todos los judíos de la ciudad, ¹³vino a visitarme, se presentó y me dijo: Hermano Saulo, recobra la vista. En aquel momento pude verlo a él. ¹⁴Me dijo: El Dios de nuestros padres te ha destinado a conocer su designio, a ver al Justo y a escuchar directamente su voz; ¹⁵porque serás su testigo ante todo

⁵⁶ **22,1-30 Discurso de Pablo.** En medio de la agitación que sigue a su arresto, Pablo logra hablar con el oficial romano y deshacer el malentendido. Él no es un cabecilla de revoltosos anti-romanos sino un respetable ciudadano de la ciudad de Tarso. Acto seguido y contra toda verosimilitud histórica, Lucas nos presenta a Pablo pronunciando un discurso al pueblo. Es difícil imaginar al oficial romano concediendo la palabra a un preso en aquellas circunstancias, y más difícil aún que la masa alborotada guardara silencio. Por otra parte, el discurso no alude a las circunstancias del tumulto popular.

En realidad, por boca de Pablo, el discurso lo dirige el narrador a los lectores de su libro.

Más que una defensa personal del Apóstol, se trata de una apología de su misión a las naciones. Comienza aludiendo a sus intachables credenciales de judío hasta el punto de convertirse en perseguidor del «Camino». En oposición a las «leyes de los antepasados», llama, de nuevo, «Camino» al cristianismo. Después, presenta su conversión en la ruta hacia Damasco y el nuevo rumbo que tomó su vida tras encontrarse cara a cara con Jesús resucitado, quien le escogió para ser su testigo ante todo el mundo. Pablo ve en este acontecimiento el designio del Dios de nuestros padres (14). Menciona el nuevo rito del perdón (16), el bautismo, que sustituye a la ley y todos sus mecanismos. Pablo reserva para el final el recuerdo de la visión que tuvo en el templo, años atrás, en la que Jesús le apremia a salir de Jerusalén ante el fracaso de su testimonio en la ciudad y le envía a «pueblos lejanos» (21).

Esta declaración constituía una provocación inaceptable para oídos judíos. Equivalía a decir que fue en el mismo templo de Jerusalén donde Jesús rechaza al templo como lugar del anuncio de la Palabra de Dios y que esta misma Palabra se construirá un nuevo templo (un pueblo nuevo) entre los paganos (20,32).

La reacción no se hizo esperar. Con gritos y gestos piden la muerte de Pablo y que los romanos sean los ejecutores. El comandante se entera de que el preso es ciudadano romano, dato confirmado por el mismo Pablo, y la situación cambia de rumbo y de escena. Pablo es llevado ante el Consejo de los líderes de Israel.

el mundo de lo que has visto y oído. ¹⁶Por tanto no tardes: bautízate y lávate de los pecados invocando su nombre.

¹⁷Cuando volví a Jerusalén, estando en oración en el templo, caí en éxtasis ¹⁸y vi al Señor que me decía: Sal pronto de Jerusalén, porque no van a aceptar tu testimonio acerca de mí. ¹⁹Repliqué: Señor, ellos saben que yo arrestaba a los que creían en ti y los azotaba en las sinagogas. ²⁰También que, cuando se derramaba la sangre de tu testigo Esteban, yo estaba allí, aprobando y guardando la ropa de los que lo mataban. ²¹Él me dijo: Ve, que yo te envío a pueblos lejanos.

²²Hasta ese punto habían estado escuchando, después alzaron la voz diciendo:

—Elimina a ese hombre; no puede seguir viviendo.

²³Como seguían gritando y rasgándose los vestidos y echando polvo al aire, ²⁴el comandante mandó que lo introdujeran en la fortaleza y lo interrogasen a latigazos para averiguar por qué motivo clamaban contra él. ²⁵Cuando lo sujetaban con las correas, Pablo dijo al centurión allí presente:

—¿Les está permitido azotar sin proceso a un ciudadano romano?

²⁶Al oírlo, el centurión fue a avisar al comandante:

—¿Qué vas a hacer? Ese hombre es romano.

²⁷El comandante se acercó y le preguntó:

—Dime, ¿eres romano?

Contestó:

—Sí.

²⁸Repuso el comandante:

—Yo he comprado la ciudadanía por una buena suma.

Pablo dijo:

—Yo la poseo de nacimiento.

²⁹Inmediatamente se apartaron de él los que lo iban a interrogar. El comandante se asustó al saber que lo tenía arrestado siendo romano. ³⁰Al día siguiente, queriendo saber con certeza las acusaciones que le hacían los judíos, lo soltó y mandó reunirse a los sumos sacerdotes y el Consejo en pleno. Después hizo bajar a Pablo y se lo presentó.

Ante el Consejo⁵⁷

23 ¹Pablo fijó la vista en el Consejo y dijo:

—Hermanos, yo he procedido ante Dios con conciencia limpia e íntegra.

²El sumo sacerdote Ananías mandó a sus asistentes que lo golpearan en la boca. ³Pablo entonces le dijo:

—Dios te va a golpear a ti, pared blanqueada. Tú estás sentado para juzgarme según la ley y me mandas golpear violando la ley.

⁴Los soldados le dijeron:

—¿Al sumo sacerdote de Dios insultas?

⁵Pablo contestó:

—No sabía, hermanos, que fuera el sumo sacerdote; porque está escrito:

no hablarás mal del jefe del pueblo.

⁶Advirtiendo Pablo que una parte eran saduceos y otra parte fariseos, exclamó en el Consejo:

—Hermanos, hasta hoy soy fariseo e hijo de fariseos, y se me está juzgando por la esperanza en la resurrección de los muertos.

⁵⁷ **23,1-11 Ante el Consejo.** Estamos ante uno de los relatos más reelaborados por Lucas. Históricamente parece inverosímil que un oficial romano provocara la reunión del Consejo, como si éste estuviera a sus órdenes, que presentara al presunto reo y asistiera vigilando al proceso. Por otra parte, la escena de un Consejo dividido por disensiones doctrinales graves acerca de la resurrección, hábilmente provocadas por Pablo, y otra serie de incongruencias, como el hecho de que el Apóstol no conozca al Sumo Sacerdote, hacen pensar que a Lucas no le interesa darnos un relato puramente histórico de lo acontecido. Como ya nos tiene acostumbrado, el narrador deja aquí los hechos históricos a un lado para darnos su interpretación de los mismos. No usa, para ello, afirmaciones o proposiciones abstractas, sino que compone un cuadro escénico vivo, una especie de drama que, por cierto, termina en comedia.

Para Lucas, Pablo ante el Consejo no está en calidad de acusado sino de acusador. En realidad, el Consejo no consigue juzgarle, sino que termina desmoralizado. Es más, el partido de los fariseos lo declara inocente contra las protestas de sus adversarios saduceos. Fue el testimonio de Pablo sobre la resurrección —los presentes sabían muy bien que el reo se refería a la resurrección de Jesús—, el último puente tendido al pueblo judío en las personas de sus representantes. Lucas narra la escena muchos años después de los acontecimientos. Para esas fechas, el partido de los saduceos, contrarios a la resurrección de los muertos, había ya desaparecido.

Eran, pues, los fariseos los que estaban reorganizando la nueva comunidad judía después de la destrucción de Jerusalén el año 70. Éstos, sí, creían en la resurrección de los muertos, pero no en la de Jesús. Por boca de Pablo, Lucas les reprocha su incredulidad y al mismo tiempo les tiende la mano. Entre judaísmo y cristianismo no hay ruptura, sino continuidad y el lazo de unión es la resurrección de Jesús. La narración termina con la intervención —otra vez— del comandante romano que libera al Apóstol de un linchamiento seguro. A la noche siguiente la Palabra del Señor da certeza y fuerza a Pablo. Su testimonio también será necesario en Roma.

⁷Apenas lo dijo, cuando surgió una discusión entre fariseos y saduceos, y la asamblea se dividió. ⁸Porque los saduceos niegan la resurrección y los ángeles y el espíritu, mientras que los fariseos lo afirman todo.

⁹Se armó un griterío, y algunos letrados del partido fariseo se alzaron y afirmaron polémicamente:

—No encontramos culpa alguna en este hombre; tal vez le ha hablado un espíritu o un ángel.

¹⁰Como arreciaba el conflicto, temiendo el comandante que fueran a despedazar a Pablo, mandó bajar a la tropa, sacarlo de en medio y llevarlo a la fortaleza. ¹¹La noche siguiente el Señor se le presentó y le dijo:

—¡Ánimo! Lo mismo que has dado testimonio de mí en Jerusalén, tienes que darlo en Roma.

Complot contra Pablo⁵⁸

¹²Por la mañana se reunieron los judíos y se comprometieron bajo juramento a no comer ni beber hasta haber dado muerte a Pablo. ¹³Los conspiradores eran más de cuarenta. ¹⁴Se presentaron a los sumos sacerdotes y ancianos y les dijeron:

—Hemos jurado no probar bocado no haber dado muerte a Pablo. ¹⁵Ahora les toca a ustedes proponer al comandante y al Consejo que se lo traigan, con pretexto de investigar más atentamente su caso. Antes de que se acerque, estamos preparados para eliminarlo.

¹⁶El hijo de la hermana de Pablo se enteró de lo que tramaban, fue a la fortaleza, entró y se lo contó a Pablo. ¹⁷Éste llamó a uno de los centuriones y le dijo:

—Conduce a este muchacho al comandante, porque tiene que darle una información.

¹⁸Se hizo cargo de él, lo condujo al comandante y dijo:

—El prisionero Pablo me ha llamado y me ha pedido que te traiga a este muchacho, que tiene algo que decirte.

¹⁹El comandante lo tomó de la mano, se lo llevó aparte y le preguntó:

—¿Qué es lo que me tienes que contar?

²⁰Respondió:

—Los judíos han acordado pedirte que mañana hagas bajar a Pablo al Consejo, con pretexto de examinar más atentamente su caso. ²¹□ No les hagas caso; porque un grupo de más de cuarenta han tramado una emboscada contra él.

Han jurado no comer ni beber hasta haberlo eliminado. Ahora están preparados, esperando tu consentimiento.

²²El comandante despidió al muchacho, encargándole que no dijera a nadie que le había informado de ello.

Remitido a Félix⁵⁹

²³Llamó a dos centuriones y les dijo:

—Pasadas las nueve de la noche tengan preparados para viajar a Cesarea doscientos soldados de infantería, setenta de caballería y doscientos lanceros. ²⁴Preparen también caballos para Pablo y llévenlo sano y salvo al gobernador Félix.

²⁵Y le escribió una carta en los siguientes términos:

²⁶Claudio Lisias saluda al ilustrísimo gobernador Félix. ²⁷A este hombre lo habían secuestrado los judíos para matarlo. Cuando supe que era romano, intervine con la tropa y lo libré.

²⁸Queriendo averiguar los cargos que tenían contra él, lo conduje a su Consejo. ²⁹Pero resultó que los cargos versan sobre controversias de su ley, y no había ningún cargo digno de muerte o de prisión. ³⁰Al enterarme de un atentado tramado contra este hombre, te lo envío y aviso a los acusadores que te presenten a ti sus cargos.

³¹Los soldados, cumpliendo las órdenes, tomaron a Pablo y lo condujeron de noche hasta Antípatris.

⁵⁸ **23,12-22 Complot contra Pablo.** Se trama una conjura para eliminar a Pablo. Los cuarenta conjurados se comprometen a un ayuno, pues calculan despachar el asunto rápidamente. Lo importante es sacar a Pablo de la custodia de los romanos y para esto se confabulan con los miembros sacerdotes y civiles del Consejo. Del resto se ocuparán ellos sin comprometer públicamente a los líderes. Un sobrino del Apóstol se entera, avisa al comandante y éste salva de nuevo al preso, llevándolo bajo fuerte custodia militar a Cesarea. Este viaje significa para Pablo su salida definitiva de Jerusalén, que ya no volverá a ser mencionada en el libro de los Hechos.

⁵⁹ **23,23-35 Remitido a Félix.** La escena es sobria y sugerente. De noche, escoltado por un nutrido destacamento romano, cabalgando, Pablo se aleja de la ciudad. Quizás sin saberlo está cumpliendo la orden de Jesús: «sal pronto de Jerusalén... yo te envío a pueblos lejanos» (22,18.21). La operación equivale a trasladar el preso a un tribunal superior, el supremo de aquella provincia.

En su carta de presentación, el comandante militar de Jerusalén se presenta como el liberador de un ciudadano romano injustamente acusado y amenazado de muerte por sus correligionarios. El comandante queda muy bien ante sus superiores y al mismo tiempo se libera del enojoso asunto. Pablo tendrá la ocasión de seguir dando testimonio de Jesús, cada vez más arriba en la jerarquía del imperio (cfr. Lc 21,13). Ésta es la verdadera intención de Lucas al describirnos el relato.

³²Al día siguiente dejaron a la caballería seguir con él y ellos se volvieron a la fortaleza. ³³Los otros llegaron a Cesarea, entregaron la carta al gobernador y le presentaron a Pablo.

³⁴Leyó la carta y preguntó de qué jurisdicción era. Enterado de que era de Cilicia, ³⁵le dijo:
—Oiré tu causa cuando se presenten tus acusadores.
Y mandó custodiarlo en el pretorio de Herodes.

Proceso ante Félix⁶⁰

24 ¹Cinco días más tarde bajó el sumo sacerdote con algunos ancianos y el abogado Tértulo, para presentar sus cargos contra Pablo.

²Lo hicieron comparecer, y Tértulo comenzó su acusación:

³—Ilustrísimo Félix: Gracias a ti gozamos de paz estable y gracias a tu sabio gobierno esta nación consigue mejoras; todo esto lo recibimos siempre y en todas partes con profundo agradecimiento. ⁴Para no cansarte, solicito de tu clemencia que escuches mi exposición resumida. ⁵Hemos descubierto que este hombre es una peste, que promueve discordias entre los judíos del mundo entero y que es un dirigente de la secta de los nazarenos.

⁶Cuando intentaba profanar el templo, lo arrestamos y quisimos juzgarlo por nuestra ley, ⁷pero el tribuno Lisias, con gran violencia, lo arrancó de nuestras manos, mandando que sus acusadores viniesen a ti. ⁸Tú mismo, examinándolo, podrás comprobar la verdad de nuestras acusaciones.

⁹Los judíos lo apoyaron afirmando que era cierto. ¹⁰El gobernador hizo un gesto a Pablo y éste tomó la palabra:

—Como sé que desde hace años administras justicia a esta nación, pronuncio confiado mi defensa. ¹¹Tú mismo puedes comprobar que no han pasado más de doce días desde que subí en peregrinación a Jerusalén.

¹²Ni en el templo ni en las sinagogas ni por la ciudad me han encontrado discutiendo con nadie ni amotinando a la gente. ¹³No pueden probar ninguno de sus cargos contra mí. ¹⁴Eso sí: te confieso que venero a Dios siguiendo ese Camino que ellos llaman secta; creo todo lo escrito en la ley y los profetas, ¹⁵y confiado en Dios, espero como ellos que habrá resurrección de justos e injustos. ¹⁶Y así, también yo procuro mantener en todo una conciencia irreprochable ante Dios y ante los hombres. ¹⁷Tras una ausencia de años, fui en peregrinación al templo llevando limosnas para mis compatriotas y a presentar ofrendas. ¹⁸Allí me encontraron, en un rito de purificación, no con una multitud ni en un tumulto. ¹⁹Pero algunos judíos de Asia estaban allí, y éstos sí tendrían que comparecer y acusarme de lo que tengan contra mí. ²⁰O si no, que los aquí presentes digan qué delito encontraron cuando comparecí ante el Consejo, ²¹si no es el haber declarado en voz alta ante ellos: Si hoy me juzgan ante ustedes es por la resurrección de los muertos.

²²Félix, que estaba bien informado sobre el Camino, postergó la causa diciéndoles:

—Cuando venga el comandante Lisias, resolveré este pleito.

⁶⁰ **24,1-27 Proceso ante Félix.** La situación ha cambiado. Ahora los judíos tienen que desplazarse a la capital del poder romano local, Cesarea, a 100 Km. de Jerusalén, someterse a un tribunal extranjero y emplear a un abogado experto en derecho romano. Todas estas diligencias son ejecutadas con rapidez. En sólo cinco días están preparados para la acusación, tal era la prisa que tenían en deshacerse de Pablo.

Como buen abogado, Tértulo comienza con las fórmulas protocolarias de alabanzas al juez Félix por esto y por aquello. Era una zalamería descarada. En realidad los judíos odiaban a Félix por su mano dura en la represión de las revueltas y por los onerosos impuestos. El astuto Tértulo pone inmediatamente el dedo en la llaga: alude a la paz romana de la que gozan gracias a Félix y que ahora podía estar en peligro. La paz romana era el centro de la ideología del imperio, su razón de ser.

Una vez captada la benevolencia del juez, el abogado judío presenta tres acusaciones: 1. Provocar por todas partes agitaciones y sediciones entre los judíos; 2. Ser jefe de la secta de los «nazarenos» (2,22; 6,15); 3. Haber intentado profanar el templo que los romanos se han comprometido a defender.

Las tres acusaciones están ágilmente manipuladas como delitos contra la paz romana. La primera es clara: agitación y sedición. La segunda es más sutil. Aunque a los romanos no les importaban en absoluto las sectas judías, el nombre del «nazareno» —Jesús— sí que podía levantar sospechas en el juez. Si Jesús fue condenado por los romanos como sedicioso, sus seguidores podían ser también considerados como tales. La tercera sigue el mismo camino: si los romanos se han comprometido a defender el templo, los que conspiran contra el templo conspiran contra los romanos.

Al retirarse el abogado judío, Félix da la palabra a Pablo. Éste comienza su defensa, pero no sólo es Pablo el que habla. A través de sus palabras, Lucas está respondiendo a las mismas acusaciones y sospechas de que eran objeto las comunidades cristianas extendidas ya por todo el imperio, incluso en Roma, varias decenas de años después de que ocurrieran los hechos. En aquella sala del juicio estaban en confrontación: Roma, el judaísmo y Pablo —o sea, el cristianismo—. Pablo, y Lucas por boca de Pablo, responde y aclara. Respecto al imperio romano, éste no debe tener ningún motivo de queja contra los cristianos, pues éstos, ni provocan desorden ni perturban la vida ciudadana, al contrario, son ciudadanos ejemplares. Las acusaciones, pues, son falsas. Respecto al judaísmo, Pablo —el cristianismo— no pertenece a ninguna secta rebelde. El «Camino» es continuación y culminación del judaísmo. El Dios que adora Pablo es el de sus antepasados. Admite y venera las Escrituras, la Ley y los Profetas, y cree, como sus enemigos, en la resurrección. La alusión es clara: la resurrección de Jesús. En cuanto a profanar el templo, se trata de una invención de unos advenedizos de Asia.

Lo lógico habría sido dejar completamente libre al encausado. Félix, juez corrupto que espera dinero de Pablo, prefiere dar largas al asunto y deja al reo en prisión menor para complacer a los judíos. En la perspectiva de Lucas, Félix está colaborando al designio de Dios que quiere llevar a Pablo hacia Roma.

²³Después dio orden al centurión de tener a Pablo detenido, con cierta libertad, y de no impedir a los suyos que lo atendieran. ²⁴Pasados unos días Félix mandó llamar a Pablo. Con su mujer Drusila, que era judía, lo oyó disertar sobre la fe en Jesús el Mesías. ²⁵Pero, cuando Pablo empezó a hablar de honradez, de la castidad y del juicio venidero, Félix se asustó y dijo:

—De momento puedes retirarte; te llamaré en otra ocasión.

²⁶Félix esperaba al mismo tiempo recibir dinero de Pablo y por eso lo llamaba con frecuencia para conversar con él. ²⁷Pasados dos años, Porcio Festo sucedió a Félix, y como Félix quería congraciarse con los judíos, retuvo a Pablo preso.

Apela al César⁶¹

25 ¹Tres días después de tomar posesión del cargo, Festo subió de Cesarea a Jerusalén. ²Los sumos sacerdotes y los jefes judíos le presentaron sus cargos contra Pablo ³y le pidieron por favor que se lo remitiera a Jerusalén —porque intentaban matarlo en una emboscada por el camino—. ⁴Festo respondió que Pablo seguía custodiado en Cesarea, ya que él mismo volvería pronto allá.

⁵Y añadió:

—Sus responsables que bajen conmigo y, si ese hombre es culpable de algo, que presenten allí su acusación.

⁶Festo se detuvo en Jerusalén no más de ocho o diez días; después bajó a Cesarea y al día siguiente hizo traer a Pablo.

⁷Cuando se presentó, lo rodearon los que habían bajado de Jerusalén y lo acusaban de muchos y graves cargos, que no lograban probar; ⁸mientras Pablo se defendía afirmando que no había cometido delito alguno contra la ley o el templo o el emperador.

⁹Festo, queriendo ganarse a los judíos, intervino y preguntó a Pablo:

—¿Quieres subir a Jerusalén para someterte allí a mi juicio?

¹⁰Pablo replicó:

—Estoy ante el tribunal imperial, donde debo ser juzgado. Sabes muy bien que no he perjudicado a los judíos. ¹¹Si he cometido un delito capital no me niego a morir; pero si no hay nada de lo que éstos me acusan, nadie puede entregarme en su poder. Apelo al emperador.

¹²Entonces Festo, después de consultarlo con sus consejeros, dijo:

—Has apelado al emperador, irás al emperador.

Ante Agripa⁶²

¹³Algunos días más tarde, el rey Agripa, acompañado de Berenice, se presentó en Cesarea para saludar a Festo. ¹⁴Y, como se detuvo allí bastantes días, Festo le expuso el caso de Pablo:

—Hay aquí un prisionero que dejó Félix; ¹⁵durante mi estadía en Jerusalén, los sumos sacerdotes y ancianos judíos lo acusaron pidiendo su condena. ¹⁶Les respondí que no es costumbre romana entregar a un hombre antes de que pueda enfrentarse con sus acusadores y tenga ocasión de defenderse de los cargos. ¹⁷Cuando ellos se presentaron aquí, yo sin demora, al día siguiente, me senté en el tribunal y mandé traer a aquel hombre. ¹⁸Se presentaron los acusadores, pero no adujeron ningún delito de los que yo sospechaba; ¹⁹solamente traían contra él discusiones sobre su religión y sobre un tal Jesús, muerto, del que Pablo dice que vive. ²⁰Y, como estaba desconcertado acerca de la causa, le pregunté si quería ir a Jerusalén para ser juzgado allí. ²¹Pablo apeló y pidió que su caso sea reservado a la jurisdicción del Augusto. Entonces yo mandé custodiarlo hasta que pueda enviarlo al emperador.

²²Agripa contestó:

—A mí también me gustaría escuchar a ese hombre.

Le respondió:

⁶¹ **25,1-12 Apela al César.** Han pasado dos años. Pablo sigue preso, metido aún en la batalla legal que decidirá su suerte. Tres días después de tomar posesión del cargo, el nuevo gobernador Festo tiene ya que ocuparse del asunto Pablo a instancias de los judíos. La insistencia de Lucas en mostrar la inocencia del Apóstol nos deja un poco sorprendidos. Es el tema más explicado y repetido hasta el cansancio en el libro de los Hechos.

¿Existían todavía entre los lectores de Lucas grupos que aun dudaban de la inocencia del Apóstol? ¿Tuvieron parte los judíos en la muerte de Pablo en Roma, quizás con las mismas acusaciones? No sabemos.

El hecho es que Lucas nos presenta en este relato a la tercera autoridad romana que encuentra a Pablo inocente. Festo, queriendo quedar bien con los judíos, pregunta al Apóstol si quiere volver a Jerusalén para ser juzgado. Quizás cansado de tantas complicaciones, Pablo apela a su derecho como ciudadano romano de ser juzgado ante el tribunal del César en Roma. ¿En demanda de justicia?, ¿o para cumplir el designio de Dios?

⁶² **25,13-27 Ante Agripa.** Lucas vuelve a la carga sobre la inocencia de Pablo, narrando esta vez la escena de la comparecencia del Apóstol ante el rey Agripa, amigo del gobernador Festo. El gobernador repite los cargos de los judíos contra el acusado y la inocencia del mismo, aclarando, esta vez, la verdadera razón de la persecución judía contra el Apóstol: «un tal Jesús, muerto, del que Pablo dice que vive» (19). El relato dará ocasión a Pablo de renovar su testimonio ante «gobernadores y reyes» (cfr. Lc 21,12s).

—Mañana lo escucharás.

²³Al día siguiente se presentó Agripa con Berenice, con toda pompa, y entró en la audiencia acompañado de comandantes y gente principal de la ciudad.

Festo hizo traer a Pablo ²⁴y habló así:

—Rey Agripa y todos los presentes, aquí tienen al hombre por el que todos los judíos, tanto en Jerusalén como aquí, han acudido a mí clamando que no debe quedar con vida. ²⁵Yo pude comprobar que no había cometido nada digno de muerte. Así que, cuando él apeló al Augusto, yo decidí enviarlo. ²⁶Pero no tengo nada por escrito sobre el asunto. Por eso se lo he presentado a ustedes y especialmente a ti, rey Agripa, para que después de este interrogatorio yo pueda escribir un informe. ²⁷Porque no me parece razonable enviar un preso sin explicar los cargos contra él.

Discurso de Pablo⁶³

26 ¹Agripa dijo a Pablo:

—Puedes hablar en defensa propia.

Pablo, haciendo un gesto con la mano, pronunció su defensa:

²—De todo lo que me acusan los judíos tengo hoy la satisfacción de defenderme ante ti, rey Agripa; ³especialmente porque eres experto en costumbres y controversias judías. Por lo cual te pido que me escuches con paciencia.

⁴Mi vida entera desde mi adolescencia, pasada desde el principio en el seno de mi pueblo, la conocen todos los judíos de Jerusalén. ⁵Y, como me conocen desde hace tanto tiempo, pueden dar testimonio de que yo pertenecía a la secta más estricta de nuestra religión: era fariseo.

⁶Ahora me están juzgando porque espero en la promesa que Dios hizo a nuestros padres. ⁷Y nuestras doce tribus, en su culto noche y día, aguardan impacientes que se cumpla esa promesa. Majestad, de esa esperanza me acusan los judíos. ⁸¿Por qué les parece increíble que Dios resucite a los muertos?

⁹En un tiempo yo pensaba que mi deber era combatir con todos los medios el nombre de Jesús Nazareno. ¹⁰Es lo que hice en Jerusalén, con autoridad recibida de los sumos sacerdotes, metiendo en la cárcel a muchos consagrados. Y cuando los condenaban a muerte, yo añadía mi voto. ¹¹Muchas veces en las sinagogas yo los maltrataba para hacerlos blasfemar; y mi furia creció hasta el punto de perseguirlos en ciudades extranjeras.

¹²Viajando en este empeño hacia Damasco, con autoridad y encargo de los sumos sacerdotes, ¹³un mediodía nos envolvió a mí y a mis acompañantes una luz celeste más brillante que el sol.

¹⁴Caímos todos a tierra y yo escuché una voz que me decía en hebreo: Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues? De que te sirve tirar coces contra el agujón. ¹⁵Pregunté: ¿Quién eres, Señor? Y el Señor respondió: Soy Jesús, a quien tú persigues. ¹⁶Ponte en pie; que para esto me he aparecido a ti, para nombrarte servidor y testigo de que me has visto y de lo que te haré ver. ¹⁷Te defenderé de tu pueblo y de los paganos a los que te envío. ¹⁸Les abrirás los ojos para que se conviertan de las tinieblas a la luz, del dominio de Satanás a Dios, y para que reciban, por la fe en mí, el perdón de los pecados y su parte en la herencia de los consagrados.

¹⁹No desobedecí, rey Agripa, a la visión celeste, sino que me puse a predicar: ²⁰primero a los de Damasco, después a los de Jerusalén, en toda la Judea y a los paganos, que se arrepintieron y

⁶³ **26,1-32 Discurso de Pablo.** Se trata del último discurso del libro de los Hechos, en el que Pablo narra por tercera vez su conversión y vocación. El punto de arranque es su vida pasada como miembro del pueblo judío y del rígido partido fariseo. ¿Ha roto ahora con sus raíces judías? De ninguna manera. Va a mostrar que su vida presente es la consecuencia última de su identidad judía.

Todo se remonta, según Pablo, a la esperanza de la promesa que Dios hizo «a nuestros padres» (6) y que han mantenido viva las doce tribus de Israel. De esta esperanza le acusan a él. ¿De qué esperanza se trata? Aunque Pablo no lo dice explícitamente, su intención es clara: el radical deseo humano de vivir es esperanza de resurrección.

Pues bien, esto es lo que Dios tenía prometido y lo ha cumplido ahora resucitando al Mesías Jesús. Son sus acusadores los que habiendo aceptado la promesa, no aceptan ahora su cumplimiento en la resurrección de Jesús.

A continuación narra su vida de cruel perseguidor de los cristianos. En ningún otro texto describe el Apóstol su ensañamiento fanático. Sigue su testimonio sobre el cambio radical sufrido en el camino de Damasco. Es la tercera vez que habla del acontecimiento, pero en esta ocasión difiere llamativamente de las anteriores.

No menciona la ceguera ni la sanación ni la intervención de Ananías ni la fuga de Damasco. La conversión se transforma en vocación, al estilo de las vocaciones proféticas (cfr. Is 42,7; 61,1). Su testimonio, sin embargo, siempre es el mismo: Jesús, el primer resucitado de entre los muertos, es ahora luz universal sin distinción para judíos y paganos. Así termina el bellissimo discurso de Pablo.

Para el gobernador romano, encerrado en su mentalidad, el testimonio de Pablo no es delito, sino demencia. El estudio ha trastornado al acusado, comenta.

Ante el escepticismo del romano, Pablo apela a los conocimientos del judío Agripa. El rey se evade con una salida cortés.

Vibrando de pasión misionera, Pablo se dirige ahora a todos los presentes. A todos los querría cristianos y sin cadenas, libres de verdad. El veredicto final no se pronuncia en el tribunal, sino en privado. El narrador se encarga de que el lector lo escuche antes de que Pablo se embarque. Agripa no entiende que, en el designio de Dios, el viaje a Roma se paga con la prisión.

se convirtieran a Dios, con prácticas válidas de penitencia. ²¹Por este motivo se apoderaron de mí los judíos e intentaron acabar conmigo.

²²Pero, protegido por Dios hasta hoy, he podido seguir dando testimonio ante pequeños y grandes, sin enseñar otra cosa que lo que predijeron los profetas y Moisés, a saber, ²³que el Mesías había de padecer, resucitar el primero de la muerte y anunciar la luz a su pueblo y a los paganos.

²⁴Cuando Pablo terminó su defensa, Festo dijo con voz firme:

—Estás loco, Pablo. Tanto estudiar te ha vuelto loco.

²⁵Replicó Pablo:

—No estoy loco, ilustre Festo, más bien pronuncio palabras verdaderas y sensatas. ²⁶El rey entiende de todo esto y a él me dirijo con franqueza; porque no creo que ignore nada de esto, ya que son cosas que no sucedieron en lugares ocultos. ²⁷¿Crees a los profetas, rey Agripa? Sé que les crees.

²⁸Agripa respondió a Pablo:

—Por poco no me convences de hacerme cristiano.

²⁹Respondió Pablo:

—¡Quiera Dios que por poco o por mucho, no sólo tú, sino todos los oyentes fueran hoy lo que yo soy, pero sin estas cadenas!

³⁰Se levantaron el rey, el gobernador, Berenice y los asistentes, ³¹y al retirarse comentaban:

—Ese hombre no ha hecho nada que merezca la muerte o la cárcel.

³²Agripa dijo a Festo:

—Podría haberse marchado libre si no hubiera apelado al emperador.

Navegando hacia Roma⁶⁴

27 ¹Cuando se decidió que navegáramos hacia Italia, encomendaron a Pablo y a otros presos a un centurión llamado Julio, de la cohorte Augusta. ²Nos embarcamos en una nave de Adrumeto, que iba a partir hacia los puertos de Asia y zarpamos. Nos acompañaba Aristarco, un macedonio de Tesalónica. ³Al día siguiente arribamos a Sidón, y Julio, por consideración a Pablo, le permitió ir a ver a sus amigos para que cuidaran de él. ⁴Zarpando de Sidón, costeamos Chipre, porque el viento era contrario. ⁵Después, atravesando mar abierto a lo largo de Cilicia y Panfilia, desembarcamos en Mira de Licia. ⁶Allí encontró el centurión una nave de Alejandría que navegaba a Italia y nos embarcó en ella. ⁷Por varios días avanzamos poco y nos costó llegar a Cnido; como el viento no era favorable, costeamos Creta a lo largo de Salmona, ⁸y pegados a la costa alcanzamos con dificultad un lugar llamado Puerto Bueno, próximo a la ciudad de Lasaya. ⁹Habíamos perdido mucho tiempo y la navegación se volvía peligrosa, porque había pasado la época del ayuno, Pablo aconsejó:

¹⁰—Observo, señores, que la navegación va a acarrear peligros y pérdidas, no sólo a la carga y a la embarcación, sino a nuestras vidas.

¹¹Pero el centurión confiaba más en el capitán y en el patrón del barco que en Pablo. ¹²Como el puerto no era apto para invernar, la mayoría prefería hacerse a la mar, con la esperanza de alcanzar e invernar en Fénix, un puerto de Creta orientado a noroeste y suroeste.

⁶⁴ **27,1-12 Navegando hacia Roma.** La travesía marítima, con la tempestad y el naufragio, son una pieza de lucimiento del narrador. Es un relato rico de datos precisos, dignos de un buen conocedor de la navegación de entonces.

En un contexto realista, de dimensiones humanas, empequeñecidas por el vasto mar, Pablo es una figura sobrehumana: sabe y aconseja, prevé y predice, no desfallece y anima, es el director de la navegación. Al gran viajero, al náufrago salvado (cfr. 2 Cor 11,25), Lucas dedica este homenaje marítimo.

Tempestad⁶⁵

¹³Se levantó un viento sur, y pensando que el plan era realizable, levaron anclas y costearon de cerca Creta. ¹⁴Muy pronto, del lado de la isla, se desató un viento huracanado, que llaman *Euroaquilón*. ¹⁵El barco fue arrastrado, y como no podíamos navegar contra el viento, nos dejamos llevar a la deriva. ¹⁶Mientras pasábamos al reparo de un islote llamado Clauda, logramos con mucho esfuerzo controlar el bote salvavidas. ¹⁷Lo izaron a bordo y aseguraron la embarcación con sogas de refuerzo. ¹⁸Por temor a encallar en las Sirtes, soltamos los flotadores y navegamos a la deriva. Al día siguiente, como la tormenta arreciaba, empezaron a tirar parte del cargamento; ¹⁹al tercer día, con sus propias manos, se deshicieron del aparejo del barco. ²⁰Durante varios días no se vio el sol ni las estrellas, y como la tormenta no amainaba, se acababa toda esperanza de salvación.

²¹Llevábamos días sin comer cuando Pablo se puso de pie en medio y dijo:

—Amigos, debían haberme hecho caso y no salir de Creta, nos hubiéramos ahorrado estos peligros y pérdidas. ²²De todas maneras, les ruego que tengan ánimo, que no se perderá ninguna vida; sólo la embarcación.

²³Anoche se me apareció un ángel del Dios a quien pertenezco y venero ²⁴y me dijo: No temas, Pablo; tienes que comparecer ante el emperador; Dios te concede la vida de los que viajan contigo. ²⁵Por tanto, ¡ánimo, amigos! Confío en Dios que sucederá lo que me han dicho.

²⁶Encallaremos en una isla.

²⁷Era ya la decimocuarta noche y seguíamos a la deriva por el Adriático. A medianoche los marineros presintieron que nos acercábamos a tierra. ²⁸Descolgaron la sonda y midieron treinta y seis metros; al poco rato la soltaron de nuevo y midieron unos veintisiete metros. ²⁹Temiendo estrellarse contra los arrecifes, soltaron cuatro anclas a popa y rezaban para que se hiciese de día.

³⁰Los marineros intentaban abandonar el barco. Ya descolgaban el bote con el pretexto de soltar anclas a proa, ³¹cuando Pablo dijo al centurión y a los soldados:

—Si éstos no se quedan en el barco, ustedes no se salvarán.

³²Así que los soldados cortaron las cuerdas del bote y lo dejaron caer al mar.

³³Cuando amanecía, Pablo invitó a todos a comer algo:

—Llevan catorce días a la expectativa y sin comer nada; ³⁴les aconsejo que coman algo, que les ayudará a salvarse. Nadie perderá ni un pelo de la cabeza.

³⁵Dicho esto, tomó pan, dio gracias a Dios en presencia de todos, lo partió y se puso a comer.

³⁶Se animaron todos y comieron. ³⁷Éramos en la nave doscientas setenta y seis personas.

³⁸Comieron hasta saciarse y después vaciaron el barco arrojando el grano al mar.

³⁹Se hizo de día. Los marineros no reconocían la tierra, pero distinguieron una ensenada con una playa, y decidieron, como pudieran, varar la nave allá. ⁴⁰Soltaron las anclas y las dejaron caer al mar, a la vez que aflojaban las correas del timón; izaron la vela de popa a favor del viento y enfilaron hacia la playa.

⁴¹Pero, al pasar entre dos corrientes, la nave se encalló, la proa se hincó y quedó inmóvil y la popa se deshizo por la violencia del oleaje.

⁴²Los soldados decidieron matar a los presos para que ninguno escapase a nado; ⁴³pero el capitán, queriendo salvar la vida a Pablo, se lo impidió y ordenó que los que sabían nadar saltaran

⁶⁵ **27,13-44 Tempestad.** Se echaba encima el otoño, cuando los vientos occidentales hacían difícil y peligrosa la navegación por el Mediterráneo. Por el ayuno judío que menciona Lucas —el que precede a la fiesta de la Expiación— podemos calcular que eran los últimos días de septiembre.

La descripción que hace el narrador de la tempestad es magnífica. Dicen los entendidos que utiliza diez palabras técnicas del arte de navegar. No era marinero, pero sí que debió buscar información antes de escribir.

En este contexto realista, Lucas no resiste a la tentación de resaltar la personalidad de Pablo salpicando el relato con intervenciones del Apóstol. Parece increíble que un prisionero haya desempeñado durante el viaje el protagonismo que el narrador atribuye a su héroe.

La primera intervención, sin éxito (10), parece casi un discurso. Cuando el peligro es serio y cunde el pánico, Pablo interviene por segunda vez (21-25), como un profeta que recibe mensajes celestes. A beneficio de los paganos presentes, habla de la aparición en un sueño del ángel del Dios a quien pertenece. Ese Dios le salvará la vida y, en atención a él, la de sus compañeros de navegación. Puede recordarse el razonamiento de Abrahán (cfr. Gn 18,23-33). Después de una noche de angustia, con peligro de que la nave se estrellase contra los arrecifes, Pablo interviene de nuevo (35). Esta vez invita a todos a comer algo y vuelve a asegurarles que nada les ocurrirá. Sus palabras parecen sacadas de la liturgia eucarística: «tomó pan, dio gracias, lo partió...» (cfr. Lc 22,19). El peligro mayor para los prisioneros surgió cuando los soldados, presos del pánico, decidieron matarlos para que nadie escapara. De nuevo un oficial romano — esta vez el centurión— salva a Pablo de la muerte.

¿Cómo ven los ojos iluminados del narrador este viaje accidentado de Pablo en medio de un mar enfurecido que hace naufragar la nave? En el Antiguo Testamento el naufragio es una experiencia tan terrible que equivale a la muerte (cfr. Sal 42,8; 66,12; 69,2s; Is 43,2).

En el Nuevo Testamento la aventura marítima de Jonás es una imagen de la muerte de Jesús (cfr. Mt 12,40; Jn 2,1). ¿No nos querrá decir Lucas que Pablo pasó también por las tinieblas y las grandes aguas —símbolo bíblico del paso por la muerte— y que como Jesús no fue retenido por la muerte, sino que también él escapará del mar para resucitar «simbólicamente» en Roma, no él sino la Palabra de la que era portador?

los primeros y ganaran tierra. ⁴⁴Los demás seguirían en tablones o en otras piezas de la nave. De ese modo todos llegaron con vida a tierra.

Malta y Roma⁶⁶

28¹Ya a salvo, pudimos identificar la isla de Malta. ²Los nativos nos trataron con desacostumbrada amabilidad. Como llovía y hacía frío, encendieron una hoguera y nos acogieron.

³Mientras Pablo recogía un haz de leña y la arrimaba al fuego, una víbora, ahuyentada por el calor, se sujetó a la mano de Pablo. ⁴Cuando los nativos vieron el animal colgado de su mano, comentaban:

—Mal asesino tiene que ser este hombre, que se ha salvado del mar y la justicia divina no lo deja vivir.

⁵Pero él sacudió el animal en el fuego y no sufrió daño alguno.

⁶Ellos esperaban que se hinchase o cayese muerto de repente. Tras mucho esperar, y viendo que no le sucedía nada de particular, cambiaron de opinión y decían que era un dios.

⁷En aquella región tenía una finca el gobernador de la isla, llamado Publio. Nos hospedó amablemente tres días.

⁸El padre de Publio estaba en cama con fiebre y disentería.

Pablo se acercó a él, oró, le impuso las manos y lo sanó.

⁹Como consecuencia del suceso, los demás enfermos de la isla acudían y se sanaban. ¹⁰Nos colmaron de honores y, cuando partimos, nos proveyeron de lo necesario.

¹¹Al cabo de tres meses zarpamos en una nave alejandrina que había invernado en la isla y estaba dedicada a los Dióscuros. ¹²Arribamos a Siracusa, donde nos detuvimos tres días.

¹³Desde allí, dando una vuelta, alcanzamos Regio.

Al cabo de un día se levantó un viento sur, y en dos días llegamos a Pozzuoli. ¹⁴Encontramos unos hermanos que nos invitaron a quedarnos con ellos una semana. Así llegamos a Roma.

¹⁵Los hermanos de allí, al oír noticias nuestras, salieron a recibirnos al Foro Apio y Tres Tabernas. Pablo al verlos dio gracias a Dios y cobró ánimo.

¹⁶Llegados a Roma permitieron a Pablo alojarse por su cuenta con el soldado de guardia.

¹⁷Pasados tres días convocó a los judíos principales y, cuando se reunieron, les habló:

—Hermanos, aunque no hice nada contra el pueblo o las costumbres paternas, los de Jerusalén me entregaron preso a los romanos. ¹⁸Éstos me examinaron y, al no hallar en mí ningún delito capital, decidieron dejarme libre. ¹⁹Se opusieron los judíos y yo me vi obligado a apelar al emperador, sin intención de acusar a mi nación. ²⁰Por este motivo los he llamado para verlos y hablarles. Porque por la esperanza de Israel me encuentro encadenado.

²¹Le respondieron:

—Nosotros no hemos recibido de Judea cartas acerca de ti ni ha llegado ningún hermano con noticias o hablando mal de ti. ²²Con todo, nos gustaría escuchar lo que piensas, porque estamos informados de que por todas partes se habla de esa secta.

²³Señalaron una fecha y acudieron muchos a su alojamiento.

⁶⁶ **28,1-31 Malta y Roma.** Este último capítulo del libro está escrito en clave de resurrección. Su tema es la Palabra de Dios, tantas veces personalizada a lo largo de su narración. Es esta Palabra, en realidad, la que cierra el libro, resonando en Roma como resucitada, libre y sin estorbo, proclamando el nombre de Jesús.

Después del naufragio, los pasajeros se dan cuenta de que están en la isla de Malta. En la narración detallada de los acontecimientos, Pablo encarna el poder de la Palabra que siempre va acompañada de signos y milagros, como en la predicación de Jesús. El caso de la víbora es uno de esos milagros que recuerdan el episodio del desierto (Nm 21,4-9) o la promesa escatológica del profeta (Is 11,8) o la de Jesús (Lc 10,18; Mc 16,18).

La sanación del padre de Publio, gobernador de la isla, está casi calcada en la primera sanación de Jesús, la de la suegra de Pedro (Lc 4,38s). Lo mismo que a Jesús, los enfermos acudían a Pablo y quedaban sanos (Lc 4,40).

Los viajeros se hacen de nuevo a la mar y Pablo llega a su destino, no como un prisionero sino recibido por el calor de la comunidad. Al encontrarse con los hermanos y hermanas y ver lo que todo eso significaba, el Apóstol da gracias a Dios. Por fin, Roma.

La última página del libro (17-31) recoge y resume ideas ya propuestas y cierra coherentemente todo el arco narrativo que arranca desde 1,8: «serán testigos míos en Jerusalén, Judea y Samaría y hasta el confín del mundo». El viaje de Pablo, de Jerusalén a Roma, materializa el movimiento espiritual de la Iglesia que se desprende definitivamente del judaísmo y se abre a los paganos. Roma será el nuevo centro de irradiación universal de la Palabra que está llamada a llegar hasta los últimos rincones del mundo.

Llegados al final del libro, los lectores de hoy nos quedamos con las ganas de conocer por boca de Lucas el destino final de Pablo. Sabemos por otras fuentes que el Apóstol fue martirizado en Roma hacia el año 66 durante la persecución de Nerón, y que allí está enterrado.

¿Qué ocurrió durante sus dos años de cautividad? ¿Fue puesto en libertad y pudo realizar su ansiado viaje a España (Rom 15,24-28)? ¿Sufrió una segunda cautividad romana que terminó en martirio? Lucas no satisface nuestra curiosidad. En realidad, el libro de los Hechos no es la biografía de Pedro ni de Pablo, sino la historia de la Palabra de Jesús que, impulsada por el Espíritu Santo, resuena triunfante, libre y sin cadenas tanto en la Roma de los tiempos del narrador, como en todos los confines de nuestro mundo de hoy.

Pedro y Pablo fueron los testigos de esta Palabra en la Iglesia que nacía hace dos mil años; hoy debemos serlo todos los hombres y mujeres que hemos recibido la fe en Jesús de Nazaret, Hijo de Dios y Salvador del mundo.

Desde la mañana hasta el atardecer estuvo explicándoles sobre el reino de Dios, esforzándose por ganarlos para Jesús, apelando a la ley de Moisés y a los profetas. ²⁴Unos se dejaban convencer, otros se resistían a creer.

²⁵Cuando se despedían sin ponerse de acuerdo, Pablo pronunció su última palabra:

—¡Con razón dijo el Espíritu Santo a sus padres por medio del profeta Isaías!:

²⁶*Ve a decir a ese pueblo:*

Por más que oigan, no comprenderán;

por más que vean, no conocerán.

²⁷*Porque el corazón de este pueblo*

se ha endurecido,

se taparon los oídos y cerraron los ojos,

por temor de que sus ojos vean,

que sus oídos oigan,

que su corazón comprenda,

que se conviertan y que yo los sane.

²⁸Sepan entonces que esta salvación de Dios va a ser anunciada a los paganos y ellos la escucharán. ²⁹[[Y después de haber dicho esto, los judíos se fueron discutiendo fuertemente entre sí.]]

³⁰Pablo vivió dos años enteros por sus propios medios. Recibía a todos los que acudían a él

³¹proclamando el reino de Dios y enseñaba con toda libertad y sin estorbo lo concerniente al Señor Jesucristo.